

POLITICA EXTERIOR



Noviembre 2014

Y el Muro cayó

Otoño de 1989, invierno de 1990

Artículos del momento en Política Exterior

Y el Muro cayó

Otoño de 1989, invierno de 1990

Artículos del momento en Política Exterior



**POLITICA
EXTERIOR**

© Estudios de Política Exterior, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas o partes de ellas de los artículos publicados en POLÍTICA EXTERIOR sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos: www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Estudios de Política Exterior, SA. Núñez de Balboa, 49 - 28001 Madrid. Tel. 34 91 431 26 28 // revista@politicaexterior.com

Y el Muro cayó

Con la misma rapidez que cayó el muro de Berlín se sucedieron los análisis. Al margen de que muchas de las primeras interpretaciones y predicciones fuesen o no acertadas –y muchas lo fueron– lo valioso de lo publicado en aquellos días es la espontaneidad e intuición de unos artículos escritos al compás de los martillos que echaban abajo el Muro.

Política Exterior bucea en su archivo y ofrece en este especial una selección de los artículos publicados entre el otoño de 1989 y el invierno de 1990.

Alemania, ¿y ahora qué?	<i>Jochen Thies</i>
Hacia una nueva Europa y un nuevo atlantismo	<i>James A. Baker</i>
La unidad de Alemania y la unidad de Europa	<i>Hans Dietrich Genscher</i>
La incertidumbre de los acontecimientos del Este	<i>Maurice Allais</i>
La rebelión de los prisioneros del Muro	<i>Jean Paul Picaper</i>
“No hacemos ni haremos en el futuro reivindicación territorial alguna ante Polonia”	<i>Hans Dietrich Genscher</i>
Reflexiones sobre una unión entre las dos economías alemanas	<i>Juergen B. Donges</i>

Alemania, ¿y ahora qué?

Jochen Thies

En una visita al Departamento de Estado en Washington, en septiembre de 1986, me sorprendió un diplomático norteamericano, excelente conocedor de la situación alemana, con la afirmación de que, a medio plazo, la República Democrática Alemana (RDA) iba a ser el factor más probable de crisis en el Pacto de Varsovia. Añadió que incluso se podría llegar a una repetición del 17 de junio de 1953. Los protagonistas de esta rebelión serían los jóvenes trabajadores, es decir, la tercera generación de alemanes orientales que supuestamente ha perdido la fe en los frutos del marxismo-leninismo.

De vuelta en Bonn, mi informe sobre el discurso de Washington provocó sonrisas irónicas entre los expertos. Se llegó a la conclusión de que el análisis era típicamente americano e incluso algo ingenuo. Y este fenómeno es sintomático de la situación actual, tanto en la República Federal de Alemania (RFA) como en la RDA, en la que es patente cierto alejamiento de la realidad. Se habla del éxito de la revolución en la RDA, de los avances logrados, supuestamente definitivos, del triunfo del amor a la paz sobre un régimen totalitario que ya no está en situación de recurrir a sus instrumentos de poder —unas Fuerzas Armadas comunistas-prusianas imponentes de aproximadamente un millón de hombres si se suma el Ejército, las tropas fronterizas, las milicias populares, los grupos de combate de las empresas, la reserva y la Policía política, en un país como la RDA, que cuenta con 16 millones de habitantes.

La apertura de las fronteras de la RDA y del muro de Berlín, y el encuentro, un millón de veces repetido, de hombres y mujeres de los dos Estados alemanes después de veintiocho años de separación han desencadenado un movimiento emocional de fondo cuyo alcance no se puede todavía aquilatar. Está por ver si hoy los alemanes son realmente el pueblo más feliz del mundo, como declarara ante las masas, desde el balcón del Ayuntamiento de Schöneberger, el actual alcalde de Berlín, Walter Momper, en la noche del 10 de noviembre de 1989. Después de tantos días y se manas de exaltación por el acercamiento de los dos Estados alemanes, es de temer que surja el desencanto. Los problemas que han de ser superados, tanto dentro de la RDA como en el campo de las relaciones interalemanas, parecen demasiado graves.

El doctor **Jochen Thies**, historiador, es director de la revista alemana *Europa Archiv*.

Lo que sí está claro es que la RDA avanza a pasos agigantados. Pero hablar de una revolución es pasar por alto los acontecimientos de los últimos meses, que se iniciaron con el éxodo masivo a Hungría y Austria, en agosto de 1989, de jóvenes ciudadanos de la RDA. Pues en cualquier caso, la RDA se ha unido al movimiento que comenzó a finales de los años setenta en Polonia, con la creación del sindicato Solidaridad. Si bien al principio consiguieron reprimir y contener este movimiento, cuando el jefe del Estado y del Partido Comunista soviético Mijail Gorbachov imprimió un nuevo rumbo a la Unión Soviética con la *glasnost* y la *perestroika*, dicho movimiento volvió a surgir con renovado vigor. Y a otro país del bloque del Este, Hungría, que ahora, por el contrario, por fin ha podido legitimar su muy delicada posición dentro del bloque del Este y seguir con ímpetu el curso de la liberalización, no le cogió desprevenido. Sin estos ejemplos, sin la apertura de la frontera húngara, que con su acción a distancia casi provocó las del muro de Berlín y de la alambrada de púas de la frontera interalemana, apenas son imaginables los avances de los últimos meses en la RDA.

A estos se suma otro fenómeno cuyo significado tampoco puede evaluarse aún en toda su magnitud: el papel de la televisión. Según se ha formulado con cierta exageración, hacía ya tiempo que se había producido la reunificación alemana en el aire. En efecto, los habitantes de la RDA ven por la noche los mismos programas de televisión que los de la RFA. Supuestamente, las huidas comenzadas este verano también tenían algo que ver con la libertad de información conquistada por los habitantes de la RDA en los últimos quince años, paralelamente al proceso de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE). Al parecer, ya no soportaban la triste realidad de su propio país, puesto que se podían hacer una clara idea de las condiciones de vida en un Estado de derecho democrático. En cualquier caso, no hubo razones subjetivas para una huida en masa, pues la situación en la RDA no había empeorado de una forma determinante en la primera mitad de 1989. El aparato de represión masiva del régimen, bajo la presión de una opinión pública cada vez más importante, había hecho ciertas concesiones: eran avances que el régimen de la RDA no hubiese estado dispuesto a dar unos años atrás, a pesar de la política de "pequeños pasos" que había puesto en marcha.

Por lo tanto, no fueron las razones económicas las que impulsaron a aquellos hombres y mujeres a abandonar su patria, sino el hecho de que se agotara la capacidad de sufrimiento de la tercera generación de ciudadanos de la RDA, que no conocían por experiencia propia la alternativa occidental. A través de las numerosas entrevistas realizadas se sabe que el motivo de su huida era fundamentalmente oponerse a la tutela, protección y control de un Estado totalitario, y conquistar la libertad individual para sí mismos y para sus hijos.

En este momento, nadie sabe cómo van a seguir desarrollándose los acontecimientos en la RDA. Pero ya han empezado a esbozarse sus primeras consecuencias; para la RDA, para la RFA, para las relaciones interalemanas, para la integración de la Europa occidental y para la OTAN.

La manifestación masiva de la RDA, que partió de Leipzig y acabó congregando en Berlín Este a casi un millón de personas, ha puesto sin duda al régimen del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania) en grandísimas dificultades, y ha provocado la destitución del jefe del Estado y del partido, Erich Honecker. Su sucesor, Egon Krenz, al poco tiempo depuesto, siguió encontrándose en una situación difícil, pero en ningún momento anunció proyecto alguno de ceder ni compartir el poder con otros. “No vamos a sustraernos a nuestras responsabilidades”, manifestó significativamente el sucesor de Honecker.

La apertura de las fronteras fue seguramente un paso para salir de una situación peligrosa de la que se temía perder el control, pero también puede interpretarse como una estrategia de supervivencia conscientemente planeada por el régimen del SED. Hablando en sentido figurado, Krenz y el nuevo Politburó, considerablemente reducido aunque con las mismas caras de antes –a excepción de Hans Modrow–, quitaron el tapón de la bañera de la RDA y han inundado el cuarto de estar de la RFA. Parece claro que la RDA ha aprovechado conscientemente una momentánea desestabilización total de su propio país para poner en dificultades a la RFA con la avalancha de refugiados y visitantes. El nuevo régimen de la RDA está poniendo a prueba, con una nueva interpretación llena de cinismo, el concepto de la “responsabilidad común de los alemanes”.

Al mismo tiempo, se ha producido un efecto secundario que tiene al menos una importancia similar para el régimen del SED, que lucha por su supervivencia política. La oposición alemana oriental, que aún existía en un primer momento, quedó totalmente sorprendida ante la liberalización del tráfico de viajeros. Las primeras tomas de postura en las que se reconoció que en las elecciones libres que habrían de celebrarse en el plazo de unos meses no había posibilidad de presentar una candidatura, demostraron la incapacidad y falta de legitimidad de dicha oposición para dirigir un movimiento de masas. Pero con todo, Bärbel Bohley, portavoz del Foro Democrático, se atrevió entonces, además de esto, a criticar precisamente por este motivo la celebración de elecciones libres en la RDA en los próximos meses. Esto pone de manifiesto al mismo tiempo el dilema de la constelación política germano-oriental. Por un lado contemplamos impresionantes manifestaciones que se desarrollan con una disciplina nunca vista. Por otro, a estas masas humanas les ha faltado, al menos hasta ahora, un líder de la talla de Lech Walessa. Por ello, para altos funcionarios del SED con experiencia política de poder, del tipo de Egon Krenz o del elocuente Günter Schabovskí, será fácil sembrar la discordia entre los tímidos intelectuales o los líderes de ingenuas convicciones que hasta ahora han aparecido a la cabeza de los distintos grupos de oposición. La disposición del SED a ir más allá de las operaciones cosméticas y a hacer auténticas concesiones dependerá pues de la capacidad de resistencia del movimiento de protesta en los próximos meses.

La Unión Soviética, que aparentemente toleraba el rumbo marcado por Egon Krenz, tiene por supuesto un papel clave que desempeñar. Esto seguirá siendo así mientras no se vea amenazado el monopolio del poder

del régimen del SED. El peligro de una intervención militar por parte de los 350.000 hombres del Ejército Rojo destacado en la RDA parece descartado mientras no sobrepasen una línea que el Gobierno de Moscú ha definido en repetidas ocasiones: la RDA debe seguir presente en el Pacto de Varsovia como Estado independiente. La Unión Soviética ni siquiera considera la cuestión de la reunificación de Alemania.

Con los últimos acontecimientos de la RDA, la RFA ha cambiado casi de la noche a la mañana su papel de espectador por el de personaje implicado en la trama. Pero, por toda una serie de razones, todavía no está preparada para ello. En efecto, el Gobierno de Kohl ha seguido básicamente sin interrupción y con aún más intensidad la *Ostpolitik* lanzada por la coalición social-liberal bajo el liderazgo de los cancilleres Brandt y Schmidt. Esta partía del supuesto de que, en un futuro previsible, nada iba a modificarse en las estructuras establecidas en la posguerra en la Europa del Este, y que, por consiguiente, los alemanes tenían que vivir con la división hasta que ésta quedara superada algún día en el marco de la evolución común europea. A lo largo de las últimas décadas se había desarrollado una retórica sobre el precepto de reunificación recogido en la Constitución de la República Federal, carente de la imaginación necesaria para dar otra orientación a las ideas. Todos los partidos políticos de la RFA se han quedado estupefactos ante los acontecimientos de la RDA. Les faltan conceptos y estrategias para enfrentarse a la nueva situación.

En la RDA, el único hecho sobre el que existe un consenso generalizado es que sólo se prestará una ayuda económica masiva a la "nueva" RDA cuando el régimen del SED esté dispuesto a afrontar reformas profundas; es decir, en primer lugar, cuando esté dispuesto a compartir el poder y a convocar elecciones libres, a las que debería seguir una transformación general del Estado, la economía y la sociedad. A pesar de varias conversaciones telefónicas con los nuevos dirigentes de la RDA, el canciller Kohl actúa con precaución: no quiere dejar que se rompa el contacto con la dirección política de Berlín Este, pero tampoco desea que se sobrevalore el régimen mientras no muestre una verdadera disposición a iniciar reformas.

En la búsqueda de las razones de este error de valoración se encuentra uno con un problema específicamente alemán: me refiero al bloqueo intelectual, frente a la cuestión alemana, de la gente con edades comprendidas entre los cuarenta y cinco y los sesenta y cinco años, es decir, las personas que actualmente tienen algún tipo de capacidad decisoria en el país. Dicho de otra forma, este grupo está compuesto por los últimos niños del nacionalismo, régimen cuyas doctrinas aprendieron unos en la escuela, otros como miembros de las Juventudes Hitlerianas, algunos como auxiliares en el sistema de defensa antiaérea, o vestidos con el uniforme de la *Wehrmacht*. Sus representantes intelectuales han hecho de ello una especie de credo personal que se expresa de la forma siguiente: como el breve Estado nacional alemán se destruyó a sí mismo en 1945, la *raison d'être* de los alemanes debe ser renunciar a la restauración y con ello a la reunificación. Este planteamiento está especialmente extendido

entre las filas del SPD (Partido Socialista de la RFA) y de los Verdes, y seguramente tiene algo que ver con el protestantismo de Alemania del Norte y con una disposición casi sobrehumana para lamentarse durante toda la vida de los crímenes del Tercer Reich. El castigo que se imponen a sí mismos es la obligación de ser distintos de los demás Estados nacionales de Europa. Sólo así puede expiarse el holocausto de los judíos.

Desde luego, la clase política de la RFA, independiente de su tendencia, actúa con la conciencia de una responsabilidad especial derivada de los crímenes del nacionalismo. Sin embargo, cuarenta años después de terminada la guerra, los acontecimientos también se contemplan con cierta perspectiva histórica y ello hace que la obsesión de los alemanes por esos doce años del Tercer Reich pierda parte de su importancia, y que poco a poco vuelva a tenerse una visión global del conjunto de la historia alemana de los últimos doscientos años. La consecuencia de esto en las personas más jóvenes es que contemplan la cuestión alemana y la división alemana con menos prejuicios que lo hiciera la generación de sus padres y abuelos. Valga esto como ejemplo de la toma de conciencia de este problema en la RFA.

En la RDA, la situación, *grosso modo*, no es muy distinta. En este país se encuentran formas de pensamiento casi idénticas a las de la RFA, sólo que el espectro de las opiniones está dispuesto de modo diferente. De momento predomina seguramente aún el orgullo de haber obligado al régimen a cambiar de actitud mediante manifestaciones masivas. De ahí que muchos miembros de la oposición de la RDA descarten la legitimidad de una vía de desarrollo propia de su país, cuyo objetivo no sea necesariamente la reunificación con la RFA. Cuando analizan cualquier vía alternativa para la RDA, entre una sociedad militarista de orientación soviético-estalinista y un capitalismo moderado al estilo de la RFA, es decir, una economía social de mercado, no pueden evitar cometer un error de concepto típicamente alemán, que sólo puede explicarse a partir de la situación específica de Alemania central desde finales de los años veinte. Dicho de otra forma: los últimos ciudadanos germano-orientales que han vivido la realidad de un sistema democrático, la República de Weimar desde el año 1928 hasta la víspera de la crisis económica mundial, tienen ahora entre setenta y cinco y ochenta años de edad. Esto nos permite entender más fácilmente cierta inmadurez e ingenuidad política de los grupos de oposición en la RDA. Algunas cosas recuerdan la situación en las zonas de ocupación aliadas occidentales en el año 1945. La diferencia determinante radica en que ahora no son posibles las clases particulares de democracia impartidas por las fuerzas de ocupación, ni el castigo de los culpables y cómplices del antiguo sistema por parte de los vencedores de la Segunda Guerra mundial. La RDA debe conseguirlo por iniciativa propia, además de emprender la casi inextricable tarea de sanear la economía nacional. A este respecto, el dilema interalemán de la cuestión: *Reunificación, sí o no*, podría describirse como algo que, aparentemente, quieren las masas de ambos Estados y frente a lo cual son las elites las que plantean problemas.

De ello se ocupa, y no en último lugar, aquel grupo de influyentes formadores de opinión y profesionales de los medios de comunicación de la RFA, que se han equivocado por completo en su interpretación de los acontecimientos de las últimas semanas y meses; por ejemplo, Egon Bahr o los dos ex directores de la representación permanente de la RFA en Berlín Este, Günther Gaus y Klaus Bölling. Pero en lugar de guardar para sí estos graves diagnósticos erróneos sobre el posible desarrollo de las relaciones interalemanas, o de reconocer su error, participan cada vez más en los debates televisivos y tratan de darle otro significado a los acontecimientos que se están produciendo en las calles de la RDA.

Ya desde antes del primer concierto de pitadas contra el canciller Helmut Kohl durante su breve discurso en Berlín Oeste, el mismo lugar desde el que John F. Kennedy se dirigiera a los alemanes en 1961, se tiene la impresión de que en los actuales debates sobre la cuestión alemana falta un centro político razonable. Tal vez el que mejor guarde este centro sea el ex alcalde de Berlín y más tarde canciller federal, Willy Brandt, que en cuestión de unos días ha vuelto, a sus setenta y seis años de edad, a la arena política de la RFA. En cualquier caso, el hecho de que en un momento histórico la muchedumbre impidiera al canciller electo de la RFA pronunciar un discurso ante los alemanes, precisamente el día en que se derribó el muro de Berlín, no habla en favor de su madurez política. Los sonoros silbidos contra Kohl demostraron que los alemanes todavía están muy lejos de haber alcanzado una situación de normalidad.

En el semanario "Die Zeit", el problema salta a la vista. Los intelectuales germano-occidentales lamentan los años de la *Ostpolitik* de Willy Brandt, el cual opera de una forma mucho más ágil en la cuestión de la "nueva unificación" alemana, como él mismo la llama. Convierten en tabúes una serie de asuntos e ideologías y abren con ello un abismo cada vez mayor entre nosotros y nuestros vecinos del Este y del Oeste, cuya actitud frente al Estado nacional es imparcial.

Reconozcamos lo siguiente: en Europa del Este los cambios tectónicos conllevan enormes riesgos. O dicho de una forma más drástica: se ha demostrado que es inútil oponerse a las decisiones mayoritarias democráticamente adoptadas, en vista de la presencia de bases norteamericanas de misiles en Mutlangen y en otros lugares. Pero nadie piensa que pueda presentarse en breve en la RDA una situación que legitime la oposición al régimen del SED ni mucho menos la insubordinación civil, o que la haga directamente necesaria tras las experiencias de la historia alemana más reciente.

Nadie en la RFA tiene derecho a alentar a los hombres de la RDA a que acudan a las barricadas. Pero es precisamente en ese lugar donde se comenta en voz baja. ¿Dónde se ha podido sentir durante las últimas semanas en la RFA –exceptuando Berlín, Baviera y algunas regiones fronterizas– un soplo de *compassion* (simpatía)? ¿Dónde estaba la espontaneidad del poder del símbolo, en un país en el que normalmente la gente se echa a la calle por cuestiones como las de Suráfrica, Nicaragua o en definitiva por casi cualquier cosa?

¿Acaso tememos, acaso sentimos que –sin nuestra intervención– podría llegar a darse un nuevo plazo de prueba en la historia alemana, en el que se trataría de apreciar la relación de fuerzas entre la capacidad de reforma del *ancien régime* y la presión revolucionaria de las masas? O dicho de otra forma: ¿Tendrán los sucesores de Erich Honecker esa flexibilidad, esa capacidad de compromiso, que tantas veces ha faltado en las situaciones de la historia alemana en las que era necesario tomar una decisión, por ejemplo, durante el auge de la socialdemocracia en la época de Bismarck, o al final de la República de Weimar, con la indispensable unión de los demócratas contra los nacionalsocialistas y los comunistas? ¿O van a volver a darse a la vez todas aquellas condiciones socioculturales alemanas negativas, de antes de la guerra, que hasta la fecha han proporcionado un resistente material aglutinante y, sorprendentemente, han logrado que funcionara una construcción histórica errónea?

La enorme oleada de refugiados procedentes de la RDA –hasta el 12 de noviembre, unas 250.000 personas habían llegado a la RFA– plantea ahora cada vez más problemas al Gobierno federal. Se ha agotado la capacidad de los campos de acogida de refugiados, y las estrechas vías por las cuales éstos pueden huir ya sólo pueden controlarse con la ayuda de los guardafronteras federales y el Ejército, así como con los dispositivos militares de Estados occidentales aliados. A la larga, el tejido social de la RFA va a quedar expuesto a una grave carga, con la inmigración, sólo en el año 1989, de 600.000 a 700.000 personas. En efecto, la oleada de refugiados procedente de la RDA coincide con otra oleada, al menos igual de masiva, procedente de Europa del Este y compuesta por refugiados soviéticos, polacos y rumanos de origen alemán. A ellos hay que añadir unas 100.000 personas del resto del mundo que vienen a solicitar asilo y que constituyen aproximadamente el 50 por 100 de los solicitantes acogidos anualmente por la Comunidad Europea.

La población de la RFA no está preparada para este enorme tributo de solidaridad que probablemente tendrá que prestar durante cierto tiempo a la RDA. Está por ver si los partidos ya constituidos consiguen que les secunden en caso de que defiendan una mayor liberalización de la llegada de ciudadanos de la RDA a la RFA. En cualquier caso, no se puede descartar una radicalización en los extremos del espectro de los partidos políticos, que ya ha quedado anunciada con el auge de los republicanos. Si de aquí a un tiempo no muy lejano no se consigue estabilizar la situación en la RDA y frenar el éxodo masivo de los últimos meses, es probable que haya que contar con cifras notablemente superiores de refugiados de la RDA. Por tanto, todavía puede ser inminente una gran crisis.

También en este aspecto se puede apreciar que la RFA y la RDA son, de una forma peculiar, algo así como hermanas siamesas. Pero esto también significa que la RFA no podrá seguir acogiendo durante mucho tiempo a una gran cantidad de refugiados sin que se modifique el carácter del país. Casi nos vemos abocados a pronosticar que, si los hombres y mujeres no se quedan en la RDA y en los Estados de Europa Central, la RFA podría seguir en cierto modo el mismo camino que Israel. La política interior de este país

se ha radicalizado debido a la inmigración de origen oriental. Una generación de políticos exaltados, con escasa capacidad de compromiso, ha venido a sustituir a la clase política que sobrevivió al holocausto y que procedía fundamentalmente del Este de Europa Central. Ahora esto tampoco parece descartado en la RFA, visto el auge de los republicanos. En cualquier caso, una inmigración de varios millones de personas podría radicalizar al país, dándole un giro conservador hacia la derecha, lo cual tendría unas consecuencias imprevisibles en el ámbito de la política interior, así como en lo que al papel internacional de la RFA se refiere.

Además, a los republicanos no los votan sólo los pequeños burgueses, los neonazis, las personas de corte antiliberal o aquellas para las cuales el programa de los grandes partidos no es suficientemente "nacionalista". Entre sus simpatizantes se encuentran también, por extraño que parezca, muchas personas de las ciudades más pequeñas del sur de Alemania, en las que prácticamente no existe desempleo, sino un gran bienestar material. Al parecer, existe allí una actitud similar a la que se dio en la Suiza germanoparlante durante los años 1939-1945. Dicen: "El barco está lleno", y no están dispuestos a compartir la riqueza del país con nadie. Y las amonestaciones del canciller, que recuerda que la RFA integró a doce millones de refugiados en los años cincuenta, no ha surtido demasiado efecto. Por este motivo, desde la perspectiva de la RFA, el desarrollo de las relaciones interalemanas se presenta especialmente conflictivo en un futuro próximo. En efecto, entre las nuevas tareas está la de no frustrar las esperanzas de los hombres y mujeres de la RDA con una forma demasiado estrecha de cooperación con el régimen de la RDA, sin que ello signifique abrir las puertas, rechazando cualquier forma de colaboración, a las nuevas oleadas de refugiados que supongan una carga aún mayor para la RFA. Ya sólo el dinero de bienvenida que se entregó a los tres millones de visitantes procedentes de la RDA en el segundo fin de semana de noviembre ha costado a los contribuyentes germano-occidentales 300 millones de marcos. Igual de difícil va a resultar la tarea de responder a los avances que se están produciendo en la RDA, y de evitar que surjan, tanto en el Este como en el Oeste, nuevos temores de que el rumbo de los alemanes pueda ir a la deriva, de que opte por la vía de la neutralidad, si llega a conseguir la reunificación. Dicho de otra forma, se trata ahora de desarrollar en Bonn los conceptos de acercamiento de los dos Estados alemanes. Pero el movimiento de refugiados registrado en los últimos meses también ha demostrado una cosa: la solución del Estado nacional tampoco es un vestigio del pasado para los alemanes, con sus particulares experiencias. A pesar de Europa, todavía no hay a la vista ninguna forma alternativa para este edificio protector en el que han buscado refugio inconscientemente los ciudadanos de la RDA. Si, por el contrario, se consolidan las relaciones entre Berlín Este y Riga, estaríamos ante un renacimiento del Estado nacional en el Este de Europa Central. Si así fuera, podríamos tener que lamentarlo. Pero la inevitable consecuencia de ello también será que el proceso de integración de Europa occidental quedará paralizado en beneficio de un objetivo común de toda Europa.

Pero los acontecimientos de las últimas semanas tampoco han contribuido a que la reunificación parezca más cercana. Sin embargo, quien piense que apenas 80 millones de alemanes en Centroeuropa, con mayor fuerza económica de la que tienen hoy, conseguirán que se desmoronen las estructuras de la posguerra, se mueve en el mundo imaginario de los Estados relativamente autárquicos de antes de la guerra. En la era de la bomba atómica, de la compleja interdependencia mundial de las economías nacionales y de los mercados, la “escisión” de un Estado del proceso de integración europea occidental no es ni imaginable ni factible. Pero en la situación actual, aconsejar a los alemanes que renuncien a la reunificación de una forma que concuerde con las realidades surgidas en los últimos cuarenta años significaría etiquetar para siempre a unos y a otros como alemanes del Este y del Oeste y no dejarlos salir jamás de la prisión del recuerdo de doce años de dictadura nacional-socialista.

Entretanto, en ambos Estados alemanes está en pleno avance una generación que desea la normalidad también para Alemania. No sueña con la reunificación, al menos de momento –y esto es válido seguramente también para una gran mayoría en la RDA–. Pero se da cuenta fríamente de que no se pueden proteger, desde el punto de vista financiero y moral y con cierta credibilidad, los procesos de reforma en Polonia y en Hungría cuando su contenido teórico se le niega a la RDA. Esta se ha convertido también, de un modo seguramente no intencionado, en un país clave en el que se va a responder a la cuestión del futuro de las relaciones Este-Oeste. Prueba de que la cuestión alemana ha vuelto, de la noche a la mañana, a la agenda de la política mundial es, entre otras cosas, el encuentro de los jefes de Gobierno de las dos superpotencias a principios de diciembre de 1989 sobre barcos de guerra en la costa de Malta.

Por tanto, ya es hora de empezar a preocuparse del futuro próximo y lejano. A la hora de buscar posibles caminos, enseguida se encuentra uno con la carrera de las modificaciones que debía haberse comenzado en Berlín, la ciudad dividida. ¿No podrían crearse instituciones de las que surgieran los elementos impulsores para la constitución de una confederación interalemana? La ciudad ha sido elegida para la organización de los Juegos Olímpicos, con lo que surge una nueva tarea, que consiste en llevar a Berlín las instituciones de la cultura y del ocio y de la sociedad posindustrial. Esta ciudad parece especialmente idónea como centro del paisaje europeo de los medios de comunicación y, con ello, como capital de esta industria, que en cuestión de creación de riqueza pronto superará a la del automóvil y la química, impulsoras de la actual coyuntura. En definitiva, Berlín debería convertirse en el centro bursátil de las ideas europeas, provocando en poco tiempo un efecto tal que el muro quedaría eliminado.

Ahora también debería ponerse énfasis en seguir avanzando en los planes para una nueva vía férrea entre la RFA y Berlín e igualmente en incluir a Europa del Este en una red de trenes de alta velocidad. Pues de este modo también se contribuiría a acercar más rápidamente ambas mitades, siempre y cuando no se utilizara una configuración básica como la que

existe ahora en Europa occidental con la red del territorio francés y el enlace hacia Gran Bretaña por el túnel del Canal.

En la búsqueda de soluciones pragmáticas y de efecto inmediato también habrá de incluirse en definitiva la palabra clave: turismo. Fruncimos el entrecejo cuando vemos el *boom* inmobiliario de las costas mediterráneas, sin darnos cuenta de que con ello España y Portugal se han librado más rápidamente del yugo de la dictadura militar y se han podido subir antes al carro del desarrollo europeo occidental. En todo el Este de Europa Central debería diseñarse la red de turismo de una forma más razonable y salvaguardando el medio ambiente, por ejemplo en la costa oriental de Polonia, con un sistema de empresa conjunta (*joint venture*), como lo ha propuesto Lech Walesa. Con esto también se promoverían nuevas ideas y los ciudadanos de la RFA al menos conocerían las zonas de tránsito de la RDA y tal vez pensarían en pasar allí sus próximas vacaciones. Se necesitan pues ideas que relajen y acaben por romper las estructuras.

Los alemanes tienen que saber qué es lo que quieren y cuándo quieren cumplir sus compromisos con el resto de Europa –con la posibilidad de superar algunas de las cosas establecidas por la II Guerra Mundial y la división del territorio. Ciertamente es que el Estado nacional alemán sólo ha existido durante setenta y cuatro años. Pero tal vez, precisamente porque su final fue tan catastrófico, ha dejado en los alemanes unas estructuras de pensamiento tan marcadas que la división todavía va a ser soportable durante mucho tiempo. Sin embargo, debe estar ligada al principio de la esperanza para que los alemanes no sean un obstáculo en el proceso europeo de unificación. Una división aceptada significaría la normalidad.

Con esto también queda claro cuál es la nueva tarea de la Comunidad Europea, tarea que el presidente de la Comisión, Jacques Delors, ha comprendido con más rapidez y precisión que cualquiera de los demás. Los alemanes occidentales, de cuya fidelidad a la Comunidad Europea no cabe dudar, no deberían quedarse solos ante la difícil situación planteada por el problema de los refugiados. Está claro que no bastan las ofertas para acoger provisionalmente a los refugiados. La contribución más significativa de la Comunidad Europea en esta situación sería seguramente la de proporcionar un elemento estabilizador que facilite el paso en la RDA de una economía dirigida a una economía de mercado con una moneda convertible. Esto es probablemente el problema más difícil que hay que solucionar ahora, con unas fronteras relativamente abiertas, pero con un enorme abismo entre la moneda de la RDA y la de la RFA.

Un programa de ayuda de la Comunidad Europea a la RDA contribuiría además a aclarar a los alemanes orientales –cuya perspectiva, como es comprensible, no va más allá de la RFA–, el significado del proceso de integración europeo occidental. No basta con tener libertad para viajar. Es necesario además tener medios económicos. Y como a corto plazo no se puede superar la precaria economía de la RDA son necesarios los programas de medidas transitorias y de protección a la moneda de Alemania del Este. El actual cambio de 20 marcos orientales por uno occidental resulta insostenible y es motivo de enorme actualidad política.

Que la ayuda a la RDA saliera en este momento de las arcas de la Comunidad también significaría un alivio para la RFA, que lleva no unos cuantos días, sino varios años apoyando económicamente como ningún otro país de Europa occidental el proceso de reforma en el Este de Europa Central. Hasta ahora, las promesas de ayuda de los demás países miembros de la Comunidad han sido insuficientes. Cabe esperar que, bajo el impacto de la situación en la RDA, el panorama cambie sin demasiada tardanza.

Aquí también hay que advertir que resulta necesario contemplar los avances en el Este de Europa Central desde la perspectiva de la época anterior a la guerra. No hay que superar la escisión europea desde el punto de vista de la vieja política alemana de penetración económica en el sureste de Europa y de los territorios limítrofes, sino con un programa elaborado desde esa perspectiva. La Comunidad de Europa occidental no debe sustraerse a esta tarea si no quiere poner en peligro sus propias y ambiciosas metas para los años noventa. Existe algo así como una relación entre la solidaridad en Europa occidental y la lucha en favor de reformas económicas y democráticas que lleguen a buen término en Europa del Este.

En lo que posiblemente pudiera ser una configuración histórica única, no sólo los alemanes, sino también los europeos occidentales, tienen que demostrar ahora que las viejas fronteras del Estado nacional son menos importantes que las nuevas tareas supranacionales. Puede que mirar hacia atrás y efectuar una comparación histórica sirva de ayuda. En vista del actual proceso en ambos Estados alemanes, la evocación de un pasado infeliz también puede desvirtuar esta imagen. Los procesos que normalmente se producen a lo largo de décadas se han condensado ahora, al menos aparentemente, en unas semanas, incluso en unos días. Es necesario encontrar respuestas a esto. En efecto, los alemanes no quieren desempeñar ningún papel especial; desean recuperar un lugar en Europa, caracterizado por una concepción occidental de la democracia y la libertad.

Pronto van a salir a la luz algunas de las contradicciones básicas de la política exterior y de seguridad alemana, cuyo perfil había quedado desdibujado durante el Gobierno populista de Hans Dietrich Genscher. Y si la impresión no induce a error, van a ser una carga para las relaciones con las dos potencias nucleares europeas, pero también con Estados Unidos. Hoy se puede observar que Bonn, ante un posible acuerdo en las negociaciones de Viena de la Conferencia sobre Seguridad en Europa, espera salvar las dificultades que plantean las medidas de modernización de las armas nucleares de corto alcance. Ahora se utiliza el argumento adicional de que estas armas han quedado obsoletas frente al proceso de democratización que está viviendo el Este de Europa Central. Cuando se medita a fondo este argumento del ministro de Asuntos Exteriores de la RFA, se llega a la conclusión de que, en último término, las medidas de modernización de las armas convencionales deben ser, si no eliminadas, al menos aplazadas en base a la dinámica del proceso de desarme. Pero esta evolución va a contribuir a la deslegitimización total de la *Bundeswehr*, considerada siempre

en función del conflicto Este-Oeste y no como el Ejército de un Estado. La evolución demográfica, el escaso espíritu castrense, la modificación de la ya acordada ampliación del servicio militar, las iniciativas de desarme que cabe esperar por parte de la Unión Soviética y de otros Estados del Pacto de Varsovia van a conducir a una progresiva reducción de los efectivos de la *Bundeswehr*: Los posibles resultados de las futuras negociaciones sobre desarme entre el Este y el Oeste ya están siendo digeridos en la RFA.

Esto también es un indicador de que la constitución interna de la RFA no responde a las expectativas que Estados Unidos tiene puestas en su aliado en cuanto a los criterios de las tareas conjuntas de gobierno. Pero con una política como ésta también se expone a aislarse de Francia y Gran Bretaña, Estados que jamás renunciarán a preocuparse de su capacidad defensiva. Dentro de ésta se incluyen también las armas nucleares que, a juzgar por lo que se pone de manifiesto en la RFA, sería preferible que desaparecieran de Europa. Por lo tanto podría suceder que la divergencia de opiniones entre la RFA y sus aliados occidentales no procediera tanto de los sucesos acaecidos en la RDA como de cómo habría de plantearse el futuro de la OTAN. Los intentos de insistir en su carácter político y en sus valores comunes, y de minimizar el aspecto militar, llegan al parecer demasiado tarde.

Por lo tanto, Estados Unidos y la RFA se moverán probablemente por terreno igualmente seguro sólo en cuanto a la valoración de la cuestión alemana. Pues, como se puede comprender, a diferencia de los vecinos europeos de la, RFA, cuya actitud está fuertemente marcada por sus experiencias con los alemanes en la primera mitad de este siglo, Estados Unidos aborda la resolución de esta cuestión con relativa despreocupación. La distancia geográfica, el rango de superpotencia, la ventaja psicológica del otrora vencedor, así como los principios básicos de la política norteamericana, le favorecen en este aspecto. La RFA puede por lo tanto confiar en que Estados Unidos jamás renunciará a la reivindicación definida en el encuentro de las cuatro potencias vencedoras de la II Guerra Mundial desde los días de Potsdam: la celebración de elecciones libres en la RDA. Tal vez sólo entonces tomarán cuerpo aquellos anhelos de los alemanes que ahora en la RDA, tras cincuenta y seis años de experiencia bajo un sistema totalitario, se guardan bajo llave por razones de precaución.

La ironía de la historia quiere que este debate sobre el futuro de los dos Estados alemanes se presente precisamente en un momento en el que una coalición conservadora liberal pretende poner fin a la situación urbanística provisional de la capital, Bonn. Nunca se ha construido tanto en Bonn como en estos días. El Parlamento se ha empeñado en adoptar una forma definitiva con un nuevo salón de Plenos y nueva disposición de los escaños. Varios Ministerios están en obras, y la reformada residencia del Gobierno federal en Petersberg, ocupada por los altos comisarios en 1949, está a punto de inaugurarse. Pero Bonn no desea reformar tan sólo el barrio en el que se encuentran los principales edificios gubernamentales, sino que pretende dejar de ser una capital de provin-

cia a nivel cultural. Por este motivo se están construyendo al mismo tiempo un museo de la ciudad de Bonn y un museo federal.

Aunque las diferencias entre los partidos y los debates acerca de la construcción de la Casa de la Historia de la República Federal de Alemania han alcanzado su punto culminante respecto al sentido de este proyecto, se iniciaron en 1945. Cuando el pasado verano los refugiados empezaron a colarse por la valla fronteriza con Hungría, se puso la primera piedra de este museo. Al igual que algunos otros edificios de Bonn, debía estar terminado para el XL aniversario de la creación de la República Federal de Alemania. También la celebración de este aniversario, iniciada con gran ostentación y que no se va a festejar a nivel privado, adquiere en retrospectiva un significado totalmente distinto. Pues del mismo modo que la RDA empezó a retroceder el día de la celebración del XL aniversario de su creación, en octubre de 1989, debido a las grandes manifestaciones, puede que ambos Estados alemanes no se presenten a las celebraciones del L aniversario de su creación, en 1999, con su actual configuración. Con esta perspectiva, las celebraciones de 1989 en ambos Estados alemanes sí han tenido sentido, pues han aclarado la situación provisional y acelerado el proceso de acercamiento.

Hacia una nueva Europa y un nuevo atlantismo

James A. Baker

En 1945, las imágenes de Berlín bombardeado nos hicieron conscientes del terrible coste de la guerra. En 1945, la Unión Soviética abandonó la Comisión de Control de las cuatro potencias y sometió a Berlín a un bloqueo: la declaración de guerra fría. En 1953, los berlineses organizaron la primera revuelta popular contra la tiranía soviética en Europa del Este. En 1961, el muro de Berlín cerró la última escapatoria desde el campo de prisioneros en que se había convertido Europa del Este. En 1971, el acuerdo cuatripartito sobre Berlín simbolizó el terrible dilema de la distensión: la cooperación entre Este y Oeste asumía la pervivencia de la división del Continente.

Fue en 1989 cuando tuvo lugar en Berlín el acontecimiento más importante de toda la posguerra, y por supuesto el de mayor repercusión. El 9 de noviembre, el muro se convirtió en una puerta de acceso a Berlín Oeste. Los berlineses celebraban la más feliz y multitudinaria reagrupación familiar. Todos los que vimos esas imágenes no pudimos evitar sentir de nuevo: “somos berlineses”.

Las imágenes de Berlín volvían a dar la vuelta al mundo, imágenes que anunciaban una nueva realidad. Esta nueva realidad tiene sus raíces en aquellas viejas escenas de Berlín: las de la dramática reconstrucción de Berlín Oeste, las de los aviones aliados suministrando ayuda a una ciudad bloqueada o las de los tanques americanos y soviéticos frente a frente en el Checkpoint Charlie. Permaneciendo unidas, en Berlín y fuera de él, las naciones occidentales crearon las condiciones esenciales para superar un día la división de la ciudad, del país y del Continente entero.

A medida que se han ido desarrollando los acontecimientos, la Unión Soviética ha mostrado un alto grado de realismo. Hay que atribuir al presidente Gorbachov el mérito de haber sido el primer líder soviético con la valentía y la previsión suficientes para permitir el abandono de la represión en Europa del Este.

Pero el impulso real de los cambios proviene de una fuente complementaria distinta: los pueblos de Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Alemania del Este. Ellos han conseguido su propia libertad. Se

James A. Baker es secretario de Estado norteamericano.

trata de un movimiento que ha cobrado fuerza desde el Báltico hasta el Adriático. Un movimiento por y para el pueblo. En su pacífica y multitudinaria acción, los pueblos de Europa del Este no han hecho sino reflejar la imperecedera fuerza de nuestros mejores valores. En palabras de Thomas Jefferson, el primer secretario de Estado americano, “nada hay tan claro en el libro del destino como que todos los pueblos serán un día libres”.

Los actuales cambios pueden ser equiparados a una revolución pacífica. Ahora, como afirmó el presidente Bush, “nos enfrentamos a la tarea de consolidar los logros de esta revolución pacífica y proporcionarle un andamiaje para que continúen los cambios pacíficos”.

El primer paso es que los pueblos sean libres para elegir Gobiernos libres. Es posible que el camino parezca confuso o difícil, pero debemos recorrerlo conscientemente. La verdadera estabilidad requiere Gobiernos legítimos, sometidos al acuerdo de los gobernados.

Los pueblos de Europa del Este intentan en la actualidad instituir tales Gobiernos. Nuestro punto de vista, como ya lo manifestó el presidente Bush al presidente Gorbachov, es que las reformas políticas y económicas del Este pueden aumentar la estabilidad europea a largo plazo, así como las posibilidades de éxito de la *perestroika*. Un orden europeo legítimo y estable ayudará, en vez de amenazar, a la consecución de los legítimos intereses soviéticos. Por el contrario, un orden no legitimado no proporcionará estabilidad alguna.

Hombres libres y Gobiernos libres son los pilares de una Europa unida y libre. Pero las esperanzas de alcanzar una Europa unida y libre son ensombrecidas por la preocupación manifestada por algunos de que una Europa dividida no tendría por qué ser necesariamente una Europa próspera y en paz. Están siendo derribados muchos de los postes que nos guiaron a través de cuatro tensas décadas. Pero están volviendo a surgir algunos de los temas que en el pasado llevaron a Europa a situaciones conflictivas.

A medida que cambie Europa, deberán adaptarse nuevos instrumentos para la cooperación occidental. Juntos, debemos diseñar y construir un proyecto para una nueva era. Esta nueva arquitectura debería dejar espacio para cimientos y estructuras antiguas que sigan siendo válidas – como la OTAN– con el reconocimiento de que también pueden servir a nuevos propósitos colectivos. El nuevo proyecto debe asimismo proseguir la construcción de instituciones –como la CEE– que podrían contribuir a mantener la cohesión occidental sirviendo a la vez de puerta abierta hacia el Este. Por último, se ha de construir un marco –como la CSCE– que consiga superar la división de Europa y tender un puente sobre el Atlántico.

Este nuevo orden debería alcanzar otros dos objetivos. Primero, y como parte de la superación de la división europea, debe darse al pueblo alemán la oportunidad de superar la división de Berlín y de Alemania a través de la paz y la libertad. Los Estados Unidos y la OTAN llevan cuarenta años apoyando la unificación y no vacilarán en su consecución.

En segundo lugar, el nuevo orden debería dejar claro que la seguridad de América –política, militar y económica– sigue vinculada a la seguridad europea. Los Estados Unidos y Canadá comparten los intereses europeos.

Tal como manifestó el presidente Bush en mayo, “los Estados Unidos son y seguirán siendo una fuerza europea”. Y como añadió recientemente, “los Estados Unidos mantendrán una presencia militar significativa en Europa mientras nuestros aliados la deseen como parte de un esfuerzo común de seguridad”. Este es nuestro compromiso con un futuro común, el reconocimiento de la necesidad de un papel activo de los Estados Unidos en Europa, una necesidad reconocida incluso por el propio presidente Gorbachov. Todos debemos, por tanto, trabajar juntos para conseguir la nueva Europa y el nuevo atlantismo.

Nuevas misiones para la OTAN

En mayo del año pasado, el presidente Bush sugirió a sus colegas de la OTAN que había llegado el momento de empezar a considerar nuevas misiones para la OTAN. Durante más de cuarenta años, la Organización del Tratado del Atlántico Norte ha asegurado la paz en Europa mediante la distensión y el diálogo con el Este. Hoy, la OTAN trabaja en Viena por la construcción de un nuevo orden de seguridad para Europa, en el que el componente militar quedaría reducido y el componente político sería potenciado. Esta es la primera de las nuevas misiones de la OTAN.

La conclusión de un acuerdo sobre fuerzas convencionales constituye la piedra angular de esta nueva estructura de seguridad. La OTAN aceptó en mayo la sugerencia del presidente Bush de que se acelerara el calendario de conversaciones, lo que ha encontrado una respuesta favorable por parte del presidente Gorbachov. Cada vez parece más cercana la conclusión de un acuerdo que limite las armas convencionales del Atlántico a los Urales. El presidente Bush propuso en Malta una cumbre para firmar el acuerdo en 1990. Yo propongo además que los ministros de los 23 países de la OTAN y del Pacto de Varsovia aprovechen la reunión que celebraremos en Ottawa en febrero para revisar el estatuto y dar un nuevo impulso a las conversaciones de Viena sobre fuerzas convencionales.

A medida que construyamos las bases de una nueva seguridad apoyada en una defensa común, el componente no militar de la seguridad europea crecerá progresivamente. Cada vez serán más importantes los acuerdos de control de armamentos, las medidas creadoras de confianza y otros acuerdos políticos consultivos. En un mundo así, el papel de la OTAN habrá de evolucionar. La OTAN se convertirá en el foro en el que las naciones occidentales cooperarán para negociar, adoptar, verificar y ampliar los acuerdos entre Este y Oeste. En este contexto, la adopción y la verificación de un acuerdo sobre fuerzas convencionales supondría un

reto de suma importancia para fortalecer la seguridad. La OTAN debe colaborar al respecto de forma activa.

Por ello, los Gobiernos aliados deberán considerar la posibilidad de establecer un personal de verificación del control de armamentos dentro de la OTAN. La verificación seguiría siendo una responsabilidad nacional, pero los países miembros contarían con la asistencia del nuevo equipo para controlar el cumplimiento de los acuerdos sobre armamento y de las medidas creadoras de confianza en Europa. Una organización de este tipo dentro de la OTAN ayudaría a los países miembros y coordinaría la realización de inspecciones. Serviría para recoger la información proporcionada por los gobiernos nacionales, incluso en estrecha relación con los esfuerzos colectivos europeos a través de la Unión Europea Occidental.

A medida que se reduzca la confrontación Este-Oeste y aumenten las perspectivas de cooperación, surgirán nuevos desafíos para la seguridad europea y atlántica: Será la segunda nueva misión de la OTAN. Los conflictos regionales –junto a la proliferación de armas nucleares, químicas y biológicas– suponen un creciente peligro. Por ello, habrá que intensificar las consultas dentro de la OTAN para conformar de ese modo una postura común accidental ante tales amenazas.

En tercer lugar, la OTAN debería comenzar a tomar nuevas iniciativas, principalmente en el seno de la CSCE, con el fin de crear vínculos económicos y políticos con el Este, promover el respeto de los derechos humanos, ayudar a construir instituciones democráticas y crear, en consonancia con los intereses de seguridad occidentales, un marco más amplio para la inversión y el comercio Este-Oeste.

Por último, puede que la OTAN alcance su mayor y más duradero objetivo si manifiesta frente a las naciones del Este una actitud totalmente distinta en temas de seguridad. La imagen que ha dado la OTAN durante cuarenta años de existencia es de cooperación, no de coerción; de fronteras abiertas, no de telones de acero. La reconciliación de los antiguos enemigos alcanzada a la sombra de la seguridad colectiva de la OTAN ofrece a las naciones de Europa del Este un interesante modelo de relaciones internacionales.

Cualesquiera que sean los lazos de seguridad elegidos por los Gobiernos de Europa del Este, la OTAN seguirá proporcionando a los Gobiernos occidentales un instrumento óptimo para coordinar sus esfuerzos defensivos y de control de armamentos y para construir un orden europeo duradero y pacífico. El mantenimiento de una OTAN fuerte redundará en beneficio de los intereses de Europa del Este, y también los de la Unión Soviética.

El papel de la Comunidad Europea

El futuro desarrollo de la Comunidad Europea jugará un papel de suma importancia en la construcción de la nueva Europa. El ejemplo de la cooperación occidental a través de la Comunidad Europea ya ha tenido un claro reflejo en las actitudes orientales frente a la libertad económica.

El éxito de este gran experimento europeo hizo, más que ningún otro factor, que los europeos del Este reconocieran que los ciudadanos, como las naciones, cooperan de forma más productiva cuando son libres para elegir. La urna electoral y el mercado libre son los instrumentos básicos de la libertad de elección.

Pero si el experimento ha tenido éxito, no ha sido sólo porque atrajo el interés de los productores y consumidores europeos. Tuvo éxito porque la visión de sus fundadores iba más allá de lo material: se marcaba como objetivo la superación de barreras económicas y políticas y la consecución de la unidad europea. Esta era la meta de Monnet y de Schumann, una meta apoyada por los Estados Unidos de Marshall y Acheson. Era la meta contenida en el Tratado de Roma y, más recientemente, en el Acta Única Europea. Estados Unidos la apoya hoy con la misma energía con que lo hizo hace cuarenta años.

Es obvio que los Estados Unidos aspiran a una Comunidad Europea abierta a la cooperación con los demás países. Pensamos que los americanos se beneficiarán del acceso a un mercado único europeo, del mismo modo que los europeos llevan mucho tiempo obteniendo ventajas de su acceso a un mercado único americano. Pero es de vital importancia que ambos mercados sigan abiertos, o incluso que su apertura sea aún mayor.

Los vínculos entre los Estados Unidos y la Comunidad Europea se verán reforzados a medida que Europa avance hacia el mercado único y a medida que evolucionen sus instituciones políticas y de cooperación defensiva. Queremos que nuestra cooperación transatlántica avance al mismo ritmo que la integración europea y la reforma institucional.

Llegados a este punto, proponemos que los Estados Unidos y la Comunidad Europea trabajen juntos para crear, en el marco de un tratado o bajo otra forma, un conjunto de vínculos institucionales y consultivos considerablemente reforzados. Trabajamos a partir de ideales compartidos y valores comunes y nos enfrentamos a iguales desafíos en economía, política exterior, medio ambiente, ciencia y muchos otros campos. Por eso es lógico que queramos diseñar respuestas conjuntas. Sugerimos que las conversaciones sobre esta idea se desarrollen de forma paralela a los esfuerzos europeos para alcanzar el mercado único en 1992, de modo que los proyectos de interacción Estados Unidos-CEE evolucionen de forma pareja a los cambios dentro de la Comunidad.

Los Estados Unidos también animan a la Comunidad Europea a que siga aumentando la cooperación con las naciones del Este. El fomento de las reformas políticas y económicas en el Este es una vocación natural para la Comunidad Europea. Por esta razón, fue para nosotros una gran satisfacción que en la cumbre económica de París se acordara asignar un papel especial a la Comisión Europea en los esfuerzos del grupo de los 24 para promover las reformas en Polonia y Hungría.

Los Estados Unidos han colaborado estrechamente con la Comunidad Europea para movilizar ayuda financiera para Hungría y Polonia. De hecho, los Estados Unidos han autorizado casi mil millones de dólares en asistencia a estas dos naciones. Esperamos que el grupo de los

24 se acerque lo más posible a la fijación del fondo estable de mil millones de dólares que solicitó Polonia para apoyar la convertibilidad de la moneda y las reformas macroeconómicas.

Esto sólo sería el inicio de nuestra tarea común. Polonia y Hungría han sufrido cuarenta años de estancamiento. Para salir de ellos hará falta tiempo y nuestro apoyo decidido. A medida que Checoslovaquia, Bulgaria y la República Democrática Alemana emprendan reformas políticas y económicas comparables a las que ya están en marcha en Polonia y Hungría, las actividades del grupo de los 24, centrado en torno a la CEE, deberían ampliarse para apoyar los cambios pacíficos de estos países.

A medida que las naciones del Este europeo alcancen sistemas económicos y políticos más abiertos, aspirarán con toda probabilidad a entablar nuevas relaciones con la Comunidad Europea, el Consejo de Europa y otras instituciones que actúen en favor de Europa y de la comunidad internacional. Estos vínculos serían, de hecho, fundamentales para nuestra estrategia de reconstruir las economías de Europa del Este mediante la iniciativa y el capital privado: los que inviertan en Europa del Este querrán saber que pueden vender sus productos en los mercados occidentales.

Confío en que se alcancen nuevos acuerdos que fomenten y sostengan el proceso de reformas económicas y políticas en los países del Este y que defiendan a la vez la integridad y la vitalidad de las instituciones existentes. Queremos ofrecer a las naciones del Este, esperanza y oportunidades que podrán ir aprovechando a medida que avancen en su camino hacia la democracia y la libertad económica. Los trabajos para llegar a un acuerdo entre la CEE y las seis naciones de la Asociación Europea de Libre Comercio podrán marcar un modelo para mejorar las relaciones con otros países.

No pensamos que haya contradicción entre el proceso de integración europea y el aumento de cooperación entre la Comunidad Europea y sus vecinos, tanto orientales como occidentales. Es más, creemos que el interés de la Comunidad Europea por los países del Este se basa principalmente en su vitalidad. Y la vitalidad de la Comunidad Europea depende a su vez de su permanente compromiso con la idea de una Europa unida que ya contemplaban sus fundadores: libre, democrática y estrechamente vinculada a sus socios norteamericanos.

El nuevo papel de la CSCE

La institución que reúne a todas las naciones del Este y Oeste de Europa, la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, es en realidad un proceso continuado que comenzó hace catorce años en Helsinki. Ha habido diferentes posturas ante lo que debían ser las funciones de este proceso de la CSCE. Algunos veían en el Acta Final de Helsinki de 1975 una ratificación del *statu quo*, una suerte de tratado de paz que ponía fin a la II Guerra Mundial legitimando la permanente división de Europa. Pero

había también quien veía todo el proceso como el instrumento para superar la división.

Ha prevalecido la concepción dinámica del proceso de la CSCE. Puede que, en 1975, los Gobiernos de Europa del Este no se tomaran en serio el compromiso de respetar toda una serie de derechos humanos. Pero los ciudadanos, sí. Las pautas de conducta marcadas por el Acta Final de Helsinki encuentran cada vez mayor cumplimiento gracias a la presión internacional y la movilización de los ciudadanos. El mes pasado hemos sido testigos en Berlín de uno de los mayores logros del proceso de la CSCE, al cumplir la RDA con el compromiso de permitir a sus ciudadanos la libertad de movimientos.

Ha llegado la hora de profundizar en los logros de la CSCE. Hemos de aspirar a dar nuevos contenidos a cada uno de los tres ámbitos. En primer lugar, podemos ampliar el contenido de la seguridad con las negociaciones sobre medidas creadoras de confianza que tienen lugar actualmente entre 35 países. Los acuerdos que allí se debaten deberían ayudar a evitar el uso de la fuerza o la amenaza contra cualquier nación europea. Aparte de reducir el riesgo de guerra, las nuevas medidas creadoras de confianza supondrán una mayor apertura. Institucionalizarán un modelo fiable de interacción militar, un modelo difícil de alterar y que supone una nueva base para la confianza.

En segundo lugar, en el ámbito económico, hoy poco desarrollado, puede asumir nuevas responsabilidades. El presidente Bush sugirió al presidente Gorbachov en Malta que sería conveniente dar un impulso a este foro de la CSCE enfocándolo hacia los temas conceptuales y prácticos relativos a la transición de economías estancadas de planificación estatal hacia economías de mercado libres y competitivas. Cuando nos reunamos en Bonn en el mes de mayo próximo para discutir sobre cooperación económica, sugiero que nos concentremos en este tema.

En tercer lugar, el proceso de la CSCE se ha destacado sobre todo en el campo de los derechos humanos. Queda, sin embargo, un derecho fundamental que aún no ha sido plenamente institucionalizado. Se trata del derecho de los ciudadanos a elegir a sus gobernantes mediante elecciones libres, democráticas y con pluralidad de partidos. Este es el derecho humano fundamental, el derecho que asegura todos los demás. Sin elecciones libres, no se puede garantizar derecho alguno. Con elecciones libres, no se puede negar ya ningún derecho.

El 31 de mayo, el presidente Bush anunció en Maguncia una nueva iniciativa de Helsinki para ayudar a superar la división de Europa. Pedía elecciones libres y pluralismo político para todos los países de Europa. Es precisamente lo que hoy está sucediendo.

En junio, los Estados Unidos y el Reino Unido impulsaron una iniciativa en pro de elecciones libres en la reunión de París sobre derechos humanos. Esta propuesta invitaba a los 35 Estados participantes en la CSCE a que permitieran elecciones periódicas basadas en el voto universal, igual y secreto y con observadores internacionales. Los ciudadanos

tendrían derecho a formar partidos políticos, con el fin de garantizar un funcionamiento plenamente democrático.

Las elecciones libres deberían convertirse hoy en la máxima prioridad del proceso de la CSCE. En 1945, Stalin prometió elecciones libres y autodeterminación para los ciudadanos de Europa del Este. La realidad fue que ni las elecciones fueron libres ni los ciudadanos tuvieron derecho a determinar su destino. Esto supuso una de las causas fundamentales de la guerra fría. Hoy, el legado estalinista está siendo desmontado por los ciudadanos, dispuestos a reclamar su derecho innato a la libertad. Un derecho que ni debe ni puede ser negado.

Cuando todos, o casi todos, los Estados de la CSCE hayan optado por Gobiernos plenamente representativos, propongo que tomemos una nueva medida: involucrar a los parlamentarios de forma más directa en los procesos de la CSCE, no sólo como observadores, sino quizá también mediante reuniones de parlamentarios al efecto. Para apoyar la evolución hacia la democracia es preciso reforzar las instituciones democráticas.

Alemania y Berlín en una nueva Europa

Una nueva Europa, unida y libre, debe incluir acuerdos que satisfagan las aspiraciones del pueblo alemán y que consideren a la vez los temores lógicos de los vecinos de Alemania. El 28 de noviembre, el canciller Kohl expuso ante el Bundestag un plan concebido para alcanzar las máximas aspiraciones alemanas en paz y libertad. Con ocasión de la reciente cumbre de la OTAN, el presidente Bush afirmó el apoyo incondicional de América a la reunificación de Alemania. Enunció cuatro principios que guían nuestra política, y estas ideas fueron incorporadas a la declaración conjunta de los líderes de la Comunidad Europea formulada durante la cumbre de Estrasburgo de la semana pasada:

1. Debe lucharse por la autodeterminación sin perjuicio de su resultado. No podemos confirmar ni excluir por el momento ninguna visión particular de unidad.

2. La unificación debería tener lugar en el contexto de un compromiso continuado de Alemania con la OTAN y con una Comunidad Europea cada vez más integrada, sin olvidar el papel y las responsabilidades de las potencias aliadas.

3. En interés de la estabilidad general de Europa, la evolución hacia la unificación deberá ser pacífica, gradual y estar enmarcada en un proceso.

4. En cuanto al tema de las fronteras, deberíamos reiterar nuestro apoyo a los principios del Acta Final de Helsinki.

El presidente Bush concluyó que “todo final de la división antinatural de Europa, y de Alemania, debe alcanzarse de acuerdo con unos valores que se están convirtiendo en ideales universales, a medida que todos los países de Europa pasan a formar parte de una Comunidad de naciones

libres". El camino iniciado no será fácil. No debemos precipitarnos. Debe respetar los intereses legítimos de todos los participantes en la nueva Europa. Del mismo modo que Berlín resistió en el centro de una Europa dividida, puede que Berlín sea pronto el centro de una Europa unida y libre. Ya no será el bastión sitiado de la libertad, sino el faro de esperanza para una nueva Europa en un mundo mejor.

La unidad de Alemania y la unidad de Europa

Hans Dietrich Genscher

Precisamente porque los alemanes somos conscientes de nuestra responsabilidad por la segunda guerra mundial comprendemos nuestra responsabilidad de trabajar por un mundo mejor, por un mundo de paz, de democracia y de solidaridad entre las naciones; por un mundo de libertad y de derechos humanos; por un mundo en paz con la Naturaleza. La nación polaca fue la primera víctima de la guerra desencadenada deliberadamente por la Alemania de Hitler hace cincuenta años. Hoy queremos asegurar que el pueblo polaco puede confiar en su derecho a vivir dentro de unas fronteras seguras: esas fronteras no se pondrán en tela de juicio, ni en el presente ni en el futuro, por medio de reivindicaciones territoriales de los alemanes. La rueda de la historia no dará marcha atrás. Conjuntamente con Polonia queremos trabajar por un futuro mejor para Europa. La inviolabilidad de las fronteras es la base de las relaciones pacíficas en Europa.

Desde su creación, la República Federal de Alemania ha forjado una política de paz para Europa. Como miembro de la Comunidad Europea y de la Alianza Atlántica, pertenecemos a la familia de las democracias occidentales. Estamos vinculados con los Estados Unidos por una profunda amistad, por la Alianza y por nuestro compromiso con valores comunes. Esto lo reafirmó el presidente Bush de manera impresionante en su discurso en Maguncia. Con Francia hemos establecido una asociación y una cooperación muy particulares, como se refleja en el Tratado Franco-Alemán y en nuestras políticas actuales. Esto nos señala el futuro. Los rieles para el desarrollo del que somos testigos en Europa, ante las perspectivas que hoy contemplamos, fueron puestos al fundarse la Comunidad Europea, fueron puestos por los Tratados de Moscú y de Varsovia, por el Tratado con la Unión Soviética, por el Tratado Fundamental con la República Democrática Alemana y por el Acta Final de Helsinki. Estos son los rieles europeos que se acercan unos a otros; por tanto, deben fortalecerse

Hans Dietrich Genscher es vicescanciller de la República Federal de Alemania y ministro de Asuntos Exteriores. En este texto, procedente de la declaración del vicescanciller ante la última Asamblea de las Naciones Unidas, se marcaba la posición del Gobierno de Bonn antes de la apertura del muro de Berlín.

y extenderse. A nadie se le permitirá descarrilar... Seguiremos comprometidos con la letra y el espíritu de esos Tratados. Elementos importantes de ese orden pacífico son la Comunidad Europea y el proceso de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE). La Comunidad Europea, que se orienta hacia una unión europea, se considera a sí misma como factor de estabilidad económica y política en el mundo; mantiene relaciones estrechas, incluyendo las basadas en acuerdos, con sus vecinos de Europa y con Estados y agrupaciones de Estados en todos los continentes; fomenta con firmeza las asociaciones regionales voluntarias en otras partes del mundo. Tiene que estar abierta a una cooperación multifacética y de base amplia con aquellos países de Europa central y oriental que así lo deseen. Se requieren nuevas formas de cooperación y de intercambio. El proyecto Eureka es una oferta abierta a todos los interesados. El nuevo organismo ambiental creado por la Comunidad Europea puede convertirse en el punto de partida de una nueva cooperación pan-europea.

Se requieren estructuras de transporte que cubran a toda Europa. Estamos abiertos a las ideas y sugerencias que otros puedan aportar. Las limitaciones al comercio que se introdujeron por razones estratégicas deben adaptarse a la calidad cambiante de la cooperación política, de seguridad, económica y tecnológica, y no constituirse en un obstáculo para una política con miras al futuro.

El Este y el Oeste han optado por el camino de la cooperación, lo que es motivo de esperanza para las naciones del mundo, no sólo las de Europa. Se está abriendo paso la visión de un orden pacífico en Europa desde el Atlántico a los Urales, tal como lo propuso el Occidente en el informe Harmol ya en 1967 y se reitera en las ideas expuestas por el presidente Gorbachov sobre la casa común europea. Las valerosas reformas que se han iniciado en la Unión Soviética, Hungría y Polonia apuntan en esa dirección.

Convenimos con nuestros amigos occidentales en que los procesos de reforma en Europa central y oriental son de interés para toda Europa y para el mundo. Merecen nuestro apoyo, no sólo mediante una acción común coordinada, sino a través de un plan de solidaridad europea. El proceso de reforma en Europa central y oriental no es un caso en que una parte adopte la opinión de la otra, sino un proceso de introspección para razonar sobre los cimientos comunes de la historia y la cultura europeas, a las que todas las naciones del continente han hecho contribuciones importantes. Estas reformas se han hecho irreversibles porque lo es el anhelo de mayor libertad del hombre, a pesar inclusive de que los hechos no son inmunes al estancamiento o aun al retroceso. Ningún país puede, a la larga, escapar a esta verdad. Todo aquel que tenga la esperanza de que fracasen estas reformas resultará arrollado por los acontecimientos.

Tampoco en el Occidente se deben subestimar las nuevas posibilidades: hay que hacer uso resuelto de ellas para beneficio de toda Europa. La historia tiende a no repetir las oportunidades que ofrece. Por eso creemos necesario hacer un llamamiento a los países de Europa para que no permi-

tan que se nos escape esta coyuntura histórica. Las democracias occidentales ofrecemos un marco de condiciones estables para este proceso de reforma. Se requiere de todos visión y responsabilidad de estadista. Nadie puede querer que se desestabilice a los demás.

La República Federal de Alemania considera que un orden pacífico en Europa es el marco para lograr la meta definida en la Carta de la Unidad Alemana de “trabajar para que haya un estado de paz en Europa en el que la nación alemana recupere su unidad en libre autodeterminación”.

Queremos alcanzar esta meta respetando plenamente los Tratados que firmamos, y ello sólo podrá lograrse junto con todos los Estados de Europa, no contra ellos. Nadie tiene motivo en Europa para temer nuestra política, que está ligada al destino de todo el continente. Se trata de una política europea de paz, que excluye todo esfuerzo nacional egoísta. Entendemos que nos corresponde la tarea de trabajar en favor de un orden pacífico europeo del que no se debe excluir a ningún país ni del que ningún país puede excluirse a sí mismo. Nuestra política exterior, de conformidad con los dictados de nuestra Constitución, rechaza todo tipo de política de poder. Es una política de responsabilidad, decidida por los valores fundamentales de nuestra Constitución y que se basa en la fidelidad incondicional a los Tratados.

Como país ubicado en el corazón de Europa, la República Federal de Alemania vuelca todo su peso en el propósito de la cooperación, el entendimiento y el desarme, que conduzcan a una Europa mejor. Esto incluye la cooperación con la República Democrática Alemana. Los dos Estados alemanes tienen conciencia de su responsabilidad en cuanto a la paz en Europa, que es más importante que las cosas que nos dividen. A partir de esta responsabilidad común, los dos Estados alemanes ya han hecho contribuciones sustantivas a la distensión y el desarme en Europa, actuando así en beneficio de su pueblo. Para esta empresa tomamos como fundamento el Tratado Básico con la República Democrática Alemana y nos guiamos por las declaraciones conjuntas de 12 de marzo de 1985 y 8 de septiembre de 1987. Se requieren formas de cooperación nuevas y más estrechas en distintas esferas: económica y tecnológica, científica y cultural, del transporte y la protección del medio ambiente.

Cada uno a su propia manera, los dos Estados alemanes deben contribuir a la superación de lo que separa a los europeos. Deben enfrentar los nuevos acontecimientos que tienen lugar en toda Europa y esforzarse porque tengan éxito. La República Federal de Alemania apoya de todo corazón el proceso de unificación continental dentro de la Comunidad Europea, así como los esfuerzos reformadores de los países europeos. Según sus propias condiciones, la República Democrática Alemana puede contribuir, mediante reformas, a una mayor apertura, del mismo modo que lo vienen haciendo la Unión Soviética, Polonia y Hungría.

En las últimas semanas hemos sido testigos apesadumbrados de la suerte de los jóvenes que con todo dolor dejan sus hogares y el entorno familiar. Nadie puede querer eso. Una política de reforma abriría nuevas perspectivas en la República Democrática Alemana; al igual que en otros

países de Europa central y oriental, con lo que se alentaría a la gente a quedarse.

El Este y el Oeste ya no discuten hoy sólo los problemas que se acumularon entre ellos desde la guerra: también centran su atención conjunta en las tareas futuras que, como se estipula en la declaración conjunta germano-soviética de junio de 1989, sólo se pueden llevar a cabo mediante la actividad concertada de todos los Estados y todos los pueblos. El Tratado de Moscú sigue constituyendo la base de las relaciones entre nuestros dos países. La declaración mencionada destaca la importancia que tienen las relaciones germano-soviéticas para toda Europa. Esto requiere, de todos y para todos, una nueva mentalidad.

La declaración define los objetivos a los que ya hace tiempo nos comprometimos junto con nuestros asociados occidentales: la forja y el mantenimiento de la paz; el arreglo de los conflictos existentes; el derecho de las naciones a la libre determinación; la precedencia del derecho internacional en la política; la cooperación internacional en las esferas económica, científica y tecnológica, cuyos resultados deben beneficiar a toda la Humanidad; la conservación del medio ambiente natural y la eliminación del hambre y la pobreza del mundo, y la lucha contra nuevas amenazas como las epidemias y el terrorismo internacional.

Un mundo pacífico habitado por personas libres sujetas únicamente al imperio de la Ley y cuya dignidad no se vea deteriorada por el hambre y la pobreza; esos son los verdaderos objetivos de la política.

Mediante la limitación de armamentos y el desarme queremos reducir los factores militares de las relaciones Este-Oeste. Queremos desmilitarizar dichas relaciones, de la misma manera que deben desmilitarizarse las relaciones internacionales. Queremos crear un número creciente de estructuras de seguridad basadas en la cooperación. Damos la bienvenida a los esfuerzos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética por lograr una cooperación caracterizada por una confianza recíproca cada vez mayor, y los apoyamos.

Todo un continente se ha comprometido plenamente a un desarme convenido y controlado. El Tratado entre los Estados Unidos y la URSS para la eliminación de sus misiles de alcance intermedio y corto (INF) fue un paso importante hacia ese objetivo. Ambas partes aceptaron el principio de que quien tenga más armas debe desarmarse más. El objetivo es garantizar que las Fuerzas Armadas de ambas partes tengan solamente capacidad de defensa y no de ataque, especialmente ataques por sorpresa y a gran escala. Aún surgirán más estructuras de seguridad basadas en la cooperación, proporcionando así garantías adicionales de seguridad. Las negociaciones de Viena sobre la estabilidad convencional y las medidas de fomento de la confianza, así como sobre la prohibición general de las armas químicas, darán una nueva calidad a esas estructuras de seguridad. Las reuniones entre el secretario de Estado Baker y el ministro de Relaciones Exteriores Shevardnadze son muy esperanzadoras. En Viena, las propuestas occidentales han creado las condiciones para un desarme

convencional de gran alcance. Si existe buena voluntad en todas las partes interesadas, podrá lograrse un acuerdo inicial a principios de 1990.

Apoyamos firmemente las negociaciones que se celebran en Ginebra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética sobre armas nucleares y espaciales. Al reducir sus armas nucleares, las potencias poseedoras de armas nucleares asumen su responsabilidad para con la comunidad internacional. Cada vez es más urgente que todos los países se adhieran al Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares.

Hay que llevar a buen término, finalmente, las negociaciones sobre una prohibición general, global y verificable de armas químicas, pues sólo de esa manera podrá evitarse la difusión de esas armas bárbaras. La declaración del presidente Bush ante la Asamblea General de que su país está dispuesto a destruir más del ochenta por ciento de sus arsenales de armas químicas antes incluso de la concertación de una convención sobre armas químicas –siempre que la Unión Soviética reduzca sus armas químicas al mismo nivel– es un hecho sin precedentes en la historia de las negociaciones de desarme. La República Federal de Alemania siempre ha luchado por el feliz resultado de las negociaciones de Ginebra. Las observaciones del presidente Bush relativas a la verificación del cumplimiento de una futura convención sobre armas químicas tienen un significado que va más allá del ámbito de las negociaciones de desarme. La apertura se está convirtiendo en un principio rector de las negociaciones entre países. De hecho, todas las medidas encaminadas a lograr un mundo más abierto es un paso adelante hacia el mundo nuevo que todos buscamos.

El desarme es una tarea que no atañe exclusivamente a los países industrializados. Los países en desarrollo gastan doscientos mil millones de dólares al año con fines militares, lo que equivale al cuádruplo de la asistencia oficial para el desarrollo que reciben. Además, esos recursos no se pueden aplicar al desarrollo. Los escenarios regionales de conflicto se ven exacerbados por el comercio desenfrenado de armas. El comercio de armas debe hacerse más transparente al público internacional. La transparencia obliga tanto a importadores como a exportadores a dar cuenta y justificar su actuación, lo cual, en sí mismo, tiene un efecto moderador. El nivel totalmente desproporcionado de armas existente en todas las partes del mundo hace del desarme una tarea mundial de la que deben encargarse las Naciones Unidas.

La actitud de un país respecto al desarme es la medida más fiable para saber hasta qué punto está dispuesto ese país a abandonar su antigua manera de pensar. Y su actitud respecto a los derechos humanos es la medida más fiable para saber su postura acerca de la dignidad inalienable del individuo. Un orden pacífico en Europa –un orden pacífico en el mundo– sólo puede basarse en la aplicación universal de los derechos humanos y en el derecho de las naciones a la libre determinación. La Europa del futuro se convertirá, de esa manera, en una región grande y amplia basada en el imperio de la Ley.

Para nosotros, el respeto de los derechos humanos es la base indispensable de toda política. A nuestro juicio, sigue siendo urgente el nombramiento de un alto comisionado de las Naciones

Unidas para los derechos humanos y el establecimiento de un tribunal internacional de derechos humanos. Pedimos que nuestra iniciativa de abolir la pena capital sea también apoyada por aquellos países que, frecuentemente por razones religiosas, desean mantenerla como castigo. La forma de un protocolo opcional elegido por nosotros deja la puerta abierta a aquellos Estados que todavía no se han decidido a favorecer su firma.

Muchos países en desarrollo están realizando reformas drásticas y dolorosas para reestructurar sus economías. De ese modo hacen una contribución sustancial a la estabilidad de la economía mundial. Estas reformas deben restablecer la confianza de los inversionistas nacionales y extranjeros.

La forma más eficaz de aumentar la prosperidad de todos los países es mediante el libre intercambio de bienes y servicios. Por lo tanto, es de suma importancia que la Ronda Uruguay tenga pleno éxito: Esto requiere todavía considerables esfuerzos y concesiones, no en menor grado en esferas sensibles para las naciones industriales. Todos los países deben resistirse a las tentaciones del proteccionismo. Los más débiles son siempre los que sufren los golpes más duros de las consecuencias del proteccionismo. Los principios básicos de la nueva forma de pensar –apertura en lugar de aislamiento, cooperación en lugar de enfrentamiento– también deben aplicarse al comercio internacional.

La incertidumbre de los acontecimientos del Este

Maurice Allais

La gigantesca marejada política que ha roto sobre Europa oriental desde la apertura del muro de Berlín, el jueves 9 de noviembre de 1989, representa, sin duda, tanto por su amplitud y su fuerza, carente de toda violencia, como por sus repercusiones ulteriores, un magno acontecimiento que ha cambiado radicalmente, si no la faz del mundo, sí por lo menos la de Europa para muchos años.

Aunque su ocasión y sus modalidades eran imprevisibles, su carácter explosivo podía haberse previsto con certeza, y hace ahora veinte años, en 1969, analizando la evolución comparada del mundo occidental y de los países del Este, escribí¹:

“Hace años que estoy convencido de que, de una manera o de otra, las sociedades del Este están en vías de profunda transformación, porque la realidad fundamental de hoy, en el Este, es una inmensa aspiración de millones de hombres a la libertad, que años y más años de opresión bajo un dogal asfixiante han hecho cada vez más deseable...”

La liberalización en el Este no ha hecho sino comenzar en la realidad de las cosas, pero existe ya en los espíritus y en el corazón de decenas de millones de seres humanos. Nada podrá detenerla. La revolución liberal, a cuyos pródromos asistimos desde hace algunos años, es irreversible, y a cierto plazo, explosiva.”

En realidad, todas las sociedades comunistas son hoy políticamente inestables, no sólo Polonia, Hungría, Alemania oriental y Checoslovaquia, sino también la Rusia soviética y la China comunista.

Los acontecimientos de estas últimas semanas han dado lugar a una oleada inmensa de comentarios que, sin duda, lo han dicho ya todo, pero en los que ciertos aspectos, y sobre todo sus relaciones recíprocas, no han sido quizá suficientemente despejados.

En la situación actual, cuando los acontecimientos parecen precipitarse, ¿en qué certidumbres podemos fundamentar nuestro análisis y

Maurice Allais es el primer francés que recibió el premio Nobel de Economía, otorgado en 1988. Situado en la línea intelectual de los grandes economistas liberales, es autor, entre otras muchas obras, de “Abondance et misère” (1946) y “Economie et intérêt” (1947).

nuestra política? ¿Cuáles son, en cambio, las incertidumbres y los peligros que podemos hallar en el camino? ¿Cuáles los escollos y los errores que debemos evitar? Y finalmente, ¿cuáles los principios que nos deben guiar? Este es el objeto del siguiente análisis.

Algunas certidumbres

1. *El derrumbamiento del comunismo totalitario*: La primera certidumbre es el derrumbamiento total del comunismo totalitario en cuanto sistema político.

No se puede mantener indefinidamente a millones de seres humanos bajo el yugo de una minoría, aunque ésta sea una *nomenklatura* todopoderosa. El condicionamiento ideológico no es suficiente. No se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo. De manera sólo en apariencia paradójica, cuanto más se fue liberalizando el sistema tras la muerte de Stalin, tanto más vulnerable se ha hecho.

Lo que es realmente asombroso es que un régimen de terror haya podido mantener tanto tiempo a pueblos enteros en la servidumbre². Pero lo que más pronto o más tarde debía llegar, ha llegado.

2. *El derrumbamiento del sistema económico colectivista*: La segunda certidumbre es el enorme fracaso del sistema económico colectivista en los países comunistas.

Hoy se da la prueba indiscutible de que el sistema económico colectivista lleva consigo, irremediabilmente, la ineficacia y, en consecuencia, la miseria. La supresión de la propiedad privada y la planificación centralizada conducen inevitablemente a la burocracia y a la parálisis de la economía.

El fracaso de las economías colectivistas no debe atribuirse a la burocracia; porque es la esencia misma de la economía colectivista lo que engendra la burocracia. Sería un grave error atribuir este fracaso a una perversión de la burocracia y pensar que una reforma de ésta pudiera remediar los desastres económicos que acarrea inevitablemente todo sistema colectivista.

La situación actual de la economía soviética y de las economías del Este es desesperada. Se caracteriza por una desorganización completa y profunda. Cuarenta años de colectivismo han sido en lo económico más destructivos de la economía de lo que fueron por sí solas cada una de las dos guerras mundiales.

La evidencia de los hechos ha terminado por triunfar sobre el adoctrinamiento ideológico. Los historiadores futuros habrán de asombrarse de la extraordinaria ingenuidad de los numerosísimos expertos occidentales que en los años cuarenta y cincuenta no cesaban de profetizar que la economía soviética sobrepasaría dentro de muy poco tiempo los niveles de vida americanos y europeos.

En cuanto a mí, desde 1950 vengo escribiendo con cifras que lo apoyan³:

“En el estado actual de las cosas, un hecho parece absolutamente cierto: tanto en el plano humano como en el plano económico, la eficacia del totalitarismo es una verdadera leyenda.”

3. *El derrumbamiento de hecho del Pacto de Varsovia y el Imperio Soviético*: Es ésta una tercera certidumbre: el Pacto de Varsovia ha dejado de existir de hecho. Hoy, en efecto, ni Polonia, ni Hungría, ni Alemania del Este, ni Checoslovaquia son capaces de movilizar centenares de millares de hombres para combatir a Occidente. Ya no hay prácticamente nadie en los países del Este que esté dispuesto a dejarse matar para defender el sistema totalitario colectivista.

En el plano de los tratados, el Pacto de Varsovia sigue existiendo legalmente. En la realidad de las cosas, no es más que un mito.

La propia Unión de Repúblicas Soviéticas está profundamente dislocada. El Imperio Soviético, como entidad políticamente viable, ha dejado de existir.

4. *La reunificación de Alemania se consumará más pronto o más tarde*: He aquí una cuarta certidumbre. La reunificación económica y política de Alemania se ha hecho hoy inevitable a plazo más o menos largo. Realmente, nada podrá impedirlo.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, con una política de visión corta, Francia se regocijó de la división de Alemania en dos partes, una de ellas bajo la dominación de la Rusia soviética. Semejante división es contra natura. Se opone a la edificación de una verdadera Europa⁴ y concluirá en cualquier momento.

5. *El desplome del sueño francés de la posguerra de una Europa dominada por Francia*: La gran idea política de la mayoría de los estadistas franceses tras la Segunda Guerra Mundial era la construcción de una Europa dominada por Francia. Se fundaba en gran parte en la división de Alemania, constantemente favorecida, más o menos explícitamente, por Francia.

En realidad, era éste un sueño carente de todo fundamento realista, una idea absurda e irrealizable, cuya inanidad no ha cesado de hacerse cada vez más evidente con el transcurso de los años. Nada de ello puede mantenerse hoy. Lo cierto es que no podrá construirse una Europa real si cualquiera de sus miembros intenta imponer sus propias concepciones a los demás.

Si se llega a construir Europa, como es sumamente deseable, esto no podrá hacerse sino sobre bases razonables a partir de una voluntad política común. La reunificación de Europa no puede lograrse ni por la fuerza, como lo han probado los sucesivos fracasos de España, de Napoleón y de Hitler, ni por la dominación *de facto* de un país preponderante, como lo fue Francia ayer y lo será mañana Alemania.

6. *La democratización política de los países del Este no es una condición suficiente para su prosperidad económica*: Como muchos comentaristas demasiado simplistas de los medios de comunicación sugieren y como inmensas multitudes del Este parecen creer más o menos confusamente, el establecimiento de democracias pluralistas reales en los

países del Este y las elecciones libres y secretas no son suficientes para producir de la noche a la mañana la eficacia de la economía y el aumento del nivel de vida. Esto no es más que una pura ilusión; y para todos los que la comparten, la vuelta a la realidad será seguramente tanto más decepcionante cuanto más intensas hayan sido las ilusiones.

Son necesarias profundas transformaciones de los sistemas y de las estructuras económicas, lo que requiere tiempo; en realidad, muchos años.

7. *El restablecimiento de las economías del Este implica la instauración de una economía de mercado y el restablecimiento de la propiedad privada:* Es ésta una séptima certidumbre; las economías del Este no podrán enmendarse y los niveles de vida no podrán aumentar si no ponen en marcha una economía de mercado real.

Pero el funcionamiento efectivo y eficaz de una economía de mercado implica una doble condición, la propiedad privada de la mayor parte de los medios de producción, y la existencia de una clase media independiente del poder político y que disponga de recursos suficientes.

Tan fácil como les ha sido a los regímenes comunistas suprimir de un día para el otro la propiedad privada, les ha sido destruir rápidamente las clases medias, por la exclusión, los campos de concentración o la muerte, y de la misma forma la vuelta a la propiedad privada y el restablecimiento de unas clases medias que dispongan de poder económico suficiente representan obstáculos muy difíciles de superar y cuya superación, en todo caso, exigirá muchos años. Existen ahí dos diferencias fundamentales con la situación que imperaba en Europa después de todas las destrucciones de la Segunda Guerra Mundial.

La situación actual es mucho más difícil, y es totalmente evidente que no bastaría un simple Plan Marshall.

La primera dificultad que hay que superar es la desnacionalización de las empresas colectivistas. Es ésta una tarea muy difícil económica, sociológica y políticamente y, a decir verdad, nadie en el Este ni en el Oeste parece estar en disposición de proporcionar soluciones realistas susceptibles de ponerse rápidamente en ejecución.

El peligro mayor es la idea, demasiado extendida, lo mismo en el Este que en el Oeste, de que una economía de mercado podría funcionar en un marco colectivista. Es ésta una ilusión que es preciso disipar lo más rápidamente posible, porque de otro modo la liberalización política dé los países del Este, lejos de remediar el desfondamiento de sus economías, no conduciría sino a agravar la desastrosa situación actual. Podría incluso llevar al caos.

8. *El restablecimiento de las economías del Este exigirá muchos años:* En realidad hay una contradicción absoluta entre la reivindicación económica inmediata de niveles de vida más elevados y los considerables retrasos que suponen el acceso a la prosperidad y el mejoramiento efectivo de las condiciones de existencia.

Es totalmente ilusorio pensar que una ayuda de Occidente, cualquiera que fuese, podría por sí misma permitir la realización de tales objetivos.

Es ésa una tarea que sobrepasa con mucho las posibilidades efectivas de Occidente. Sólo por su trabajo propio, por su esfuerzo propio, podrán los países del Este llevar a cabo esa tarea, y ello exigirá muchísimos años.

La experiencia ha demostrado que hacen falta por lo menos cinco años para que un país occidental asolado por la guerra pueda reparar la ruina dentro de una economía de mercado de propiedad privada y disponiendo de una clase media competente e independiente del poder político. Pero un período como ése sería hoy completamente insuficiente para los países del Este, profundamente estragados por decenas de años de colectivismo totalitario.

Una vez más se necesitarán años y años para asegurar al Este el retorno a economías fundadas sobre la propiedad privada y para crear de nuevo clases medias competentes, que dispongan de un poder adquisitivo suficiente y que sean independientes del poder político, condiciones necesarias para cualquier enmienda real.

9. *Rusia soviética es y seguirá siendo durante años una formidable potencia militar*: Finalmente, cualquiera que pueda ser la amplitud actual del deshielo entre el Este y el Oeste y la fuerza de las aspiraciones de las poblaciones a la liberalización política y a unos niveles de vida más elevados, el hecho es que la Rusia soviética es y seguirá siendo en el porvenir previsible una formidable potencia militar, aun en el caso de que el Pacto de Varsovia ya no tenga más existencia efectiva en caso de conflicto qué la que tiene sobre el papel.

Como Rusia soviética ocupa militarmente todos los países del Este⁵, no es posible hacer nada sin su aceptación explícita, y es, por lo menos, dudoso que acepte retirar sus tropas sin que los occidentales se vean frente a condiciones que serían indudablemente inaceptables, como, por ejemplo, la neutralización de Europa, que aseguraría a la Rusia soviética una supremacía total sobre toda Europa occidental y la sometería a su capricho.

En esas condiciones, es verdaderamente difícil concebir, y sobre todo poner en ejecución, planes realistas y eficaces para una liberalización política y económica efectiva de los países del Este.

Peligros e incertidumbre en el futuro

1. *La inestabilidad política de Rusia soviética*: No hay nadie en Occidente que no desee profundamente el éxito de la *perestroika* y de la *glasnost* del señor Gorbachov. Pero es realmente imposible afirmar si podrá continuar esta política.

No se puede excluir de ninguna manera una temible ofensiva de las fuerzas conservadoras apoyadas por el Ejército soviético. Por una parte, la situación económica en Rusia soviética es realmente desastrosa y el descontento va aumentando; por otra parte, no hay que subestimar el poder de las fuerzas nacionalistas, y se puede legítimamente suponer que

muchos oficiales del Ejército soviético consideran insoportable e inaceptable el derrumbamiento del imperio soviético.

El hundimiento de la economía, consecuencia de la economía colectivista, y el del imperio soviético, que en realidad no se mantenía, en un equilibrio potencialmente inestable más que por la fuerza de la opresión sobre las poblaciones, no puede atribuirse, a no ser de forma excesivamente simplista, a Gorbachov.

No puede, pues, excluirse del todo un golpe de Estado en Rusia. Se derivaría, bien es verdad, de un error de juicio considerable de sus autores en cuanto al interés real de la URSS, pero la historia no ha dejado de mostrarnos cuántos de estos errores son posibles. Las consecuencias serían manifiestamente incontrolables, y es evidente que crearían una situación sumamente peligrosa.

He aquí un primer peligro y una primera incertidumbre, verdaderamente considerables.

2. *La inestabilidad política de los países del Este:* Lo mismo en Polonia que en Hungría, en Alemania oriental o en Checoslovaquia, existe gran riesgo de que las multitudes no comprendan que los niveles de vida no se elevan rápidamente tras la democratización de su sistema político. Injustificadamente, estas multitudes parecen más o menos convencidas de que la liberalización de su sistema político no dejará de provocar con gran rapidez un mejoramiento considerable de sus condiciones de existencia.

Cualesquiera que puedan ser las circunstancias, la impaciencia de las multitudes en los países del Este para obtener una mejoría inmediata de su nivel de vida, imposible en la realidad, puede hacerse rápidamente incontrolable y provocar consecuencias imprevisibles.

A todas luces, es relativamente fácil salir a la calle para pedir la democratización de los sistemas políticos; pero, por otra parte, es difícil crear a corto plazo las condiciones de una economía de mercado próspera.

A este riesgo se añade el creado por el intenso deseo de una gran parte de los alemanes del Este de llevar a cabo la reunificación de las dos Alemanias, lo que a sus ojos supondría la elevación inmediata de su nivel de vida.

A decir verdad, así como la reunificación de Alemania parece segura a largo plazo, si no lo es a plazo medio, parece irrealizable a corto término, tan diferentes son los sistemas económicos y los niveles de vida de las dos Alemanias, y lo mismo es suponer que vaya a concluir la ocupación de Alemania del Este por las tropas soviéticas, a lo que la Rusia soviética no parece dispuesta a menos que Europa occidental haga concesiones excesivas.

Es evidente que la situación en los países del Este corre el riesgo de hacerse políticamente inestable y totalmente incontrolable.

3. *El riesgo de balcanización de Europa y de una resurrección de los nacionalismos:* Existe igualmente el peligro de que la evolución ac-

tual conduzca a una balcanización de toda Europa y a una resurrección de los nacionalismos por toda ella.

Semejante evolución nos devolvería a una situación análoga a la que existía antes de la primera guerra mundial, con todos los riesgos, tan inmensos como incalculables, que tal situación podría suponer.

En una Europa balcanizada aparecerían, inevitablemente, la cuestión de las fronteras y la cuestión, aún más temible, de las nacionalidades y de la opresión de las minorías étnicas. Basta con que nos refiramos aquí al problema de Irlanda del Norte, que no ha recibido todavía ninguna solución comúnmente aceptable en el seno de la Comunidad europea.

En la mejor de las hipótesis, una Europa balcanizada dejaría a los europeos desamparados para hacer frente a los múltiples problemas que les plantea su porvenir dentro de la evolución actual del mundo.

4. *La ausencia de ideas claras sobre las reformas necesarias en Rusia soviética y en los países del Este:* Lo que llama la atención en las discusiones que se mantienen actualmente en la Rusia soviética y en los países del Este es la ausencia de ideas claras en cuanto a las reformas económicas adecuadas para remediar las situaciones dramáticas en que se encuentran sus economías.

Se habla mucho de economías de mercado, pero en términos vagos, sin advertir plenamente lo que su funcionamiento implica realmente; es decir, en especial la realización de una economía fundada en la descentralización de las decisiones, la propiedad privada y la independencia de las empresas en relación con el poder político.

Muchos se imaginan equivocadamente que una economía de mercado podría funcionar en el marco general de un socialismo de Estado con bolsas reducidas de propiedad privada. Muchos están persuadidos de que basta con liberalizar el sistema político para resolver todos los problemas en el entorno de una economía colectivista. Tal eventualidad equivaldría prácticamente al mantenimiento actual de una economía colectivista y no resolvería virtualmente nada.

Otros hablan todavía de *socialismo con rostro humano*. Olvidan, ni más ni menos, que la cuestión real es la de la propiedad privada. Mientras se mantenga la propiedad colectivista acarreará, inevitablemente, la ineficacia y el derroche, y más pronto o más tarde, para hacer frente a tal situación, coacciones autoritarias. En realidad, una expresión como *socialismo con rostro humano* carece de sentido, y no es la semántica utilizada lo que puede cambiar el contenido del socialismo.

El trazo más destacado que ha caracterizado al movimiento estudiantil de China era la ausencia de toda idea constructiva. Se blandía la democracia como palabra mágica que por sí sola podría resolver todos los problemas. En realidad esa palabra no es nada.

La liberalización política y económica de los países del Este plantea problemas fundamentales sobre los cuales han reflexionado de forma totalmente insuficiente tanto los países del Este como los de Occidente.

5. *Los riesgos que implica un regreso insuficientemente preparado a la economía de mercado:* Es imposible sin peligro disfrazar todos los

riesgos que implica el paso, aunque sea gradual, a una economía de mercado de propiedad privada: la aparición prácticamente inevitable de nuevos ricos, la creación de desigualdades hirientes y poco justificadas, que el mercado no podrá reducir realmente más que cuando la competencia llegue a ser suficiente, formas más o menos brutales de gestión de las empresas privadas, disolución de las costumbres, etcétera.

La reacción termidoriana tras el Terror, durante la Revolución Francesa, muestra bien a las claras los riesgos de todo paso de un sistema totalitario a un sistema liberal. Entonces el terror no había durado más que menos de dos años, mientras que, en una u otra forma, en los países del Este se ha mantenido desde hace cuarenta años, y en Rusia soviética el sistema totalitario no ha dejado de hacer estragos desde hace setenta años.

6. *La ocupación de los países del Este por el Ejército soviético*: Aunque como fuerza militar coherente ya no existe en la práctica el Pacto de Varsovia, en cambio permite una ocupación permanente de Polonia, Hungría, Alemania oriental y Checoslovaquia por tropas soviéticas. En el estado actual de las cosas, sólo el Gobierno soviético puede tomar la decisión de poner fin a esta ocupación, por lo menos en el porvenir próximo.

Incluso si se redujeran las tropas de ocupación soviéticas, las poblaciones de los países del Este seguirían siendo rehenes sometidos a la voluntad del Gobierno soviético, y desgraciadamente es dudoso, cuando menos, que se pudiera realizar, bajo ocupación extranjera, una liberalización política y económica real de las sociedades del Este.

En todo caso, si prosigue la liberalización actual, esta ocupación se irá soportando cada vez menos, y de ello pueden derivarse riesgos mayores.

En los comentarios de los medios de información sobre la evolución de Polonia, Hungría, Alemania del Este y Checoslovaquia se olvida con excesiva frecuencia que no se trata de países independientes, sino de países ocupados militarmente por una potencia extranjera.

No nos equivoquemos en nuestra actuación

1. *Es imposible incluir actualmente a los países del Este, y muy en especial a la República Democrática de Alemania, en la Comunidad Económica Europea*: Contrariamente a ciertas declaraciones de personalidades occidentales, y contrariamente a las aspiraciones de una gran parte de la opinión en los países del Este, y muy especialmente en Alemania oriental, es totalmente imposible, y realmente no deseable, que los países del Este se integren en un futuro próximo en la Comunidad Económica Europea.

Incluso si se llevase a cabo una liberalización política plena debe considerarse la realización de una economía de mercado descentralizada y de propiedad privada como una condición *sine qua non* de tal integración. En todo caso no sería concebible sino después de la retirada total de las fuerzas soviéticas. Esta condición es especialmente válida en cuanto a Alemania oriental. Sólo se puede considerar actualmente una intensificación de los lazos comerciales.

Por el contrario, cuando estos países se liberalicen política y económicamente de forma plena, y cuando haya cesado la ocupación soviética, se hará no sólo posible, sino deseable la plena integración de Alemania Oriental, Polonia, Hungría y Checoslovaquia.

Realmente no debemos poner obstáculos a la reunificación, verdaderamente inevitable, de las dos Alemanias, si ambas la desean; pero es evidente que no se podría lograr un equilibrio europeo real si no se realizase paralelamente, y por lo menos a plazo fijo, la integración de Polonia, de Hungría y de Checoslovaquia en la construcción europea.

En realidad, toda integración, o incluso toda asociación prematura de estos países a Europa occidental, no haría otra cosa que comprometer la realización de una Europa económica, política y cultural, realización que debe considerarse prioritaria.

En todo caso sería sobremanera deseable que Austria, Noruega y Suecia pudieran participar en esta realización antes de cualquier integración de los países del Este.

2. *No hay que consolidar los regímenes colectivistas*: Los países occidentales han puesto como justa condición para su ayuda la vuelta previa a regímenes democráticos que supongan al mismo tiempo la supresión del sistema de partido único y elecciones libres y secretas.

Pero semejante condición no se puede considerar suficiente. Es preciso añadir el compromiso de la realización progresiva de una economía de mercado y de propiedad privada, en cuya ausencia toda ayuda occidental serviría para consolidarlos regímenes colectivistas y mantener sus ineficaces estructuras económicas.

Naturalmente, y de forma muy particular, estas condiciones son válidas para la Rusia soviética⁶.

3. *No hay que emprender el camino de una reconstrucción europea del Atlántico a los Urales*: El establecimiento progresivo de un orden mundial pacífico no se puede conseguir sino a partir de asociaciones económicas y políticas regionales suficientemente homogéneas y equilibradas.

Basta con mirar el mapa para darse cuenta de que la integración de Rusia en la construcción europea llevaría a una dominación de hecho de Rusia soviética sobre toda Europa occidental y a la realización del sueño estaliniano de una Europa soviética.

La Europa del Atlántico a los Urales⁷ sería realmente suicida para la construcción europea. Todo conjunto político debe ser equilibrado y no se puede asociar sin peligro el inmenso continente dominado por la Rusia soviética a la construcción europea. La casa común de Gorbachov, bajo la forma en que la entienden los representantes de la nomenklatura soviética, no sería otra cosa que una trampa.

En un plazo determinado, la construcción europea debe limitarse a los países del Este. Paralelamente, la evolución de las repúblicas soviéticas debería conducir a un conjunto, política y económicamente liberal en que se incluiría simultáneamente a la Rusia europea y a las otras repúblicas soviéticas si lo desearan.

La verdadera *casa común* de la que no deja de hablar el señor Gorbachov, sin jamás precisar realmente su sentido, debería incluir tras algún tiempo las tres asociaciones regionales de Estados Unidos y Canadá, de la Comunidad europea y, finalmente, del conjunto de aquellas repúblicas soviéticas que desearan permanecer asociadas a la Rusia europea.

Cualquier otro proyecto no se deriva de otra cosa que de una mitología irreal que se funda en una mistificación tan peligrosa como ilusoria.

4. *Los países occidentales no deben tomar decisiones improvisadas y precipitadas.* Hay quienes proponen la organización desde el año próximo de una vasta conferencia internacional destinada a establecer las bases de una nueva Europa. Sería ésta una decisión totalmente prematura.

La evolución actual de los países del Este va en el sentido del restablecimiento de las libertades y de la democracia. Mientras este movimiento no esté suficientemente desarrollado, mientras no se establezcan sistemas efectivamente democráticos, mientras los países del Este no emprendan suficientemente el camino de una economía de mercado y una vuelta a la propiedad privada, toda conferencia internacional deberá considerarse prematura y susceptible de alcanzar acuerdos fundados sobre las relaciones de fuerza actuales, que no tienen en cuenta la evolución actual de los países del Este hacia situaciones totalmente distintas. En el futuro inmediato es preciso que permitamos a los países del Este evolucionar libremente desde sí mismos y nos limitemos a favorecer esta evolución.

5. *No hay que detener ni frenar siquiera la construcción europea.* La construcción europea no debe detenerse bajo el pretexto falaz de que sería necesario esperar a la integración de los países del Este en una Europa ampliada para establecer instituciones eficaces. Muy al contrario, es preciso que nos esforcemos en proseguir la integración europea sobre bases realistas, permitiendo sobre todo una evolución tan rápida como sea posible hacia una comunidad económica efectiva.

Pero tampoco en esto hay que precipitarse llevando a cabo una integración prematura sobre bases tecnocráticas y burocráticas y susceptibles de oponerse a una evolución ulterior de cada país hacia estructuras económicas y financieras más eficaces. Es necesario en esto comprender y advertir lo que hay de enteramente valedero en las posiciones de la señora Thatcher y no comprometer unilateralmente el porvenir con decisiones irreales e improvisadas.

En realidad, la construcción europea tendrá en esto un valor de ejemplo sobre los países del Este. Este valor de ejemplo es insustituible y nos proviene de definir las instituciones económicas, políticas y culturales mínimas de la Comunidad Europea, en el marco de las cuales pueden mantenerse todas las diversidades nacionales sin las cuales no sería realmente concebida ninguna construcción europea.

6. *No debemos renunciar a la Organización del Tratado del Atlántico Norte:* Las incertidumbres sobre el porvenir del mundo del Este son tan inmensas que no se puede prescindir de la OTAN sin peligro. Negociar inmediatamente y aceptar la supresión paralela de la OTAN y del Pacto

de Varsovia no constituiría más que un juego de tontos. El Pacto de Varsovia no tiene ya otra realidad concreta que la ocupación de facto de los países del Este por las tropas soviéticas. En realidad, la gran mayoría de las poblaciones de los países del Este no está de ninguna forma dispuesta a participar en unas hostilidades contra Europa occidental que eventualmente pudiera desencadenar la Rusia soviética.

Disolver paralelamente la OTAN y el Pacto de Varsovia equivaldría a intercambiar la destrucción de una organización sólida por la desaparición de una organización militar que no tiene ya apoyo real lo mismo en Polonia, Hungría y Checoslovaquia, que en Alemania oriental.

Que las Fuerzas americanas se retiraran de Europa occidental al tiempo que las Fuerzas soviéticas se retirasen de los países del Este constituiría en apariencia una operación simétrica, pero en la realidad de las cosas sería totalmente asimétrica, ya que los Ejércitos soviéticos quedarían en la proximidad inmediata de los países del Este, mientras que las Fuerzas americanas se retirarían a millares de kilómetros al otro lado del Atlántico. En una coyuntura tan insegura como la actual, éste sería un arreglo totalmente inseguro y un negocio insensato.

En esto hay que dejar también que corra el tiempo. Si los Gobiernos elegidos democráticamente a partir de elecciones libres y secretas en los países del Este desean la retirada de las tropas soviéticas, la ocupación de los países del Este se hará cada vez más insostenible políticamente para Rusia soviética.

La única cosa que hoy puede negociarse razonablemente es una retirada total de los países del Este contra una reducción importante de las Fuerzas americanas en Europa y una ayuda importante de Occidente a la economía soviética⁸.

Es imposible para Europa atenerse a la palabra de un solo hombre, el señor Gorbachov, por muy sincero y determinado que pueda ser. No podemos renunciar a nuestra seguridad a cambio de las promesas que en realidad podrían cuestionarse totalmente en el porvenir si Gorbachov fuera, por desgracia, desalojado del poder, posibilidad que no se puede excluir del todo y que forzosamente hay que tener en cuenta.

Las condiciones de nuestro futuro

1. *Hay que tener en cuenta las experiencias del pasado:* Los medios de información han recordado a justo título las atrocidades del nazismo, sus campos de exterminio y sus millones de víctimas, pero habrían debido recordar de la misma forma los millones de deportados y los millones de muertos de los que se hizo culpable el comunismo totalitario estaliniano durante los años 30, y los campos estalinianos después de la Segunda Guerra Mundial, en los que los deportados se contaron por millones⁹.

Las propias grandes democracias occidentales no podrían pretender una extraña pureza en relación con los lanzamientos de bombas de fósforo sobre Dresde y Tokio, que causaron cientos de millares de víctimas ino-

centes, y con las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki y sus cientos de miles de muertos, también.

Las atrocidades de las guerras, y muy particularmente de las guerras civiles, no son, por cierto, nuevas en la Historia. Desgraciadamente, han señalado, al correr de los siglos, toda la historia de la Humanidad, pero la potencia moderna de los medios de acción y de destrucción ha agravado considerablemente sus catastróficos efectos.

“Nunca más esto” ha sido el juicio del Papa Juan Pablo II. Este juicio debe dictar nuestra conducta. Es un imperativo categórico. Para mí, que perdí a mi padre durante la Primera Guerra Mundial, ¿qué pueden pesar los pretendidos obstáculos que los resurgimientos nacionalistas no dejan de oponer por todas partes a la política que conviene llevar a cabo para conseguir cuanto antes la comunidad cultural, política y económica europea de la que depende nuestro porvenir?

Frente a la inmensidad de las apuestas en juego, los europeos deben superar hoy los llamamientos insidiosos de los falsos nacionalismos heredados de sus enemistades ancestrales. Es necesario recordar aquí cuáles han sido los orígenes de dos guerras mundiales, y darse buena cuenta de cómo, partiendo inicialmente de cuestiones relativamente menores con respecto a las terribles consecuencias que provocaron al final, un proceso acumulativo de responsabilidades compartidas despertó y desarrolló hasta el paroxismo los viejos demonios de los nacionalismos y empujó a pueblos civilizados a matarse unos a otros.

En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, el enfrentamiento de los pueblos, de represalia en represalia, se hizo tan salvaje, que está por encima de toda descripción. No se puede aquí más que dejar constancia de la inmensa decadencia moral que se operó entonces en la mentalidad de los pueblos y de sus gobernantes, que llegaron en todos los lugares a una crueldad implacable que hasta entonces la Humanidad, sin duda, no había conocido jamás en semejante escala.

2. *Es necesario ayudar a los países del Este:* Está fuera de duda que es necesario ayudar a los países del Este y a Rusia soviética. Las únicas cuestiones son en qué condiciones y cómo.

De comienzo, es preciso subordinar toda ayuda al establecimiento de democracias políticas reales fundadas en el multipartidismo y en elecciones libres y secretas.

De ello se desprende que, mientras Rusia soviética mantenga el principio del partido único, no cabe prestarle ayuda o concederle créditos¹⁰. sólo pueden y deben desarrollarse intercambios comerciales sobre bases de reciprocidad.

Sin embargo, podría y debería acordarse a la Rusia soviética una ayuda económica muy importante si, en contrapartida, aceptara a su vez, sin otra condición, retirar sus tropas de Alemania oriental, Polonia, Hungría y Checoslovaquia.

Pero no basta con subordinar nuestra ayuda al establecimiento de democracias políticas reales. Es necesario además, y sobre todo, subordinarla a una vuelta progresiva a la economía de mercado, a la descentrali-

zación de las decisiones y a la reinstauración de la propiedad privada. No sólo no nos conviene ayudar en lo que sea a regímenes colectivistas que han llevado a sus países a las situaciones desastrosas de hoy, sino que nos es imperativamente necesario evitar que se derrochen nuestros recursos.

Si consideramos, por ejemplo, Francia, nuestros recursos son limitados. Son escasos. La insuficiencia de viviendas, de Universidades, de escuelas, de hospitales, etcétera, es escandalosa. Debemos prioritariamente ayudar y socorrer a la inmensa cohorte de la miseria silenciosa de nuestra sociedad de hoy. Si ayudamos, pues, a los otros, es necesario que esta ayuda se dé en condiciones que hagan segura su eficacia.

¿Cuál debe ser, entonces, nuestra ayuda? Ante todo, debe ser una ayuda a la formación. En segundo lugar, debe consistir en la apertura de créditos indexados reembolsables, porque todo lo que es gratuito se derrocha. Finalmente, debe consistir en el desarrollo de intercambios comerciales. Hay que comprar y no dar.

La única forma de ayuda que es realmente eficaz descansa en la formación de los hombres; ésta es la enseñanza fundamental que nos ha proporcionado la larga y amarga experiencia de nuestra ayuda al Tercer Mundo.

Esta ayuda presenta dos aspectos esenciales y complementarios: el envío de expertos y cooperantes a los países del Este, la concesión de bolsas de viaje y de puestos interinos no sólo a los estudiantes, sino también a los ingenieros, contra maestros y obreros deseosos de formarse siguiendo los métodos occidentales. Esta ayuda, y sólo esta ayuda, debe ser gratuita.

Hay también una ayuda totalmente esencial que debemos otorgar lo más pronto posible a los países del Este que lo deseen. Es el análisis y la definición de los medios más apropiados para pasar lo más rápida y eficazmente posible de una economía colectivista a una economía de mercado fundada en la descentralización de las decisiones y en la propiedad privada, teniendo en cuenta las presiones resultantes de las situaciones actuales. Tal vez la mejor inversión que podamos hacer sería organizar y financiar conferencias y seminarios en Occidente y en el Este cuyo objeto sería analizar y definir políticas eficaces de reconversión de las economías colectivistas, tema tan difícil como fundamental. Mi llamamiento se dirige aquí no sólo a los Estados, sino a las grandes organizaciones industriales y comerciales.

3. *Nos es necesario proseguir la construcción europea:* Hoy debemos ser bien conscientes de dos realidades enteramente nuevas, aunque hayan sido previsibles desde hace mucho tiempo: para empezar, Alemania se reunificará más pronto o más tarde, y la potencia económica y política de Alemania en la Comunidad Europea aumentará considerablemente; en segundo lugar, los países del Este europeo deberán integrarse en la Comunidad Europea, y su integración contribuirá a la realización de un equilibrio indispensable de poderes en el seno de la Comunidad Europea.

Frente a estas dos realidades, debemos continuar persiguiendo desde ahora la construcción europea no para crear alguna situación irreversible, sino para consolidar lo que ya se ha realizado y para preparar la Comunidad Europea a sus ampliaciones futuras.

Hasta ahora se han cometido dos errores fundamentales en la construcción europea. El primero ha sido pensar que era preciso comenzar por la Europa económica, cuando, evidentemente, la realización de una Europa económica real debía plantear más pronto o más tarde, e inevitablemente, cuestiones políticas de gran alcance. También lo ha sido el desdeñar casi totalmente la realización de una Comunidad cultural europea, sin la cual la realización de toda Europa política se verá que es finalmente imposible.

El segundo error, consecuencia del primero, ha sido dar a la organización de Bruselas poderes totalmente excesivos, sin tener claramente consciencia de los peligros evidentes que pueden derivarse para Europa de decisiones burocráticas y tecnocráticas, en gran parte irrealistas y verdaderamente irresponsables.

Nos es preciso actualmente, pues, reexaminar completamente las líneas directrices de la realización de la Comunidad Europea. Definir claramente el objetivo previsto: una Europa balcanizada reducida a una vaga zona de libre cambio en el marco de una mundialización financiera y abocada, más pronto o más tarde, al resurgimiento de peligrosos impulsos nacionalistas, o una Europa federal con instituciones políticas comunes que dispongan de poderes limitados, pero reales, en el seno de las cuales podrían, libre y fructíferamente, no sólo mantenerse las diversidades nacionales, sino expandirse.

Yo considero personalmente que la realización de una moneda común europea y de un Banco central europeo independiente del poder político, tanto si se le considera a escala nacional como a escala europea, es sumamente deseable, puesto que es posible; pero pensar que tal objetivo sea realizable sin el establecimiento previo de una comunidad política europea es perfectamente ilusorio.

De la misma forma, es totalmente imposible prever una movilidad completa de las personas en Europa mientras no se haya definido una política común de inmigración y de naturalización. También en esto es sencillamente exorbitante delegar semejante poder en la organización de Bruselas.

Nos es preciso ahora definir prioritariamente los objetivos que deseamos proseguir, y suponiendo que se siga, como me parece sumamente deseable, el rumbo de una Europa federal, nos es menester proceder sin dilaciones a un examen prospectivo de las modalidades y de las implicaciones a largo plazo de la realización de un objetivo tal para los diferentes países participantes. Nos hace falta encontrar una estructura institucional suficientemente ágil, y que al mismo tiempo no esté vacía de toda sustancia. Las experiencias históricas de Bélgica, de Canadá, de Yugoslavia y de la URSS demuestran que toda centralización en un conjunto heterogéneo desarrolla a la larga, fuerzas centrífugas desestabilizadoras. Si fuera a

realizarse plenamente el proyecto actual de Bruselas de 1992, desencadenaría sin duda poderosas fuerzas de desintegración antes del año 2000.

Es evidente que la construcción de la Europa federal es una tarea sumamente difícil, pero es verdaderamente realizable. Hay que darle la prioridad, en lugar de pasar el tiempo discutiendo cuestiones que en comparación son absolutamente menores, como la equiparación de las tasas del IVA.

En todo caso, esta tarea es más fácil de llevar a buen término en la actualidad de lo que será en los años futuros si tardamos en consagrarnos a ella. Lo que podremos realizar podrá, además, servir de ejemplo para los otros países, y muy especialmente para las repúblicas soviéticas.

4. *Debemos reformarnos:* En una gran parte, es la prosperidad de Occidente lo que explica el derrumbamiento de los sistemas colectivistas totalitarios. Pero debemos darnos cuenta de que nuestro ejemplo no podrá ser realmente convincente para los millones de hombres liberados de sus cadenas en el Este a no ser que podamos válidamente responder a sus aspiraciones éticas, que se hallaban en el origen de las sociedades colectivistas.

No es éste el caso en la actualidad: por una parte, en efecto, Europa occidental experimenta un paro masivo completamente insoportable y éticamente inadmisibles bajo todos los puntos de vista, y, por otra parte, la totalidad de la economía occidental, que reposa sobre gigantescas pirámides de deudas, es potencialmente inestable y parece haberse abandonado a una especie de delirio financiero y especulativo donde aparecen ganancias enormes sin fundamento real, cuyos efectos desmoralizantes se subestiman por completo en la realidad.

Bastaría que recordara aquí, una vez más, que los flujos financieros entre los países del Grupo de los Siete se elevan a más de 400,000 millones de dólares al día, mientras que los flujos correspondientes a los intercambios comerciales no son más que del orden de los 12.000 millones de dólares¹¹.

Los debates políticos son con excesiva frecuencia falsificados y fundamentalmente intolerantes. Para no tomar más que un ejemplo, se ve con enorme frecuencia que los comentaristas de la radio y la televisión se dedican, en cuestiones fundamentales a una especie de desinformación, de adoctrinamiento ideológico, por no decir de aporreamiento intelectual en un puro estilo staliniano, a menudo muy sutil, pero más temible aún por ello.

Frente a los apremiantes problemas actuales, cometeríamos el mayor de los errores contentándonos con regocijarnos por el derrumbamiento de los sistemas colectivistas totalitarios del Este, sin intentar remediar realmente las perversiones que pueda ocasionar el libre juego del mercado cuando el marco institucional en el que funciona es fundamentalmente inadecuado.

Toda economía de mercado plantea cuestiones esenciales: la eficacia y la ética. En lo esencial, hemos conseguido responder a la pri-

mera. Pero en cuanto a la segunda, sin duda alguna, hemos fracasado en gran medida.

Al responder de manera inadecuada a la cuestión ética, las sociedades del Este no han conseguido ni la eficacia, comprometida por organizaciones burocráticas y centralizadoras, ni la ética, escarnecida en especial por los privilegios injustificados de las *nomenklaturas* y por las violaciones de los derechos humanos en escala sin precedentes.

Guardémonos de intentar remediar las insuficiencias de orden ético de nuestras economías introduciéndonos en la vía que inevitablemente ha llevado a las sociedades del Este a situaciones desastrosas.

NOTAS

1. Allais, 1969, *La Société Liberale en Péril*, p. 15, *La Jaune et La Rouge*, octubre de 1969, pp. 1-23.

2. En gran parte es la apatía de Occidente lo que explica esta situación. A decir verdad, su actitud a raíz de la insurrección de Hungría en 1956, cuando todos los países del Este se hallaban al borde de un levantamiento general, fue totalmente incalificable. Yo escribía entonces:

“El futuro nos enseñará con certeza, como ocurrió con la reocupación de Renania por la Alemania nazi en 1936, que, sin el caso de Suez y si Occidente hubiera mostrado alguna firmeza, la Unión Soviética no habría intervenido en Hungría y se habría salvado a Hungría.

En todo caso, será una vergüenza inextinguible del mundo libre la de haberse mantenido sordo tantos días a los llamamientos angustiosos de la nación húngara en agonía”.

(Allais, *Le Bilan d'une Politique et les Conditions de Survie du Monde Libre*, 9 de noviembre de 1956, *Le Monde nouveau*).

3. Allais, 1950, *L'Economie Soviétique est-elle Efficente*, Nouvelle Revue d'Economie Contemporeine, octubre de 1950, pp. 5-12.

Ver también: 1966, *Productivités, Niveaux de vie et Rythmes de Croissance Comparés en Russie Soviétique, aux Etats-Unis et en France, 1880-1955*. Trabajos de la Academia de Ciencias morales y políticas, 1956, pp. 136-163, y *L'Europe Unie, Route de la Prospérité* 1960; Calman Levy, pp. 56-59 y 325-342 (segunda edición: Monschrestien, 1990).

Mis análisis, desgraciadamente, quedaron prácticamente sin eco.

4. No he cesado de defender este punto de vista: véase sobre todo, Allais, 1960, ed., *L'Europe Unie, Route de la Prospérité*, pp. 161-162.

5. Actualmente, las tropas soviéticas estacionadas en Alemania Oriental, Polonia, Hungría y Checoslovaquia se ataban, respectivamente, a 380.000, 30.000, 65.000 y 80.000 hombres.

6. Recordemos aquí que en las mismas vísperas del pacto germano-soviético de 1939 que permitió el desencadenamiento de la segunda guerra mundial, Francia aportó una ayuda económica importante a la economía soviética.

7. Esta fórmula *Europa del Atlántico a los Urales* fue repetida sin cesar, más o menos explícitamente, por el general De Gaulle a partir de 1950, con una insistencia casi obsesiva (ver René Courtin, *L'Europe de l'Atlantique à l'Oural*, *L'Esprit Nouveau*, 1963).

8. Conviene subrayar aquí que la Rusia soviética se anexionó de hecho en 1945 una parte de Prusia oriental y que volvió a tomar a Polonia las tierras de Bielorrusia y de Ucrania que le fueron otorgadas después de la primera guerra mundial. Paralelamente, la Rusia soviética entregó a Polonia el resto de Prusia oriental y decidió unilateralmente que la frontera occidental de Polonia se desplazaría, a expensas de Alemania, hasta el Oder y el brazo occidental del Neisse.

Las fronteras resultantes de estos actos de fuerza no podrían ser válidamente reconocidas por el futuro tratado de paz que ponga fin definitivamente a la segunda guerra mundial más que con la condición expresa de la evaluación de los países del Este por las tropas soviéticas.

En la época se decía que no se trataba más que de una administración provisional. Prusia Oriental pertenecía a Alemania desde el siglo XIII.

Rusia soviética es el único país cuyo territorio se ha agrandado por la fuerza como consecuencia de la segunda guerra mundial.

9. Ver Allais, 1950, *L'Economie soviétique est-elle Efficiente* (artículo ya citado); y 1950, *L'Evolution Démographique del l'URSS depuis 1938*, Nouvelle Rewe d'Economie Contemporaine.

En la conferencia de Yalta la ceguera de Roosevelt, que consideraba a Stalin un buen hombre, fue realmente prodigiosa y estuvo realmente preñada de consecuencias desastrosas.

10. Creo que debo recordar aquí que antes de 1913 el desarrollo económico ruso fue en gran parte financiado gracias a empréstitos rusos en Francia que se elevaron a 13.840 millones de francos oro de la época, que representan hoy cerca de un sexto de nuestra renta nacional real. Estas imposiciones fueron, pura y simplemente, confiscadas por el Gobierno soviético sin ninguna indemnización. Representan no sólo un crédito de los desdichados ahorradores franceses, todos muertos en la actualidad, sino un crédito de la colectividad francesa a la Rusia soviética cuyo reembolso deberíamos exigir. Ver Allais, *Le Tiers Monde su Carrefour*, Les Cahiers Africains, 1961; segunda edición, Montchrestien, 1990, 50.

11. Ver Allais, *L'Instabilité Potentielle du Systeme Monetaire et Financier Mundial*, Le Monde, 27 y 29 de junio de 1989.

La rebelión de los prisioneros del Muro

Jean Paul Picaper

“Diez días que conmovieron a Alemania”, titulaba un semanario alemán occidental diez días después de la apertura de la frontera húngara a los refugiados este-alemanes el 11 de septiembre. Las dimensiones de la oleada de refugiados han sobrepasado toda previsión. Las manifestaciones de octubre en la RDA no han sido menos sorprendentes. Toda una literatura política había convencido a los alemanes del Oeste de que sus hermanos y hermanas de la RDA se habían “conciliado” con el régimen comunista y que, perfectamente “resignados”, habían conseguido un compromiso entre su vida privada y la fidelidad pública al sistema. Estas apreciaciones exculpatorias ya no son aceptables desde los acontecimientos del verano de 1989, que pueden calificarse de históricos. El último en agitarse, o casi el último, de los peones del juego soviético, la RDA, explota...

No, lo que hace es “implorar”. ¿Es ésta la quiebra del marxismo-leninismo, del que era encarnación el partido este-alemán, el SED? ¿Vamos a presenciar un renacimiento de la conciencia nacional alemana? Nadie duda de que el problema de la reunificación alemana se presentaría, más pronto o más tarde, a partir del momento en que el régimen alemán oriental perdiera su razón de ser marxista y comenzara a asemejarse a una democracia liberal parecida a la de Bonn. No se ha llegado aún a ese punto. De momento, la oposición este-alemana pide libertad: elecciones libres, libertad de expresión y de información, libertad de salir del país para viajar y posibilidad de disfrutar de los frutos de su trabajo.

La reunificación alemana no aterroriza a los demás europeos tanto como hace una decena de años. El Gobierno Kohl nos garantiza una Alemania reunificada no hostil a Occidente y una reunificación que no se llevaría a cabo sin el acuerdo de los occidentales. Pero es evidente que todo canciller alemán sueña con ser el nuevo Bismarck que devuelva la unidad a su nación. Por eso, todos los rodeos hacia la reunificación me-

JeanPaul Picaper es doctor en Ciencias Políticas y diplomado en Estudios Germánicos por Universidades francesas y alemanas. Es corresponsal de “Le Figaro” en Alemania y autor de *Pont invisible* (1987). Este artículo ha sido escrito en octubre de este año; la entrevista con Franz Schoenhuber fue realizada en septiembre.

diante una Europa ampliada hacia el Este y ningún circunloquio –como cuando el canciller Kohl elude el término “reunificación” para sustituirlo por “autodeterminación de los alemanes en una Europa futura”– puede engañar. Verdaderamente, los acontecimientos del verano de 1989 nos han aproximado a la fecha –hipotética– de la reunificación alemana. Los países de Europa occidental deberían estudiar la cuestión y saber cómo reaccionar cuando se produzca este acontecimiento al que no pueden oponerse. Ha dejado de ser una utopía.

Otro elemento ha cambiado: se temía una “deriva” de Bonn hacia el Este. La política de apertura hacia el Este de Hans Dietrich Genscher –ingenuidad alemana o cálculo maquiavélico– resultaba sospechosa. No se tenía ya miedo *de* Alemania, pero se temía *por* Alemania, se temía que sucumbiera a la *gorbimanía*, que se pasara al neutralismo.

Pero la corriente de las influencias ha cambiado de dirección: los alemanes del Oeste no se vuelven ya hacia el Este, sino que el Este va hacia Bonn a pedir dinero, como Lech Walesa (Polonia) y Miklos Nemeth (Hungría), o en busca de asilo: en 1989 ha habido más de cien mil refugiados de la RDA (para quienes la estadística alemana ha fabricado el término “*übersiedler*”) y unos cuatrocientos mil alemanes repatriados de los países del Este (llamados “*aussiedler*”), el equivalente de una ciudad grande. Y estos refugiados son jóvenes, cualificados, dinámicos: los de la RDA tienen veinticinco años como promedio; los del Este, treinta como máximo.

El régimen de Bonn va camino de convertirse en modelo político y económico para el Este, una especie de tierra de promisión. Alemania Federal, encarnación de la libertad y del bienestar, quiere incorporar a la CEE a su avance hacia el Este. Desde hace ya dos años, la política oriental del canciller Kohl se coordina con sus socios occidentales: Europa occidental entera participa, pues, en esta reorientación de Europa oriental cuyas transformaciones constituyen el acontecimiento político más importante de la posguerra. Sólo que en esta fase de viraje histórico, la República Federal asume un papel privilegiado. Se halla, geopolíticamente, en las avanzadillas, en encuentro directo con esa *Mittleuropa* en plena metamorfosis, con la que desde hace tiempo ha anudado lazos comerciales, políticos y religiosos, por no hablar del aspecto cultural: los alemanes comprenden mejor que nosotros la mentalidad eslava. Están en disposición de ofrecer más créditos a los países necesitados. En resumen, Bonn es árbitro de esta evolución primordial para el porvenir de nuestro continente. Hace tiempo se afirmó que Alemania Federal era un gigante económico y un enano político. Está en camino de convertirse también en gigante político.

La cosa resulta mucho más llamativa porque el impulso decisivo lo ha dado la población de la RDA. Desde el verano de 1989 se ha demostrado que todos los alemanes quieren la libertad y la democracia. Polonia, Hungría... no eran más que el comienzo. El viraje de la RDA, el país más cerrado y el régimen más congelado del bloque soviético, plantea la cuestión alemana. De momento, no se puede hacer otra cosa que

registrar minuciosamente los acontecimientos, sin hacer suposiciones sobre el porvenir.

El SPD revisa su Ostpolitik

Una vez más, la historia de Europa ensaya un cambio de rumbo en Alemania. El instinto político más elemental impone revisiones de ideas e inversiones de alianzas. Hemos visto a hombres tan opuestos como Willy Brandt (SPD) y Theo Waigel (CSU) coincidir en el temor a una “explosión”, incluso una “erupción”, en la RDA y hacer todo lo posible para impedir que se produzca.

Desde el comienzo del asunto de los refugiados, Bonn se ha esforzado en no añadir aceite al fuego. Sobre el telón de fondo de un congreso demócrata cristiano (en Bremen el 12 de septiembre) y en una coyuntura política que da la razón a la CDU/CSU de Kohl y Waigel se han aceptado algunas baladronadas patrióticas y algunas chanzas dirigidas a quienes, en Occidente, habían jugado la carta Honecker. Pero en el seno de la propia CSU bávara, obligada sin embargo a no abandonar el terreno nacional a los republicanos de Schönhuber, se expresa cierta resistencia a plantear de nuevo la cuestión alemana. El presidente de la CSU y ministro de Finanzas, Theo Waigel, desea que la reunificación vuelva a ser tema de actualidad, pero se le opone su amigo Max Streibl, ministro presidente de Baviera, quien preconiza el mantenimiento de la RFA y de la RDA “cada una en su bloque”, con una ayuda económica que el heredero de Strauss ofrece a Berlín Este si se conceden libertades a sus ciudadanos. “Sorprende muy agradablemente –escribe el *Stuttgarter Nachrichten*– la actitud reservada del Gobierno federal, que se esfuerza ostensiblemente en evitar todo lo que podría suscitar nuevas inquietudes, agravar la tensión de la situación y desestabilizar más aún a la RDA. En las circunstancias actuales se prefiere no hablar de reunificación, no se celebra triunfalmente la victoria de la libertad y ningún hombre político habla de borrar a la RDA del mapa de Europa.

Ponen en evidencia realismo y ponderación y evitan participar en las emisiones de televisión sobre este tema y en las discusiones que se mantienen en tantos lugares del país y que dan la impresión de que la RDA se va a desfondar muy pronto y caer como un fruto maduro que recogeremos sin más.”

Tanto el SPD como la CDU/CSU y el FDP se han pronunciado en favor de la implantación de reformas en la RDA. En Bonn, la mayoría CDU/CSU-FDP y la oposición han mantenido contactos para coordinar la política interalemana. Existe un consenso: si se plantease la cuestión nacional, habría una unión sagrada. Pero hoy no es cuestión actual.

El partido socialista SPD ha tenido que someterse a una revisión dolorosa de su política hacia la RDA. Bajo Willy Brandt y Helmut Schmidt, inspirados por Egon Bahr y Horst Ehmke, los dos socialistas más “al Este”, la lista de interlocutores no llevaba más que unas señas: las del partido es-

tealemán SED. Hubo que darse buena cuenta de que también contaban la oposición y la Iglesia protestante de Alemania oriental, lo que en 1989 obligó al SPD a ampliar aquella lista. Pero sólo en septiembre de 1989 se llegó a invertir las prioridades: la oposición en primer lugar, después la Iglesia y en último lugar el partido. Inmediatamente después del cuadragésimo aniversario de la RDA, que se clausuró coincidiendo con el brutal tratamiento policiaco de los jóvenes manifestantes de Berlín Este y de Dresde, H. J. Vogel disparó hacia Erich Honecker que “el SPD es para quienes toman en sus manos su propio destino”. El SPD apoya, pues, a la oposición este-alemana.

También ha tenido que modificar el partido socialista oeste-alemán su actitud en relación con los refugiados alemanes del Este. Ni Brandt ni Lafontaine sentían simpatía para los nuevos desplazados (que votaban, según algún sondeo, en la proporción de 60 por 100 a favor de la CDU/CSU y 19 por 100 por el SPD). Los medios de información, que han filmado y descrito los campos de acogida, las llegadas en los trenes de la libertad y las pruebas sufridas por tantas familias y personas jóvenes llegadas del Este, han terminado por hacerlos simpáticos. La población los prefiere a los inmigrados extraeuropeos. Los refugiados se han convertido en intocables. El SPD ha terminado por admitir que es mejor no criticarlos.

Sin duda, ciertos dirigentes del SPD, como Oskar Lafontaine, Horst Ehmke y Egon Bahr, intentaron en un primer momento proteger a los grupos dirigentes de la RDA. Han tenido que renunciar. El SPD finge no haberse planteado nunca la posibilidad de ceder ante Honecker, que pedía como primera cuestión el reconocimiento de una nacionalidad alemana oriental distinta. Es la nacionalidad alemana única, conforme a la Constitución de Bonn, lo que ha permitido la acogida de los refugiados estos últimos meses.

El SPD no ha virado en redondo muy de su grado. Los propios dirigentes germano-orientales han anulado bruscamente, en términos hirientes, una invitación que habían dirigido a los socialistas alemanes occidentales. El SPD y el SED habían desarrollado pacientemente este diálogo que ha producido documentos comunes, presentados en conferencias de Prensa, textos sobre el desarme nuclear y químico, plataforma ideológica de los dos partidos nacidos del movimiento obrero (que no cuentan un solo obrero en sus cuerpos directivos). Se hablaba ya de una “unión de la izquierda *made in Germany*”, que prefiguraba una reunificación marxista de Alemania.

Todo esto parece eliminado por los acontecimientos del verano de 1989. No sólo han perdido toda credibilidad los interlocutores comunistas, sino que, además, en la RDA ha nacido un partido socialista el 7 de octubre de 1989. En 1946, el partido socialista (SPD) de la zona soviética se vio obligado a fusionarse con los comunistas (KPD). De esta unión nació el SED, dirigido por Walter Ulbricht y luego por Erich Honecker. Tras lo cual, los socialdemócratas fueron perseguidos y puestos en prisión. Millares de ellos murieron en el campo de Buchenwald, que Stalin volvió a poner en servicio.

La CDU/CSU no ha abusado del fiasco de la Ostpolitik de sus adversarios socialistas. Kohl debe tener cuidado también para no dejar en manos de Hans Dietrich Genscher la recogida exclusiva de los laureles. El ministro de Asuntos Exteriores liberal (FDP) ha tenido el papel de protagonista en la liberación de los refugiados de la Embajada de Praga. Sin embargo, la concepción *kohliana* de la Ostpolitik ha resultado ser más fructífera que la *genscheriana* y *brandtiana*: en las relaciones con el Este se debe dar prioridad a la población, a la libre circulación de las personas, á sus libertades, a su nivel de vida.

¿Luchas internas?

En el periódico conservador *Die Welt*, el presidente socialista SPD, Hans Jochen Vogel, declaró que ha estallado una lucha interna sobre la línea futura del PC germanooccidental y que en Berlín Este aprecian los primeros síntomas de discordia. Occidente puede, sencillamente, intentar apoyar a los reformadores haciendo ofertas económicas. Esto es lo que hizo el canciller Kohl proponiendo el 9 de octubre que la República Federal tome a su cargo el coste eventual de las reformas de la RDA. Bonn propone una ayuda caso por caso, proyecto por proyecto, controlada y calculada con la máxima atención. Es preciso que el régimen de la RDA entable, para empezar, un diálogo con sus ciudadanos, tras lo cual Bonn abriría la esclusa a las divisas. Este método ha sido provechoso en Polonia y en Hungría. ¿Lo será también en la Alemania del Este?

El “grupo dogmático”

El “grupo dogmático” que rodeaba a Honecker hasta su destitución tiene las riendas en las manos. Pero aparecen ya fisuras. Harry Tisch, el dirigente sindical alemán oriental, afirmó en la RFA que se mantenía la invitación dirigida al SPD. Unos momentos más tarde, Berlín Este anulaba la invitación. Otra contradicción: se mantienen los viajes a Hungría, pero se cierra la frontera checoslovaca. Más aún: la justicia de Alemania oriental no se atreve a actuar directamente contra los grupos de oposición que proliferan y marchan todos a su aire. En Berlín Este, antes de su destitución en octubre, Honecker expresaba a su colega chino Yao Yilin su “determinación inquebrantable”. Pero algunos dirigentes del partido en Dresde y en Leipzig entablaron el 8 y el 9 de octubre un diálogo con la oposición. Algunos de los 60.000 manifestantes de Leipzig el día 9 entonaban “Modrow, Modrow”, nombre del jefe comunista de Dresde, a quien se estima, con razón o sin ella, favorable a las reformas.

Comenzó todo con una impugnación de las elecciones municipales Este-alemanas en mayo de 1989. Responsable principal de la falsificación del escrutinio: Egon Krenz, miembro del *bureau* político y sucesor de Honecker. Tanto si se trata del “Nuevo Foro” (*Neues Forum*) como de

“Democracia ahora” (*Demokratie jetzt*), de la “Nueva salida democrática” (*Demokratischer Aufbruch*) o de la “Plataforma de Böhlen”, más centrista; de la “Izquierda unida” (*Vereinigte Linke*) o, finalmente, del “Círculo de trabajo de los derechos humanos” (*Arbeitskreis Menschenrechte*) de Leipzig, todos los grupos piden hoy elecciones libres: Estas formaciones intentan conseguir su legalización en el marco de la Constitución germanooriental (artículo 29, sobre el derecho de asociación). Como *Solidarnosc* en Polonia, se resisten a constituirse como partidos políticos y prefieren encarnar corrientes de opinión. Su objetivo prioritario es rehabituar a los ciudadanos a expresarse sin temor. Que el ministro de Seguridad, Erich Mielke, haya calificado a *Neues Forum* de agrupación criminal, que el Ministerio del Interior la haya calificado de “socialmente inútil”, apenas tiene importancia. La oposición se consolida poco a poco. Tiene a popa el viento de la historia Y calificar a la oposición alemana oriental de *quinta columna* teledirigida desde Bonn y a los manifestantes de vándalos ya no convence.

Católicos y protestantes de la RDA se han coaligado para reivindicar nuevas reformas. Como *Neues Forum*, las Iglesias desaconsejan la emigración al Oeste. Recomiendan al Gobierno de Bonn que reanude el diálogo con los dirigentes comunistas. Un programa de democratización que han presentado miembros de la CDU de la RDA va más lejos aún en el sentido de una democracia a la húngara o a la polaca. Pide, sobre todo, un número adecuado de ministros para los partidos del Frente Nacional, hasta ahora satelizado por el SED, y la reconstrucción de una verdadera democracia parlamentaria. El escritor comunista Stephan Hermlin propone regenerar los partidos del Frente Nacional. Pero la población no tiene ya confianza en ellos. Manfred Gerlach (sesenta y un años) y el presidente de la CDU, Gerald Goting (sesenta y cinco años), fueron situados en sus puestos por el NKWD en 1950-1951. En cambio, estos hombres, muy próximos a los soviéticos, podrían desempeñar un papel en la transmisión de la *perestroika*. Otro mediador posible: el antiguo jefe del espionaje alemán oriental Markus Wolff, cuyo libro *La Troika* esboza una desestalinización aceptable para el régimen alemán oriental (la obra se detiene en 1951):

También se ha manifestado el presidente del partido liberal alemán oriental LDPD, Manfred Gerlach. Ha criticado el contraste que existe entre la realidad vivida por los ciudadanos y la descripción embellecida que dan los medios de información comunistas. El escritor comunista Hermann Kant ha invitado a la autocrítica a los medios germanoorientales. Teniendo en cuenta la partida en masa hacia Occidente de decenas de millares de jóvenes, “es necesario –declaró– llamar derrota a una derrota”. La desideologización de la Prensa parece que será la próxima tarea que abordarán los reformadores¹.

En el interior, la oposición popular no cesa de aumentar. “Somos el pueblo”, proclamaban los 70.000 manifestantes de Leipzig el 9 de octubre de 1989. La Policía no puede intervenir contra ellos: son demasiados. Como dijo el 7 de octubre una oradora en una reunión de coordinación de la

oposición alemana oriental en una iglesia de Berlín Este: “Nosotros, la población de la RDA, nos convertimos al fin en sujetos de la historia. Hablamos por nosotros mismos.” Hasta el presente, el partido se arrogaba el derecho de hablar por el pueblo. Esta pesada tutela es el motivo principal de la fuga al Oeste. Los ciudadanos no son considerados como mayores de edad por el régimen.

Esta situación les es tanto más insoportable cuanto que los que ejercen el poder no están cualificados. A lo largo de los años sesenta y setenta, toda una escuela de “RDA-ólogos” de Alemania Federal, inspirados por el profesor “nacionalmarxista” Peter Christian Ludz, intentaron demostrar que el partido alemán oriental se modernizaba asimilando a las *elites* científicas y técnicas. Ludz rechazaba toda comparación del régimen alemán oriental con el régimen hitleriano, afirmando que el poder en la RDA había evolucionado del “totalitarismo” al “autoritarismo consultivo”; forma de gobierno bien adaptada a la tradición y a la mentalidad alemanas. Hoy, los refugiados y los manifestantes han demostrado que no hay nada de ello. En el poder está el oscurantismo. En el transcurso de los últimos años se ha verificado un formidable éxodo de artistas y de intelectuales alemanes orientales. A partir de 1964-1965, tras la caída de Jruschov, el grupo Honecker entro en conflicto con la *intelligentsia* artística.

La oposición popular

Junto a la oposición de los intelectuales, a menudo orientada hacia la izquierda, y de la crítica, matizada pero cada vez más firme, de las Iglesias, se está constituyendo una oposición popular. El promedio de edad de los refugiados –veinticinco años– y el examen de las fotos de los manifestantes demuestran que se trata de una oposición de los jóvenes, entre ellos muchos trabajadores cualificados. Se ha dicho que estos jóvenes alemanes del Este estaban alcanzando su “mayo 68”. En realidad, sus ideas se sitúan en los antípodas de nuestros “sesentaiochistas”. Se oponen a una dictadura marxista y no a una república liberal. Sus *slogans* –“Libertad, libertad”, “Abajo la violencia”, *Stasi raus* (¡Fuera la policía política!), así como “Nos quedamos aquí” y “Todos en la calle”– son una amenaza para el régimen. La tercera generación de la RDA no acepta que se burlen de ella. Conoce los puntos débiles del régimen comunista. No tienen complejos como sus padres y abuelos, que vivieron el nazismo y la guerra y después el stalinismo y el aplastamiento de la sublevación de 1953 por los carros de combate soviéticos. Entra en rebelión como se participa en una gran fiesta peligrosa. Las primeras manifestaciones contra el Muro de Berlín las desencadenaron los jóvenes hace dos y tres años después de conciertos de *rock* y de *pop*.

Quieren derribar la gerontocracia dirigente. Antes de los cambios de octubre, la senectud y la enfermedad eran notas dominantes: más de sesenta y siete años de edad media en el bureau dirigente, con un anciano de ochenta y dos años (Erich Mielke, que mantiene la cartera de Seguri-

dad del Estado) y tres enfermos (Erich Honecker –setenta y siete años, operado de urgencia de un tumor–, Günter Mittag sesenta y tres años, diabético y dos veces amputado y Egon Krenz sucesor de Honecker, cincuenta y dos años, diabético). Segundo *handicap* del equipo dirigente: poco cualificados para imponerse a las generaciones en ascenso, no se han formado en el diálogo, sino en el monólogo. La rebelión de *su* juventud es un grave fracaso para Erich Honecker, antiguo dirigente de la Juventud Comunista FDJ, y para su sucesor, Egon Krenz, que también fue secretario general de la FM durante diez años. La esposa del destituido jefe del partido, Margot Honecker, es ministra de Educación desde 1963.

Otro factor ha contribuido a la toma de conciencia: Los viajes al Oeste. Estas breves visitas a los parientes próximos, ideadas como válvula de seguridad, se han multiplicado. Siguen concediéndose a discreción del partido (no había más que un 5 por 100 de menores de veintinueve años entre los visitantes del año pasado) y no se otorgan más que a los individuos que dejan a sus familias como rehenes en la RDA. Solamente en 1988, 2,3 millones de ciudadanos germano-orientales fueron a la RFA. Los visitantes han podido comprobar sobre el terreno la superioridad económica y política de la democracia alemana occidental, mejor que por intermedio de la televisión occidental y por lo que se oye decir. Han visto que los medios informativos de la RDA mienten respecto a la RFA. Los jóvenes alemanes del Este que han visitado el Oeste quieren tener su parte en el milagro económico y en el milagro político alemán occidental. Según se ha dicho, “quieren poder elegir entre varios partidos políticos y entre varias clases de confitura”. “Queremos trabajar y vivir como en la RFA, y no solamente trabajar como en la RFA”, nos decía uno de ellos, joven obrero de veinticuatro años. Sin embargo, en el orden de los motivos, no se concede inmediatamente la prioridad a las contingencias materiales.

No obstante, el fracaso económico de la RDA, aunque menos grave que el de Polonia o Rumania, es un factor no despreciable de la crisis. “En los años sesenta, el crecimiento económico era positivo. En los años setenta, conocimos un estancamiento que se atribuyó a factores exógenos. En los años ochenta, el crecimiento se ha ido al garete. Nuestro Gobierno ha seguido hablando todavía de factores exteriores, pero los países capitalistas han experimentado una expansión económica. Hemos dejado de creer en el Gobierno”, nos explicaba un antiguo miembro del SED, dimisionario, llegado entre los refugiados.

El régimen ha cometido otro error al abrir las compuertas con la esperanza de que los oponentes se pasarían al Oeste y los fieles se quedarían. Así es como de enero a septiembre de 1989, Honecker dejó salir a 59.300 emigrados legales, los *Ausreiser*. Pero para un ciudadano que se marcha, otros dos presentan petición de salida. Y la tensión interior no deja de ascender. De enero a octubre de 1989, casi 120.000 alemanes de la RDA han pasado al Oeste², dos terceras partes ilegalmente, 30.000 desde la apertura de la frontera húngara el 11 de septiembre. En el momento en

que escribimos, mediados de octubre, la oleada de refugiados que han pasado por la frontera austrohúngara no disminuye.

¿Por qué autorizar estas salidas? Se pueden considerar varias hipótesis. ¿Porque es imposible oponerse bajo pena de explosión? ¿Porque se practica la política de lo peor? ¿Para poner en apuros a Gorbachov? ¿Para poder acusar a Hungría y a Polonia de haber traicionado al campo socialista? ¿Para ahogar en parados a la República Federal? ¿Y si las recientes salidas hubieran sido autorizadas por Gorbachov contra la voluntad de Honecker? Gorbachov espera recuperar algún día en la gran prisión *Casa Europea* estos gorrioncillos liberados de su jaulita germano-oriental. Entretanto, los obreros y técnicos cualificados que han salido de la RDA habrán trabajado con más eficacia en la RFA para reconstruir la economía de los países comunistas... O al menos algo de eso podrá esperar el líder soviético.

Hay que guardarse, sin embargo, de no ver más que cálculo en el éxodo de los alemanes del Este. El caballo se ha desbocado. Los dirigentes no pueden retenerlo. La cosa comenzó en Rusia y el viento dé la vuelta sopla ya en los confines del imperio. ¿Cuánto tiempo podrá Moscú permitirse el lujo de la anarquía? El grupo de Honecker había decidido encerrarse en su *bunker*, esperando la caída de Gorbachov. Hace varias semanas establecieron contacto con su adversario, Ligachov. Pero Gorbachov sigue en su puesto.

Los cuatro pilares del régimen

Los cuatro muros del *bunker* alemán oriental están formados por aparatos de represión. Günther Buch, funcionario en el Ministerio de Relaciones Interalemanas y autor de un notable resumen³ de la *nomenklatura* de la RDA, estima en unas 500.000 las personas que forman el círculo restringido de funcionarios a los que el hundimiento del régimen privaría de sus privilegios. Son los miembros permanentes del aparato central del partido, los procuradores y jueces, los oficiales de la Policía popular y del Ejército y los 30.000 colaboradores plenos de la Seguridad del Estado (Stasi).

Además de sus ventajas materiales, tiendas especiales donde surtirse, atenciones médicas exclusivas, si a caso viene en clínicas especiales, viviendas de calidad superior en barrios protegidos y vacaciones en reservas turísticas, gozan de una libertad relativa para viajar fuera del bloque socialista, y el acceso a la Universidad de sus hijos está facilitado por un certificado de "origen proletario". Los mismos funcionarios menores de la Policía son gente privilegiada, con sus salarios mensuales de 2.000 marcos, superiores a los de los científicos y tres veces mayores que los de los obreros. La Stasi compra a muchos ciudadanos y les concede salarios ocultos, exentos de impuestos, y les asegura la impunidad. La Stasi y el Ejército son lo bastante fuertes para impedir la ejecución de decisiones del *Politburó*.

En el transcurso de los últimos años, Erich Honecker colmó a su escalafón de aumentos de sueldo y de distinciones provechosas: "héroe del trabajo", "científico meritorio", etc. Entre los últimos condecorados se encuentran el profesor Helmut Wolff, jefe de sección en el Hospital de la Caridad, y la doctora Hanelore Banaschak, jefe anestésista de la clínica especial de los dirigentes del régimen. Estos dos médicos han operado a Honecker y permitido así el desarrollo normal de las ceremonias del cuadragésimo aniversario el 7 de octubre. Pertenecen a la *nomenklatura*. El marido de la doctora Banaschak es jefe de sector del Comité Central del Partido.

El fallecimiento del secretario general del Partido habría acelerado el desmembramiento del régimen. Pero Honecker está muy grave, indudablemente desahuciado. Y ha sido destituido hace unas horas, de la noche a la mañana, mientras escribimos este artículo. Entretanto se perciben los primeros enfrentamientos abiertos en el interior del Partido. El XII Pleno del Comité Central, en noviembre o diciembre próximos, nos dejará ver la realidad tal cual es. En especial, los docentes plantean un reto. Entre los refugiados se encuentran miembros dimisionarios del partido, sobre todo obreros. El grupo dirigente debe temer esta vez que un número excesivo de exclusiones en el momento de la verificación general de las tarjetas de afiliación (la quinta desde la fundación de la RDA) de los 2,3 millones de miembros y candidatos al partido podría proporcionar refuerzos a la oposición.

Las tesis de la dirección del partido van contra la corriente de la evolución en el bloque soviético. *Neues Deutschland (DN)* decía el 29 de marzo de este año que el SED es un "partido de innovadores" y que ya se han producido reformas en la RDA. Han consistido en "transformar en propiedad del pueblo la propiedad de los millonarios". Ello ha ido acompañado de reformas sociales "ejemplares". El órgano central del partido estima (3 de agosto de 1989) que en la perspectiva del Congreso del partido en 1990 "no hay nada que hable en favor de una corrección de la línea actual" y que "no se volverá al orden injusto del capitalismo". En la RDA "no tenemos necesidad de la economía de mercado", escribe el comentarista. *ND* (12 de agosto de 1989) ha confiado a un periodista comunista de ochenta y un años, Gerhard Kegel, la tarea de defender la memoria de Stalin contra el historiador soviético Valentín Bereshkov. Después, *ND* (18-VIII-89) ha justificado la invasión ("la ayuda internacionalista proporcionada al país hermano") de Checoslovaquia en 1966. La RDA es el único país del Este que ha adoptado esta posición. *ND* (20 de agosto 1989) repite: no habrá cambio en el régimen de propiedad de los medios de producción. El Congreso decidirá en este marco sus planes para los años noventa. Los trabajadores seguirán fieles a sus virtudes: "puntualidad, intensidad normal del trabajo, orden y disciplina". Un profesor de la escuela Karl Marx que forma a los responsables del SED, Wolfgang Schneider, se ha pronunciado en el *ND* (26 de agosto 1989) contra las "convergencias entre capitalismo y comunismo". "Esto abarca -dice- desde el *slogan* "Hay que

derribar el muro hasta las ideologías socialdemócratas.” Critica las “ideologías socialdemócratas que emplean demagógica y abusivamente los *slogans* socialistas para hacer de la RDA un país capitalista”. Nada de renunciar al papel dominante del partido. El 29 de agosto 1989 la revista del NVA (Ejército) *Militärwesen* respondía a la petición de un servicio civil hecha por la Iglesia que el servicio militar es “insustituible”. No es “sólo el ciudadano quien decide servir bajo la bandera, sino el Estado, independientemente de la voluntad del ciudadano”. Finalmente, *ND* (31 de agosto 1989) ha justificado el pacto Hitler-Stalin en un artículo escrito con ocasión del quincuagésimo aniversario de la Segunda Guerra mundial: “Era preciso ganar tiempo para aumentar la capacidad defensiva frente a un ataque de la Alemania fascista contra la URSS. Además, mediante este pacto de no agresión, Stalin quería evitar la formación de un bloque imperialista.”

No es, pues, de admirar que el régimen de Honecker se haya aproximado a Pekín. Berlín Este ha sido la única capital comunista, que ha aprobado *expressis verbis* la matanza de la plaza de Tienanmen. La Cámara del Pueblo alemán oriental hubo de adoptar una resolución por la que se aprobaba la represión en China. Una delegación dirigida por Egon Krenz, sucesor de Honecker, llegó a Pekín en septiembre. En octubre estaba en Berlín Este una delegación china. Las relaciones Pekín-Bonn se hallan en punto muerto. Las relaciones Pekín-Berlín Este son excelentes.

El régimen germano-oriental violentamente hostil a la reforma intenta hacer frente a los hechos mediante la coerción, deteniendo a los que protestan. Por no referirnos más que a los últimos conflictos, en junio de 1989 detuvieron a cierto número de candidatos a la emigración, en julio, cuarenta detenciones en Dresde de personas que habían vestido luto por las víctimas de la represión china y docenas de interrogados en Berlín Este en el transcurso de una manifestación contra la falsificación de los resultados de las recientes elecciones municipales; en septiembre, 104 detenciones de defensores de los derechos humanos en Leipzig. Algunos de los manifestantes fueron maltratados por la Policía, otros condenados a pagar multas que llegaban hasta los 10.000 marcos, suma astronómica en el Este. El código alemán oriental, enmendado en julio, concede a las fuerzas del orden la posibilidad de castigar a los ocupantes de Embajadas occidentales. En octubre, a raíz de las grandes manifestaciones, la Policía no ha dado pruebas de moderación más que en caso de que se hallaran en el lugar muchos occidentales, en especial fotógrafos o filmadores: en Leipzig el 2 de octubre y en Berlín Este el 7 de octubre. En todos los demás lugares, Dresde, Potsdam y Magdeburgo, las manifestaciones fueron brutalmente reprimidas por la Policía, con detenciones por centenares. Las cárceles se han llenado. Se ha actuado contra los periodistas occidentales, expulsados, a veces detenidos. El grupo dirigente pretendía ostensiblemente mantener el clima de temor que desde el período staliniano le garantiza el ejercicio del poder. Después ha tenido que ceder ante las “masas”: 70.000 manifestantes no violentos en Leipzig el 7 de octubre;

medio millón de ciudadanos en las calles de Berlín Este pocos días después. El régimen no ha podido actuar contra ellos.

Los jóvenes manifestantes no dudan en acostarse sobre las vías férreas para detener los trenes. Desafían a la prisión y a la Policía secreta. Su valor es extraordinario: “No tenemos nada que perder”, “Nada puede ser peor que el régimen actual”, “Es preciso que esto cambie para que mejore”: estas fórmulas están en todas las bocas. La cólera que sienten hacia un régimen “mentiroso y perverso”, “corrompido e incapaz” no tiene igual, si no es su madurez política, lograda en el sufrimiento y en la opresión desde su niñez. No se habían conocido manifestaciones tan importantes desde la revuelta obrera del 17 de junio de 1953. Éstas las sobrepasan en amplitud.

La desinformación practicada por el régimen Honecker podía aún engañar a los occidentales. Hace ya tiempo que no engaña a los ciudadanos de la RDA. Está culminando actualmente en la acusación de “ingerencia” que los medios alemanes orientales profieren contra el Gobierno y contra la oposición de Bonn, contra los periodistas occidentales. Es evidente, sin embargo, que los occidentales no son más que testigos de este drama, drama que les sobrepasa, y que la oposición en la RDA es *sui generis*. Tiene sus proyectos y sus métodos. Está en todas partes. Como hemos podido comprobar sobre el terreno, los jóvenes oponentes y los jóvenes refugiados saben lo que quieren y lo que importa en la vida mejor que los jóvenes estragados de los países occidentales.

Función de cerrojo

El periódico del Partido Comunista polaco escribía hace sólo unos pocos días que la existencia de la RDA es indispensable, en Europa. No es ésta la opinión de la actual mayoría polaca. El diputado del *Sejm Michnik* ha escrito en la *Gazeta Wyborcza* que “la razón de Estado polaca es otorgar a los alemanes lo que exigimos para nosotros mismos: el derecho a un Estado”.

La RDA ha vivido, bajo Ulbricht y después bajo Honecker, de un dogma geopolítico. Versión Ulbricht: la RDA es el más amenazado de los Estados socialistas, con su flanco abierto “al imperialismo y al revanchismo oeste-alemán”. Esta fue la justificación del Muro de Berlín, aprobado por Jruschov. Versión Honecker: la RDA es el bastión del socialismo en Alemania, la patria de Marx y de Engels, el modelo de una Alemania futura unificada en el marxismo. Corolario: no tenemos por qué recibir lecciones de la URSS. Honecker incluso ha buscado en la escena internacional una popularidad con independencia total de la Unión Soviética. Sus viajes le han llevado a todas partes, salvo en Gran Bretaña, donde la puerta del palacio de Buckingham se negó a abrirse ante él, y en Estados Unidos, donde la Casa Blanca mantuvo su, negativa. Los acontecimientos del verano de 1989 han anulado definitivamente estos esfuerzos de relaciones públicas.

Jruschov y después Breznev apreciaba mucho la función –de cerrojo del campo socialista atribuida a la RDA. Gorbachov no la ha abandonado totalmente. Shevarnadze ha aludido al “revanchismo” oeste-alemán en su discurso de la ONU, en septiembre de 1989. Y *Pravda*, que parece reflejar a menudo la opinión de los círculos conservadores, ha reasumido (especialmente el 3-X-89) las tesis de Berlín Este sobre el tema de una injerencia oeste-alemana. Sólo que la rigidez del grupo Honecker ha exasperado en estos años a los otros países socialistas (salvo los del “frente del rechazo”: Rumanía, Checoslovaquia, Cuba, Corea del Norte y China). Puesto que Hungría y Polonia no se sienten ya amenazados por Occidente y la tensión ha disminuido en Europa, la almena este-alemana pierde parte de su importancia estratégica. Berlín Este no puede pedir el apoyo del Pacto de Varsovia para contrarrestar las reformas. Además, el Pacto no se creó para eso.

La *última ratio* de los dirigentes germano-orientales se encontraba en la fórmula, según la cual “la existencia de la RDA es un factor de paz y de estabilidad en Europa”. Concepto dudoso de un equilibrio fundado en el antagonismo entre dos partes de un país dividido. En todo caso, esta fórmula ha caducado cuando numerosos Gobiernos europeos consideran que la rigidez de los dirigentes este-alemanes es un factor de inestabilidad en Europa.

Un Estado sin legitimidad

Honecker rechazó, hasta su destitución, el diálogo que le ofreció Kohl por un lado, la socialdemocracia de Vogel por otro. Seguramente pensó que su propio régimen era demasiado débil en la coyuntura actual. La apertura de un diálogo en el que no fijaría ya la orden del día, como hasta ahora, le pondría en peligro de extinción. Efectivamente; la RDA no es un Estado nacional como Polonia, Hungría, etcétera. Éste era el defecto de su coraza, agravado por la devaluación de la ideología marxista.

Las declaraciones de Górbachov sobre la reunificación alemana a lo largo de los últimos años han sido totalmente negativas. Por el contrario, los rusos son favorables a un acercamiento Bonn Berlín Este que garantiza al régimen comunista la supervivencia política y económica. Bonn dispone de un margen de maniobra reducido y peligroso. “La RDA y la RFA son dos Estados soberanos capaces de resolver solos sus problemas (de los refugiados). No deberíamos inmiscuirnos en sus asuntos”, declaró Shevarnadze el 3 de octubre en Nueva York.

El abandono de la “doctrina Breznev” por Gorbachov ha reducido realmente la influencia del Kremlin sobre los satélites. Si se descarta el que Gorbachov haya exigido el retiro de Honecker como Breznev impuso el de Ulbricht en 1971, parece, sin embargo, que a la larga Moscú toleraría menos aún la formación de un “partido chino” en torno a Berlín Este que el deslizamiento de Polonia y de Hungría hacia la democracia occidental. La

albanización de la RDA sería un riesgo de ruptura, y nadie sabe si Moscú podría transigir.

Entrevista con Franz Schoenhuber, presidente del Partido Republicano

Pregunta. – ¿Está usted de acuerdo conmigo, señor Schoenhuber, en considerar la oleada de refugiados del Este el acontecimiento dominante del año 1989 en la RFA? ¿Es cierto que la población oestealemana juzga “ciudadanos de segunda categoría” a los recién llegados?

Respuesta. – La República federal tiene el deber de proteger a todos los alemanes. No tiene por qué haber ciudadanos de segunda clase. Desde luego debemos distinguir con precisión a los alemanes que hacen un llamamiento a la solidaridad, a la que tienen derecho en Alemania, de los refugiados económicos de origen exótico. Pero es cierto que el aflujo de refugiados alemanes de la RDA y de Europa oriental plantea problemas considerables a la República Federal. Estos problemas deben resolverse sin tratar con desventaja a la población autóctona. Las cautelas que se expresan en diversos sectores no van dirigidas contra los recién llegados, sino contra la política de un Gobierno que no está preparado para su llegada... Por ejemplo, en la construcción de alojamientos, en el mercado del trabajo y en lo que concierne a los seguros de retiro.

P. – ¿Transformará profundamente a la República federal este aflujo de personas?

R. – Ya se verá. La mayor parte de los recién llegados, sobre todo los de la KDA, son jóvenes, activos y adaptables. Y conocen el socialismo tal cual es, porque ellos mismos lo han vivido. Esto debería servirles para inmunizarlos contra fantasías izquierdistas que Occidente no ha superado todavía. Si tiene usted en cuenta el hecho de que la República Federal padece un problema de envejecimiento, es motivo de satisfacción este “refrescamiento” demográfico, tanto más cuanto que de esta forma se supera el argumento según el cual deberíamos hacer venir extranjeros a nuestro país para consolidar nuestras cotizaciones de retiro.

P. – ¿Espera usted que los refugiados y los repatriados voten por su partido?

R. – Los sondeos de opinión han establecido que gozamos de grandes simpatías entre los refugiados y los repatriados. Ciertamente, nuestra orientación nacional sirve de algo. Los rojos y los Verdes tienen menos éxito entre personas que han tenido experiencia de ideologías semejantes a las suyas.

Reformas en Europa oriental

P. – ¿Cree usted que la evolución actual en Europa oriental nos aproxima a la reunificación alemana?

R. – Veo oportunidades nuevas para ella. En todo el Este, personas y pueblos toman conciencia de su identidad nacional. Setenta años de educación comunista para formar el hombre unitario e internacionalista no han dado más que resultados exiguos o nulos. Es una amarga lección para los marxistas occidentales. Consciente o inconscientemente, Gorbachov ha desencadenado procesos que tendrán efecto, por lo menos indirecto, sobre la cuestión alemana. Si los estonios, letones, lituanos, moldavos, armenios, azerbaijanos y docenas de otros pueblos exigen la libertad y la autodeterminación, habrá también más comprensión para nosotros, los alemanes. En todo caso, el imperio soviético según el modelo antiguo no tiene porvenir.

P. – ¿Puede la República Federal influir positivamente en el proceso de reformas en Europa oriental, por ejemplo con la ayuda económica?

R. – Sí; pero sólo si se combina esta ayuda con contrapartidas políticas concretas. Quien desee capital, productos alimenticios y conocimientos técnicos debe conceder más derechos humanos y tener en cuenta los deseos de los pueblos de su esfera de influencia. Hasta ahora las ayudas occidentales han contribuido más bien a estabilizar las dictaduras del Este.

Unidad alemana

P. – Los socialistas (SPD) y los Verdes han levantado la cuestión de la soberanía alemana: debate sobre el estatuto de las tropas aliadas, etcétera. ¿Tiene la República Federal necesidad de ponerse al día en cuestión de soberanía?

R. – Los socialistas y los Verdes no han hecho más que adoptar, después de nuestros éxitos electorales, lo que siempre hemos dicho: la República Federal debe deshacerse de la tutela de los antiguos vencedores. Para resolver de manera pacífica la cuestión alemana necesitamos cierto margen político.

P. – ¿Es un obstáculo para la reunificación la pertenencia a la OTAN y a la CE?

R. – Naturalmente, será necesario superar los sistemas actuales de pactos en Europa media si se quiere recomponer Alemania. Esto no puede suceder de la noche a la mañana. Pero es preciso trazar imágenes del futuro. Tenemos necesidad de dinamismo y no de *statu quo*. La integración de la República federal en Occidente tiene un efecto contraproducente sobre el proceso de armonización de la totalidad de Europa.

P. – ¿Es necesaria la aquiescencia de las potencias occidentales para la reunificación? ¿Cree usted que los occidentales otorgarán esta aceptación?

R. – Los occidentales están comprometidos por los acuerdos de París y otros textos a apoyar la reunificación alemana. En la práctica, apenas se sienten sus efectos. Pero no existe pueblo en el mundo que pueda hacer depender de otros pueblos su derecho a la existencia nacional. No podemos pedir que los americanos, franceses, ingleses y soviéticos sean más alemanes que los propios alemanes. Debemos resolver nuestros problemas nosotros mismos..., pero en estrecha consulta con nuestros vecinos, es cierto. Hay que dismantelar los temores que se podrían experimentar ante una Alemania reunificada.

Coalición gubernamental

P. – ¿Ofrecería usted a los socialistas (SPD) una coalición con ellos si salieran más fuertes que los cristianodemócratas (CDU-CSU) en las elecciones legislativas de 1990? ¿O formaría usted, ocurra lo que ocurra, una coalición con el CDU-CSU?

R. – Ni lo uno ni lo otro. Somos una fuerza autónoma que no ha sido creada para servir de refuerzo mayoritario a otros partidos. No me es concebible actualmente la cooperación con los socialistas. No me parece que la unión demócrata cristiana haya comprendido todavía que ha sonado la hora. Podemos muy bien vivir sin la CDU-CSU, lo hemos demostrado desde hace casi seis años. Es mucho más dudoso que la unión demócrata-cristiana continúe pudiendo gobernar sin nosotros. Estamos aquí en el papel de la esposa futura y no en el de quien pide matrimonio.

Balance del Gobierno

P. – ¿Cuáles son los puntos fuertes y los puntos débiles en el balance del trabajo gubernamental en el transcurso de la legislatura? ¿Qué se ha prometido que no se haya realizado? ¿Se ha hecho más de lo que se había anunciado?

R. – Cierta estabilización en el sector económico no puede borrar el hecho de que no se han resuelto los problemas importantes. Por ejemplo: el paro masivo, la escasez de vivienda, la reducción de la seguridad interior, el abuso en masa del derecho de asilo, la marginación social de grupos enteros de la población, en particular las personas de edad. Este Gobierno ha roto sus promesas electorales.

P. – ¿Cómo explica usted las derrotas electorales de la coalición gubernamental en estos últimos meses?

R. – El giro que prometió Kohl en 1982 no ha ocurrido. El hiato entre las palabras y los actos es más grande en la unión demócrata-cristiana que en los otros partidos. A las faltas que ya he enumerado se añade el déficit de la dirección moral, la ausencia de afirmación de los intereses nacionales. Los escándalos y los negocios no son más que las gotas de

agua que hacen desbordar el vaso. Los electores quieren una fuerza nueva en el Gobierno.

Europa-extranjero

P. – Un programa político dominical muy conocido de la televisión alemana asociaba en un mismo debate a cinco periodistas de tres o cuatro países. Ha sido sustituido por una nueva emisión en la que periodistas alemanes discuten en general problemas alemanes. ¿No es un síntoma, entre otros, de que la República Federal está en vías de provincianización?

R. – No tengo de aquella emisión un recuerdo tan bueno como usted por razones que tenían que ver con su animador, el señor Hoefler. Dicho esto, no creo en el peligro de provincianización. Muy al contrario. Es buena cosa que los alemanes piensen un poco más en sí mismos. Pero ello no debe excluir a los periodistas extranjeros –lo mismo críticos que amigos–. Podemos aprender los unos de los otros.

P. – ¿Deben temer sus vecinos que los alemanes dominen la CE después de 1992 ¿O que sobrepasarán los límites de la CE y la diluirán en una zona europea de libre cambio?

R. – No. La República Federal es un gigante económico, pero un enano político. Es mucho más grande el peligro de que los alemanes seamos dominados por la CE, es decir, castrados por ella.

Su posición política

P. – ¿Cuáles son los valores y los artículos del programa de su partido que lo distinguen de los demás?

R. – Somos el partido de los patriotas democráticos, fuerza nacional-liberal con compromisos sociales y ecológicos muy acentuados. Lo que nos singulariza es la mezcla de los temas: una suerte de progresismo social sobre la base de un conservatismo de los valores.

P. – ¿Supervivirá su partido a las legislativas de 1990?

R. – ¿Por qué no? No veo razón para abandonar la escena política tras las próximas elecciones al Bundestag. Entonces será cuando tomemos la verdadera salida... ¡en Bonn!

P. – ¿Considera usted sus adversarios principales a los liberales (FDP) y a los Verdes?

R. – El FDP es para mí –a pesar de mi hostilidad a los Verdes, que, son en su mayor parte rojos camuflados– el peor de los partidos de Bonn. Los liberales no conocen evidentemente más que un principio: la participación en el poder. Su posición política son las prebendas; su objetivo, situarse al borde del pesebre. Queremos expulsar al FDP de su función de correveidille de votos que hace inclinar la balanza en un sentido o en otro, y si es posible incluso queremos eliminarlo de los parlamentos.

Oposición

P. – ¿Quién le parece que, a plazo medio, va impulsado en Alemania por una corriente ascendente, la derecha o la izquierda?

R. – ¿Qué es izquierda y qué la derecha? La geografía, parlamentaria de los escaños data del siglo XIX y ya no sirve para explicar los fenómenos políticos de nuestro tiempo. En cualquier caso, los republicanos progresarán.

P. – ¿Qué sucederá si el SPD y los Verdes forman Gobierno en 1991?

R. – Espero que podamos impedirlo. El CDU-CSU y el FDP apenas tendrán fuerza para oponerse. Pero nuestro pueblo ha superado ya muchas catástrofes.

NOTAS

1. V. nuestra obra publicada en alemán sobre la propaganda en los medios de comunicación germano-orientales: J. P. Picaper. *Kommunikation und Propaganda in der DDR*. Ed. Bonn Aktuell. Stuttgart 1978.

2. Total de refugiados de la RDA.

	Sin autorización	Con autorización
1984	40.974	11.093
1985	74.917	18.757
1986	78.178	19.987
1987	18.958	11.459
1988	39.837	29.033

3. Günther Buch, *Namen und Daten wichtiger Personen der DDR*. Ed. J. H. W. Dietz Nachf. GmbH. Berlín, Bonn. Varias ediciones.

“No hacemos ni haremos en el futuro reivindicación territorial alguna ante Polonia”

Hans-Dietrich Genscher

El ministro de Asuntos Exteriores de la RFA ha jugado un papel determinante a lo largo de 1989. La política exterior de Bonn ha sido uno de los elementos que han permitido a Mijail Gorbachov impulsar el gran cambio de los aliados de la URSS, en el centro y el este de Europa. Hans-Dietrich Genscher ha sido el artífice de esa política: como líder del Partido Liberal ha sabido mantener una alianza necesaria para su propio partido y para la mayoritaria Democracia Cristiana del canciller Kohl. Como vicecanciller, ha ofrecido garantías suficientes a lo largo del último año a Estados Unidos y a sus aliados europeos. En esta entrevista, Genscher aborda, entre otras grandes cuestiones, la reforma soviética, la reunificación de Alemania y el futuro de la unidad europea.

J.-P. Picaper: Usted ya había pronosticado con anterioridad todo lo que actualmente está ocurriendo en el Este. ¿No tiene la impresión de que el proceso va demasiado deprisa?

H.-D. Genscher: El Acta Final de Helsinki, que siempre he considerado como un documento orientativo para lograr una Europa mejor, ya esbozaba esta evolución. Este proceso que se está llevando a cabo en los Estados Unidos del Pacto de Varsovia es el resultado del trabajo de unos reformadores con gran madurez política. Podemos confiar en ellos. Siempre hemos pensado que los Estados socialistas necesitaban ser reformados. En toda la Europa del Este se plantea la cuestión de la libertad y el hecho de que también se haga en la RDA honra a toda la nación alemana.

P: ¿No teme un endurecimiento de la situación?

R: Es importante conservar la estabilidad del marco básico en el que se desarrolla este proceso de democratización tal y como Gorbachov lo ha puesto en marcha. Esto significa que seguimos con resolución el camino señalado por el Acta Final de Helsinki; que extendemos la cooperación a todos los sectores y que progresamos sistemáticamente en las negocia-

Hans-Dietrich Genscher es vicecanciller del actual Gobierno alemán y ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal. Este es el texto íntegro de la entrevista celebrada en Bonn con nuestro colaborador Jean-Paul Picaper el pasado 5 de enero.

ciones de desarme. Esto quiere decir que estamos desmilitarizando, cada vez más, las relaciones Este-Oeste y, sobre todo, que apoyamos los esfuerzos emprendidos por los países reformistas. Confío en la fuerza de la libertad. Siempre hemos pensado que el hecho de no silenciar nuestros conflictos era una de las virtudes de las democracias occidentales. Por lo tanto, no hay que considerar como una debilidad que con el Este se produzca actualmente un debate abierto sobre los conflictos que padece y que se trate de resolverlos por medios pacíficos. Esto podría ocasionar un reforzamiento interno, tanto en la Unión Soviética como en otros Estados, por ejemplo, en Polonia, Hungría y la RDA.

P: ¿Existen obstáculos en el camino hacia la libertad?

R: Naturalmente que sí. La libertad siempre encuentra resistencia, pero hoy podremos comprobar que su momento ha llegado y que los ciudadanos la exigen con confianza en lo que están haciendo. Antes o después todos los Gobiernos del Este tendrán que afrontar los acontecimientos del modo que sea.

P: Y en la RDA, ¿no se conecta la idea de la libertad con el deseo de autodeterminación?

R: Tendríamos que dejar, a los propios alemanes de la RDA que fueran ellos mismos los que fijaran el calendario de su futuro. La libertad no se enseña. No deberíamos sustituir la tutela del Este por la del Oeste. Esto significa que nuestra responsabilidad, en tanto que Estado firmante del Acta del Helsinki, consiste en hacer hincapié en que los ciudadanos de la RDA puedan disfrutar de todos los derechos previstos en este documento y conquistar de este modo su libertad individual y política. A ellos mismos les corresponde decidir su destino.

P: ¿Podemos confiar ahora en todos los alemanes?

R: Nuestros vecinos nunca han sufrido rechazos por parte de la Alemania libre y democrática.

P: Como consecuencia de todo este proceso cabe esperar que Europa se reorganice. ¿Esta reordenación no podría molestar a ciertos Estados?

R: No lo creo. ¿Qué país podría ver inconvenientes en que hubiera más libertad en la RDA? Es importante que en esta época de grandes cambios se rememoren las coordenadas de base sobre las que se forjó la evolución de Europa. Hoy contemplo dos dinámicas históricas: el progreso de la CEE hacia la unión europea y las reformas en el Este. El dinamismo de la comunidad ejerce una gran fascinación sobre los europeos del Este y cada vez más sobre sus dirigentes políticos. Con toda certeza se puede afirmar que el proceso de reformas no habría avanzado con tanta rapidez si la CEE no ejerciera tal atracción. Por ello, es necesario recordar a los "Doce" cuáles son sus responsabilidades: no frenar ese dinamismo, sino, por el contrario, acrecentarlo.

P: ¿Qué significa esto?

R: En el Consejo Europeo de Estrasburgo hubo que decidir la puesta en marcha de una conferencia intergubernamental con vistas a la Unión Monetaria y Económica para proseguir el proceso de integración europea. Esta conferencia tiene que iniciar sus trabajos en la segunda mitad de 1990. Ne-

cesitamos la Carta Social y, lógicamente, también una orientación política común por lo que respecta a las reformas en el Este. Es lo que Francia y nosotros esperábamos del Consejo Europeo de Estrasburgo. Pedimos, a todos los demás países que permanezcan en esa dinámica, que asuman esta responsabilidad europea. Por otra parte, queremos hacer todo lo posible para que este impulso, que caracteriza a las reformas en el Este, progrese con nuestra ayuda. Por esta razón, me alegro de que la “cumbre” económica de los “siete grandes”, celebrada en París en julio pasado, haya puesto en manos de la Comisión de las Comunidades todas las medidas de ayuda.

P: ¿Qué ocurre con la unión política?

R: Naturalmente, que todo lo que hacemos en el seno de la CE ha de ser analizado con la vista puesta en este objetivo con el cual todos estamos comprometidos.

P: ¿Podría decirse lo mismo de una Europa de la Defensa?

R: Sí, pero querer sustituir a la OTAN sería un espejismo peligroso.

P: ¿Está de acuerdo con Mitterrand en que es necesario renegociar y renovar las instituciones europeas?

R: No en renegociarlas, pero sí en ampliar sus competencias en el terreno de la unión europea.

P: ¿Cree usted que es necesario otorgar un carácter confederal a esta unión europea?

R: La cesión de competencias y derechos soberanos va dando lugar poco a poco a una estructura confederal.

P: Algunos de sus compatriotas se oponen a esta unión porque ello reduce las posibilidades de reunificación de las dos Alemanias.

R: Probablemente no sean muchos los que piensan así. Sería un error histórico. Un elemento importante de nuestra política exterior de la posguerra lo constituye el hecho de haber unido nuestro destino al de Europa. Incluso nuestra propia Constitución nos confiere especiales responsabilidades para con la paz de nuestro continente. Nosotros los alemanes vivimos en el corazón de Europa. Rechazamos las acciones nacionales aisladas. No queremos quitarle a nuestra política exterior su componente europeo; antes al contrario, pensamos que ésta es la única posibilidad viable, ya que lo que separa al Oeste del Este en la Europa de hoy, separa también a los alemanes. Ningún otro pueblo resulta más afectado que nosotros por esta situación. Una política de acercamiento continental reuniría, al mismo tiempo, a los alemanes. Al futuro corresponde clarificar de qué forma y con qué ritmo se lograría esto. No hay que imponerle camisas de fuerza a la imaginación de la historia. Nosotros, la RFA, ocupamos un puesto inmutable en la CE con vistas a la unión europea. En cuanto al lugar que les correspondería a los alemanes de la RDA, éstos sólo podrían determinarlo si pudieran expresarse libremente en su propio Estado.

P: Luego la construcción de Europa occidental no es incompatible con el acercamiento al Este.

R: En efecto, la evolución interna de los Estados reformistas del Este es una manifestación de la autodeterminación europea, una toma de conciencia del patrimonio más noble de nuestra historia y cultura común. De-

rechos humanos, democracia, humanismo: he aquí el acervo común a toda Europa. Cuanto más progrese esta conciencia en los países reformistas y cuanto más se desarrolle la libertad, más pronto superaremos la división del Continente.

P: ¿Siempre lo ha creído así? ¿No pretendía usted al principio, o su predecesor Walter Scheel, estabilizar los Gobiernos comunistas?

R: De entrada, nuestro objetivo fue contribuir a superar la división de Europa y promover su toma de conciencia. Pero para las relaciones con el Este, la República Federal tenía, primero, que concluir tratados. Así se firmaron los acuerdos con la URSS, Polonia, Checoslovaquia y la RDA. Era el requisito previo para la adopción del Acta Final de Helsinki. De hecho, este documento engloba a toda Europa, del Atlántico a los Urales, e incluye –y no cesamos de repetirlo– a Estados Unidos y a Canadá, ya que los equilibrios de esta gran Europa sólo se armonizan si Norteamérica participa en ellos. Habida cuenta del peso de la URSS, la alianza con los EEUU es fundamental.

P: Recientemente un soviético, Jewgenij Primakov, ha reconocido que los Estados miembros del Pacto de Varsovia tienen derecho a abandonar esta organización. ¿Qué piensa usted de esto?

R: Es una decisión que tienen que adoptar los propios Estados que componen el Pacto. Tenemos que evitar dar consejos.

P: Pero, ¿podemos creer a la Unión Soviética cuando propone algo similar?

R: La política exterior de la URSS ha sufrido correcciones fundamentales bajo la dirección de Gorbachov. Ha abandonado su expansionismo. Ha terminado con la guerra en Afganistán. Hemos podido acordar con ella la eliminación de los misiles de alcance intermedio. Y dado que ya no se pretende poner en práctica una política de expansión, es necesario entonces, desde el punto de vista soviético, estar dispuesto a desarmarse, y además con la certeza de que la URSS se desarmará más que Occidente porque posee más armamento. Y es verdad que en ese momento le sacará más partido que nosotros al desarme, ya que invierte en el sector de la defensa un porcentaje de PNB mayor que el occidental. Por lo demás, la Unión Soviética ha corregido dos errores: uno que consistía en creer que el capitalismo, es decir, la economía de mercado, estaba condenado al declive; otro, considerar a la democracia como un régimen débil.

P: La URSS parece tener mucha prisa. ¿No querrá cogernos desprevenidos?

R: No, no quiere sorprendernos y, aunque así fuera, no podría hacerlo si desmantela su propia superioridad. La seguridad, a un nivel reducido de armamento, es ventajosa para todos. Gorbachov tiene muy claros sus objetivos. Reconoce que el desarme no es válido sin alcanzar progresos políticos.

P: Usted ha afirmado que la política de Gorbachov era irreversible y que nuestra cooperación con él debía serlo también. ¿En qué funda esta certidumbre?

R: Se fundamenta en las consecuencias mismas de su política. No se trata sólo de declaraciones. A ellas, Gorbachov ha añadido acciones concretas. Dije en Davos, el uno de febrero de mil novecientos ochenta y siete, que había que tomar en serio a Gorbachov, que había que tomarle la palabra. Nosotros tenemos interés en que a través de la cooperación, el diálogo, el desarme y el control de armamentos, se consolide la irreversibilidad de las reformas en la URSS y, por lo tanto, de las nuevas relaciones Este-Oeste. Comparto la opinión de Mitterrand de que Gorbachov es ya, desde ahora, una personalidad histórica.

P: ¿Cree usted que Gorbachov domina el juego?

R: La cuestión crucial no es ésta, sino otra. Debemos preguntarnos si una política de reformas, tal y como Gorbachov la ha emprendido y otros países del Pacto de Varsovia han puesto en práctica, nos interesa o no. En su momento dijimos que sí, de ahí que sea necesario apoyar lo que allí sucede.

P: Hace dos años se le calificó a usted de propagandista de Gorbachov e incluso de agente soviético. ¿Tienen que excusarse ante usted los que así pensaban entonces?

R: No, no tienen que hacerlo. Lo considero como un éxito de mi labor de persuasión. Me basta con que lo hayan comprendido, aunque sea con cierto retraso. No quería que Occidente dejara escapar una oportunidad histórica. La historia no suele renovar sus ofertas. También Occidente necesita una nueva mentalidad.

P: ¿Cuándo le convenció Gorbachov? ¿Qué es lo que más le impresionó de su primer encuentro?

R: Me entrevisté por primera vez con él en julio de mil novecientos ochenta y seis en Moscú. Tuvimos una conversación de tres horas y media que fue seria y profunda. Le expuse nuestra filosofía sobre las relaciones Este-Oeste y sobre el papel de la política alemana en el sistema occidental: Me impresionaron sus afirmaciones sobre la democratización y sobre cómo debían modelarse las relaciones Este-Oeste. Entre este encuentro y el discurso de Davos habían transcurrido siete meses.

P: ¿Qué impresión personal le causó?

R: Desde el principio me impresionó su fuerte personalidad, su forma de conversar, con un estilo directo, muy claro, incluso a la hora de tratar cuestiones desagradables. Esto demuestra su sinceridad.

P: ¿Es un personaje fuera de lo común?

R: Sin ninguna duda.

P: ¿Qué sentía ante la imagen de sus compatriotas refugiados en la Embajada de Praga el pasado mes de septiembre?

R: Fue el momento más conmovedor de mi carrera política. Primero tuve que convencerles de que los trenes que les conducirían al Oeste tenían que atravesar el territorio de la RDA. Ellos temían que allí se produjeran represalias. Comprendo muy bien a esos jóvenes. Yo, a su edad, y por razones similares, emprendí también el camino hacia el Oeste.

P: ¿Por qué huyó de la RDA?

R: Todavía no quiero hablar de eso. Podría causar problemas a otras personas.

P: ¿Cómo abandonó la RDA en 1952?

R: En aquella época era mucho más fácil. Se podía tomar el tren hacia Berlín oeste y allí coger un avión para Alemania occidental. En aquel momento ya había terminado mis estudios de Derecho en la Universidad de Leipzig y comenzaba mi período de prácticas que concluí en Hamburgo en mil novecientos cincuenta y cuatro con un título equivalente. Mi madre se vino conmigo algunos meses más tarde.

P: En aquella época, ¿ya estaba metido en la política?

R: Desde mil novecientos cuarenta y seis soy miembro del Partido Liberal de Alemania del Este (LDPD).

P: ¿Se arrepiente de haber abandonado la RDA?

R: No, nunca lo he hecho. Escogí la libertad de la única forma que en aquella época era posible hacerlo. ¿Cómo podemos lamentarnos por haber elegido la libertad?

P: ¿Todavía tiene familiares o amigos en la RDA?

R: Toda mi familia se encuentra en la RFA. En la RDA sólo nos queda un primo al que visitamos todos los años el último fin de semana antes de Navidad.

P: ¿Quién le influyó en su juventud?

R: Mi padre murió cuando yo tenía nueve años. Mi madre ejerció una gran influencia sobre mí, al igual que mi abuelo materno. Él era campesino. Todas las noches, después del trabajo, leía libros y periódicos franceses y escuchaba las emisiones en lengua francesa con una radio de gran potencia que se había comprado. Para aquella época ser un partidario convencido de la cooperación franco-alemana era algo realmente extraordinario, no como ahora. Las conversaciones que tuve con él cuando era niño me marcaron mucho.

P: Se dice que usted necesita recuperarse ya que estuvo mucho tiempo en un sanatorio, que el sonido del teléfono es como la música para usted.

R: Es verdad que entre los veinte y los treinta años padecí tuberculosis y que pasé tres años y medio entre el sanatorio para tuberculosos y el hospital. Cuando se ha vivido todo esto y se ha sobrevivido, cada día de trabajo se considera como una bendición. Los de mi generación estamos marcados. Tras los doce terribles años del Tercer Reich, con quince años, fui auxiliar de la FLAK, posteriormente soldado durante más de dos años y medio, prisionero de guerra... Son situaciones que no deben repetirse. Por esta razón entré en política y opté por la democracia y la Comunidad Europea. Otros pueblos ya disfrutaban de regímenes democráticos, pero no nosotros los alemanes.

P: ¿Quién le hizo prisionero en mil novecientos cuarenta y cinco? ¿Los británicos o los americanos?

R: Los dos.

P: ¿Está resentido con ellos?

R: No, más bien al contrario. Formaba parte de las fuerzas del Ejército que se hallaban en el Elba el siete de mayo de mil novecientos cuarenta y cinco. Detrás de nosotros se encontraban los rusos y del otro lado del río los americanos. Ante esta disyuntiva, la decisión estaba clara.

P: Por tanto, ya con dieciocho años optó por Occidente.

R: Sí, así se podría decir.

P: A menudo se le ha reprochado ser neutralista ¿Qué tiene que decir en su defensa?

R: No tengo por qué defenderme. Este reproche es absurdo. Provoqué el cambio de mayoría en mil novecientos ochenta y dos para permitir el despliegue de los misiles americanos de alcance intermedio, de conformidad con la doble decisión de la OTAN. El SPD ya no apoyaba al canciller Schmidt ni esta decisión. Puse en juego mi propia carrera política y la existencia misma de mi partido. En ese momento se trataba de la única respuesta posible a la política expansionista soviética. La neutralidad no es una política válida para nosotros los alemanes, nos llevaría a un “no-man’s land” político y haría a Europa muy inestable.

P: ¿Y si Gorbachov jugara la carta alemana?

R: Nuestro arraigo en la comunidad de democracias occidentales –en la CEE y en la Alianza Atlántica– es definitivo. Además, sería subestimar a Gorbachov el suponer que va a jugar la carta alemana para dividir al Oeste. Sin duda, él juega con la carta europea. Es realista. Ha comprendido que para el desarrollo interno de la URSS necesita como socio a una Europa que produzca resultados. Esta es la Europa de la CE. Por otra parte, a nosotros, en tanto que europeos, nos interesa que juegue la carta americana. Esto significa que acepta, como realista que es, la presencia de los americanos en Europa y que se esfuerza por mantener buenas relaciones también con ellos.

P: Nunca habla de reunificación ¿Por qué?

R: Nuestra Constitución, con la que estoy comprometido, nos obliga a trabajar por la paz mundial como socios a partes iguales de una Europa unida y a conservar nuestra unidad como nación y como Estado. De ello hago profesión de fe. Esto integra nuestros objetivos nacionales en una responsabilidad conjunta por la paz del continente europeo. Por lo que se refiere a nuestro territorio, ya precisamos en el Tratado de Varsovia que no haríamos ni haremos en el futuro reivindicación territorial alguna con respecto a Polonia. Ante las Naciones Unidas, el pasado veintisiete de septiembre, fecha en la que se cumplía el L aniversario de la invasión de Polonia por Hitler, hice la siguiente declaración para que fuera escuchada por el ministro polaco de Asuntos Exteriores: “Señor ministro Skubiszewski: Su pueblo tiene que saber que su derecho a vivir entre fronteras seguras no será nunca puesto en cuestión por reivindicaciones territoriales que provengan de Alemania; no lo será ni ahora, ni en el futuro.”

P: ¿Existe acuerdo sobre esta cuestión en el Gobierno de Bonn?

R: Represento el punto de vista del Gobierno y creo que no deberíamos dejar que la RDA o el Ejército soviético instalado en Europa central,

fueran ellos solos los que permitieran a los polacos ver cumplido su deseo de vivir entre fronteras seguras.

P: Esta Europa pacífica a la que aspira, ¿se corresponde con la “casa común europea” de Gorbachov?

R: La Alianza occidental exigió en mil novecientos sesenta y siete una paz justa y duradera en Europa: del Atlántico a los Urales. La idea de la “casa europea” es la primera respuesta constructiva del Este a esta perspectiva europea.

P: ¿Podría asociarse a la CE la República Democrática?

R: Esto depende de la futura evolución de la RDA y del deseo de sus habitantes. La comunidad posee múltiples ideas para crear formas específicas de cooperación con naciones de todo el mundo. Con los países mediterráneos, con los de la ASEAM, con los Estados de Centroamérica o con los del Golfo. Ahora tiene que elaborar las ideas que le permitan establecer modelos de cooperación más estrechos con los países del Este, siempre que éstos así la quieran y en la medida en que cumplan las condiciones emprendiendo profundas reformas. Es de esta apertura de la que habló Delors en su discurso de Bonn, y no me queda más remedio que apoyarla. Por otra parte, ya existen estructuras abiertas que se ofrecen a esta cooperación, por ejemplo, la iniciativa franco-alemana Eureka abierta a todos, o la Agencia Comunitaria del Medio Ambiente, que podría convertirse en un instrumento similar.

P: Se teme que una Alemania unificada abandone la CE.

R: Somos miembros de la Comunidad con vistas a crear la unión europea, y así seguiremos. Nuestros vecinos tienen todavía discusiones cargadas de espíritu nacional. Nosotros pensamos de forma mucho más europea, ya que el destino de nuestra nación está inextricablemente unido al de Europa.

P: ¿Podemos imaginar una confederación alemana?

R: Es una decisión que corresponde a los alemanes de la RDA.

P: ¿Estaría dispuesto a reconocer la ciudadanía de la RDA para facilitar la formación de esta confederación?

R: No, no lo hicimos en el acuerdo fundamental suscrito entre la RFA y la RDA y no lo haremos en el futuro. Por otra parte, pienso que los alemanes de la RDA están intentando dar una respuesta a esta cuestión y que responde afirmativamente a nuestra propuesta en favor de una nacionalidad alemana única.

P: La RDA, ¿es de hecho un Estado miembro de la CE?

R: Sólo a través de la intermediación de la RFA.

P: Hay quienes temen que la República Federal se convierta en un gigante político como consecuencia de la evolución que está teniendo lugar en el Este.

R: Creo que esos temores no tienen fundamento. ¿Qué tendrían que temer si la democracia se extiende por toda Europa? Además, lo único que puedo aconsejar a esos que tienen miedo es que aceleren junto con nosotros el proceso de integración en la CE.

P: ¿Ha hablado alguna vez de un Plan Marshall para Europa oriental?

R: No, he hablado de un plan de solidaridad europea. Esto está en la línea del discurso de Estrasburgo del presidente Mitterrand y se corresponde con las ideas del presidente de la Comisión, Delors.

P: ¿Es usted un alemán nacionalista?

R: Soy un alemán consciente de su responsabilidad europea. Siempre les digo a mis compatriotas: seamos buenos europeos para poder ser buenos alemanes. Europa es nuestra oportunidad, la única que tenemos.

Reflexiones sobre una unión entre las dos economías alemanas

Juergen B. Donges

El 9 de noviembre de 1989 dio comienzo una nueva e inesperada etapa en las relaciones entre las dos Alemanias. En la del Este, la llamada República Democrática Alemana (RDA), una irresistible oleada popular, precedida por una huida masiva de alemanes orientales hacia la República Federal de Alemania (RFA), ha derrumbado el régimen comunista y ha conseguido que se ponga en marcha el proceso de establecer un nuevo orden político con una democracia pluralista y un Estado de Derecho; ha caído, simbólicamente, el muro de Berlín y se ha abierto la frontera con la República Federal; el sistema económico germano-oriental de planificación estatal será liberalizado, si no disuelto por completo. Ambos Gobiernos pretenden estrechar lazos en numerosos campos, entre ellos los económicos, comerciales y financieros. La integración entre las dos economías parece haberse convertido de repente en una posibilidad real, independientemente de si la "cuestión alemana", la reunificación política, queda resuelta.

Es buen momento, pues, para abordar algunos de los aspectos fundamentales relacionados con el eventual acercamiento de las dos economías. Lo más oportuno sería, desde luego, realizar un análisis comparativo con el fin de detallar posibles escenarios de integración. Este análisis aquí no se hará por falta de espacio, pero sobre todo porque la información empírica sobre la economía germano-oriental es todavía insuficiente y poco fiable. Las cuentas nacionales de la economía, la balanza de pagos, los presupuestos generales del Estado y las estadísticas sobre la inversión, la producción, el empleo y el comercio exterior, para mencionar sólo unos ejemplos, o no se publican, o se publican sólo parcialmente. Lo que se publica no se presta a una fácil interpretación debido, por un lado, a que la metodología estadística descansa en los conceptos de la teoría económica marxista y, por otro lado, a que las autoridades siempre han manipulado las estadísticas para idea-

Juergen B. Donges es catedrático de Ciencias Económicas y director del Instituto de Política Económica de la Universidad de Colonia.

lizar la realidad, como el nuevo Gobierno de la RDA ha reconocido públicamente. En este artículo nos limitaremos, por consiguiente, a desarrollar unas ideas generales, con las debidas puntualizaciones y matices y rebatiendo tópicos si fuera necesario.

El panorama de integración o reunificación económica ha despertado esperanzas en unos y suscitado recelos en otros. Las esperanzas predominan en las dos Alemanias: en la occidental debido a las perspectivas de nuevos mercados y amplias posibilidades de inversión, en la oriental por cuanto la afluencia de capitales y tecnologías germano-occidentales contribuiría significativamente a la modernización del aparato productivo y a una subida notable de los niveles de vida de la población. Se habla ya de que se produciría un segundo “milagro económico”, ahora en Alemania Oriental, y que la economía de este país podría ponerse, en el período de sólo diez años, a la altura de la economía germano-occidental.

Esto es lo que hace cundir los recelos en países terceros. Existe el temor, incluso en algunos países miembros de las Comunidades Europeas (CEE), de que las transacciones comerciales y las corrientes de capitales podrían desviarse demasiado hacia el Este, si bien algunos países integrantes del Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM o Comecon), sobre todo Polonia, sospechan que Alemania Oriental sería la más beneficiada. En los países en desarrollo preocupa que Alemania Occidental vaya a recordar la ayuda financiera y técnica que venía prestando. Primeras estimaciones realizadas en Alemania Occidental sobre las necesidades de inversión en la RDA con el fin de modernizar el aparato productivo y mejorar la infraestructura hablan de varios cientos de billones de marcos (occidentales); necesidades financieras adicionales vienen dadas por la enorme deuda exterior que tiene que afrontar la RDA (valorada entre 10.000 y 20.000 millones de dólares, según la fuente consultada). Y por si esto fuera poco, no faltan las voces que prevén como resultado de la integración interalemana una acumulación tal de potencial económico en el centro de Europa que crearía en otros países una percepción de dependencia y subordinación políticamente inaceptable.

Es natural que en períodos con cambios tan vertiginosos como los que están ocurriendo en la Europa del Este se barajen pronósticos de todo tipo. Así como hace un año nadie pudo prever que el mapa político, que había surgido después de la Segunda Guerra Mundial, estaba a punto de convertirse en un pasado histórico, ahora todos nos dejamos ilusionar por los nuevos vientos de libertades políticas y económicas que soplan en la Alemania Oriental y demás países del Este.

Pero conviene mantener los pies en el suelo. En determinados círculos políticos y medios intelectuales de la República Federal de Alemania se aboga por la no integración económica interalemana, por razones ideológicas en unos casos, por considerar que el coste económico y social para los alemanes occidentales sería demasiado alto en otros. En la República Democrática Alemana, por su parte, muchos de los nuevos partidos políticos que se están constituyendo, amén de diversos movimientos ciudadanos, promueven la visión de una “alternativa de país socialista” en territo-

rio alemán, si bien con un rostro más humano que en el pasado, lo cual implica el controlar y mantener a distancia las influencias que puedan surgir del llamado “gigante capitalista” germano-occidental. Además hay que tener en cuenta las condiciones exteriores, tanto en el Oeste de Europa (léase los compromisos de la RFA con la CEE) como en el Este (es decir, si prospera o no la *perestroika* en la URSS); nadie puede decir en estos momentos hasta qué punto las dos Alemanias, si decididamente se lo propusieran, podrían integrarse económicamente. Finalmente, y dada la profunda diferencia que existe entre los sistemas económicos de las dos Alemanias, la integración requeriría bastante tiempo, incluso bajo condiciones interiores y exteriores idóneas.

Lo que diferencia las dos Alemanias

En Alemania Occidental existe una economía social de mercado, con competencia efectiva entre las empresas, garantía jurídica del derecho de propiedad privada (ya sea obtenida por herencia o gracias al propio trabajo) y la soberanía del consumidor. En Alemania Oriental, por el contrario, el ordenamiento económico todavía es el de una planificación centralizada, habiéndose colectivizado la agricultura y nacionalizado las empresas industriales, de construcción y de servicios. La falta de competencia en los mercados es absoluta y las demandas individuales están subordinadas a las directrices de la Administración. Estos sistemas económicos, fundamentalmente opuestos, han permitido a ambas Alemanias alcanzar los niveles de desarrollo relativamente más altos dentro de sus respectivas órbitas (la CEE y el CAEM respectivamente). Pero al mismo tiempo se ha producido un notable atraso económico de Alemania Oriental frente a Alemania Occidental. Esto es tanto más significativo, por cuanto que numerosos e importantes centros industriales y las tierras agrícolas más fértiles de la Alemania prebélica se encontraban en zonas de la posterior RDA (en las legendarias Prusia y Sajonia), la agricultura, la industria y la infraestructura habían salido de la guerra menos malparadas en Alemania Oriental que en Alemania Occidental y las rentas per cápita estaban a niveles parecidos en los años cincuenta a ambos lados del “telón de acero”.

El atraso económico de la Alemania Oriental respecto de la Occidental se manifiesta en diversas formas, entre las que cabe destacar cuatro:

1. La productividad del trabajo en la economía germano-oriental es en más de un 50 por 100 inferior a los niveles medios registrados en la economía germano-occidental.

Ello obedece al exceso de trabajadores en las empresas (“paro encubierto”), a problemas crónicos en el abastecimiento de materias primas, bienes intermedios, piezas y componentes, y a una insuficiencia en la inversión que ha conducido a un envejecimiento notable de los equipos instalados. El éxodo durante el pasado año de 340.000 alemanes orientales hacia Alemania Occidental, la mayoría de ellos jóvenes y con cualifica-

ción profesional, ha abierto , aún más el diferencial de productividad interalemán.

2. Alemania Oriental no ha sabido mantener el ritmo de desarrollo y difusión de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, además de la robótica. El atraso frente a Alemania Occidental se calcula que es de diez años y más, según la tecnología en cuestión (el ciclo de vida de estas nuevas tecnologías comprende actualmente unos cinco años). Todos los productos de la microelectrónica que salen de las fábricas germano-orientales, tanto los de consumo como los de uso industrial, son muchas veces más caros que en Alemania Occidental.

3. La baja productividad y el retraso tecnológico han dejado una huella indeleble en la competitividad internacional de las empresas germano-orientales, que ha disminuido. Alemania Oriental ha ido perdiendo cuotas de mercado en Alemania Occidental y los demás países de la OCDE, sobre todo frente a las exportaciones de los “nuevos países industrializados” del Este y Sureste asiático. Tampoco pudo explotar las oportunidades comerciales que le brinda el acceso libre de sus productos a la República Federal (como si fuera un país miembro de la CEE); las exportaciones carecen de dinamismo, fluctúan sensiblemente y se concentran en carburantes y productos intermedios, mientras que los bienes de equipo, de los cuales Alemania Oriental es el principal productor y exportador en la Europa del Este, desempeñan un papel secundario en las ventas a la otra Alemania.

4. El nivel de vida de los alemanes orientales, a pesar de ser bastante aceptable si se compara con el de otros países del Este, es muy inferior al que disfrutaban los alemanes occidentales. La renta per cápita media apenas alcanza el 40 por 100, la escasez de productos está en el orden del día, la vivienda ofrece condiciones penosas en cuanto a tamaño y calidad, el estado de las carreteras, de los ferrocarriles y de la red telefónica está bastante deteriorado, los daños ecológicos son considerables e incesantes. Así lo han debido de sentir muchos de los que huyeran de la RDA antes del 9 de noviembre pasado y de los que han seguido emigrando posteriormente (varios miles cada semana), según declaraban a su llegada a la RFA.

El atraso económico que sufre Alemania Oriental frente a Alemania Occidental es, fundamentalmente, inherente al sistema de planificación centralizada que en la RDA se ha aplicado. En este sentido, Alemania Oriental comparte la experiencia de los demás países del Este de Europa y parte del Tercer Mundo, donde el quehacer económico está supeditado a las doctrinas marxistas-leninistas-socialistas. El llamado “socialismo real”, por su propia naturaleza no puede resolver los dos problemas básicos que toda economía eficiente tiene planteados: el problema de la información y el problema de los incentivos.

El “problema económico de la información” proviene de la necesidad de procesar, a nivel microeconómico y al menor coste posible, innumerables datos sobre el consumo, la producción, la inversión, las tecnologías, las cualificaciones profesionales, los puestos de trabajo, etcétera, y de coordinar las decisiones que millones y millones, de agentes económicos

adopten. En una economía social de mercado como la germano-occidentales el mecanismo de precios libres, que se forman en los mercados de bienes, servicios y factores productivos, en función de las escaseces relativas, el que se hace cargo de recoger y difundir esa información. En una economía planificada como la germano-oriental son los funcionarios y los políticos los que deciden qué es lo que hay que producir y en qué cuantía, y son ellos los que fijan los precios. Se atribuyen la capacidad de conocer la demanda de usuarios y consumidores, la actual y la futura. Esta actitud refleja una “arrogación de saberes”, como diría Hayek.

De hecho, la coordinación entre oferta y demanda generalmente falla, los desequilibrios macroeconómicos se perpetúan, la asignación de recursos es subóptima y la especialización en la producción y en el comercio internacional no responde a los criterios de ventajas comparativas. La eficiencia en la economía tiene que sufrir y ser baja en estas circunstancias. Las consecuencias de los errores cometidos por las autoridades planificadoras son particularmente graves porque se acumulan y sus efectos negativos se potencian, amén del tiempo que transcurre hasta que se corrijan (si es que se corrigen).

El “problema económico de los incentivos” proviene de la necesidad de estimular las iniciativas de empresarios y trabajadores, de fomentar la toma de riesgos por parte de los inversores, de impedir un uso desmesurado de recursos escasos y de mantener el sentido de la responsabilidad que va unida a las libertades económicas. En una economía social de mercado existe un sistema de incentivos que funciona a través de los derechos de propiedad, los beneficios empresariales, los salarios y el régimen de impuestos y transferencias, todo ello dentro de un marco de competencia interior e internacional. En la economía planificada, por el contrario, tal sistema no existe, dado que el afán de construir la llamada sociedad igualitaria, libre de conflictos sociales, lo domina todo, incluso si violan principios básicos de la optimización de recursos (lo que es habitual). Cuando no hay libertades económicas, como en la RDA, la espontaneidad individual queda subrogada por el servilismo y la indiferencia, acompañados por una concentración incontrolada de poder en manos de la burocracia. La consecuencia es que no se producen suficientes innovaciones tecnológicas y de productos en la economía y no progresan adecuadamente los cambios de estructuras de producción y de empleo. Así no se pueden conseguir ni mejoras duraderas en la productividad ni un ritmo de crecimiento económico satisfactorio a medio plazo.

Ni que decir tiene que en Alemania occidental, como en los demás países de la CEE, los mecanismos de precios e incentivos no operan limpiamente. Los continuos intervencionismos de los Gobiernos en forma de subsidios, protección comercial y regulaciones administrativas, el crecimiento del gasto público y de la presión fiscal y la extensión del Estado-benefactor han creado serios problemas de anquilosamientos en el aparato productivo, inflexibilidades en determinados mercados y dimensiones de paro laboral antes desconocidas. No olvidemos que a principios de la década pasada se hablaba de la “euroesclerosis”, sobre todo en Alemania

occidental. Pero en una economía social de mercado los experimentos socialistas no encuentran un campo ilimitado para su aplicación. La competencia nacional en los mercados de bienes y servicios y la competencia internacional por la captación de capitales extranjeros constituyen un control eficaz para que los desvíos del camino marcado por los principios de eficiencia no resulten demasiado fuertes e irreversibles. También existe la alternativa de poder. A través de elecciones generales puede surgir un nuevo Gobierno que ponga en orden lo que en la economía había sido deformado por las intervenciones estatales. En pocas palabras: la economía social de mercado, como parte consustancial de un sistema político democrático, dispone de una considerable capacidad de ajuste y autoseñalamiento. Así lo ha demostrado la economía germano-occidental durante los años ochenta.

En Alemania oriental la lógica del "socialismo real" suprimió las fuerzas del mercado en lo económico y en lo político. No es que a los responsables de la planificación estatal les haya pasado inadvertido que la evolución económica era insatisfactoria; por el contrario, durante la larga era Honecker (1971-1989) se trató en repetidas ocasiones de mejorar el funcionamiento de la economía introduciendo nuevos conceptos de organización industrial, agilizando la puesta en marcha de nuevas estrategias de desarrollo tecnológico e intensificando el control de la eficiencia de las empresas. Pero nunca se abandonó el plan central y el control estatal de las actividades económicas y nunca se activó el mecanismo de precios relativos, por lo que tampoco se encontraron soluciones viables a los problemas económicos de la información y de los incentivos.

No sirve darle vueltas: así como el "socialismo real" (o comunismo, como se decía antes) es incompatible con los más elementales derechos humanos, esta ideología no permite satisfacer las aspiraciones de la población con respecto al progreso económico y al bienestar social. El desastre económico en Alemania oriental no se debe, como algunos, también en Occidente, insinúan, a que los dirigentes del país hayan sido incompetentes y corruptos al mismo tiempo. Es el propio sistema de planificación central y burocratización de la economía, sin control político o de mercado alguno; el que promueve la corrupción y la incompetencia, y es, por consiguiente, el verdadero responsable de la crisis en la que está inmersa la RDA (junto con los demás países del Este de Europa). De ahí que el reto que ahora tiene planteada la RDA no sea el de acometer reformas económicas dentro de un sistema global socialista. De lo que se trata es de abolir este sistema e introducir una economía social de mercado. Habrá que ver si el Gobierno germano-oriental que asuma el poder después de las primeras elecciones generales democráticas que se celebrarán el próximo mes de mayo emprende, con credibilidad y perseverancia, el camino hacia el nuevo ordenamiento de la economía. Si no lo hace, es muy improbable que se llegue a una verdadera integración económica entre las dos Alemanias. Una opción alternativa, como que el sistema económico de la Alemania federal cambie de signo y se aproxime al socialista de Alemania oriental, está fuera de cualquier consideración seria.

La clave: Reformas básicas en Alemania oriental

Para que el ordenamiento de la Alemania oriental encaje en las coordenadas de una economía social de mercado, es preciso vincular la reforma económica con la reforma monetaria. La reforma económica consiste en liberalizar los precios e introducir la competencia en los mercados. La reforma monetaria tiene que apuntar a la eliminación de la actual inflación reprimida (que se manifiesta en las continuas colas de los ciudadanos en las tiendas), a crear la base para la estabilidad del nivel de precios en el futuro y a determinar tipos de cambio realistas, sobre todo frente al marco alemán occidental (el cambio oficial es, desde 1948, 1 a 1). Ambas reformas son interdependientes y deben acometerse paralelamente. Ninguna de ellas, por sí misma, podría tener los efectos apetecidos.

La reforma económica sólo es eficaz si se establecen las condiciones ineludibles para un buen funcionamiento del mecanismo de los precios, una vez que hayan sido liberalizados. La condición más importante es que haya competencia en los mercados. Pues la competencia es el mejor instrumento del que disponemos para controlar los costes y evitar beneficios desmesurados y es el mejor acicate que podemos concebir para incrementar la productividad, fomentar el desarrollo tecnológico, intensificar la especialización y adaptar y mejorar la calidad de los productos y servicios prestados. En la RDA, a diferencia de la RFA, no existe esa competencia. Para implantarla, será necesario:

- Desarticular unos 150 grandes grupos industriales (los llamados “Kombinate”) que integran vertical y horizontalmente unas 3.500 empresas jurídicamente independientes.

- Abolir el monopolio estatal en el comercio exterior, lo cual equivale a una apertura indiscriminada de la economía a las importaciones (no sólo las procedentes de Alemania occidental),

- Establecer el derecho de creación de empresas privadas en todos los sectores y conjuntamente con capital extranjero si los nuevos empresarios germano-orientales así lo desean.

Esto significa que hay que crear un régimen de propiedad privada con libertad de contratación entre los agentes económicos. Las empresas tienen que obtener la autonomía para adoptar las decisiones pertinentes en materia de personal, inversión, compra y venta, etcétera. Un marco jurídico apropiado, en analogía al Derecho Mercantil y Laboral occidental, tendría que determinar las reglas a las que los dirigentes de las empresas habrían que atenerse. Es evidente que la RDA, si verdaderamente acomete la reforma económica, rompería radicalmente con su pasado; tendría incluso que cambiar la Constitución socialista (de 1974), por cuanto ésta prohíbe la propiedad privada de los medios de producción. En este sentido, la situación actual en Alemania oriental es más compleja, y delicada, que lo que fue en 1948, cuando se eliminó en Alemania occidental el sistema de racionamiento y control de precios y se empezó a construir la

economía social de mercado (con Ludwig Erhard como protagonista). Por aquel entonces existía un orden legal que respetaba la propiedad privada y la Constitución de lo que sería la República federal (a partir de 1949) estaba por escribirse y podía, como lo ha hecho, garantizar adecuadamente las libertades económicas.

En cuanto a la reforma monetaria, el otro gran desafío que tiene planteada la RDA, su necesidad radica en dos factores: por un lado, asegurar la mejor asignación de recursos posible en cuanto se hayan liberalizado los precios e implantado la competencia; por otro lado, facilitar un crecimiento económico no inflacionario. Lo ideal sería constituir una unión monetaria con la RFA, cuyo sistema monetario tiene acreditada una gran estabilidad y eficacia. Pero esto significa, para la RDA, una pérdida de soberanía en materia de política monetaria, lo cual es difícil de aceptar mientras no exista la unión política. Por tanto, la reforma monetaria habrá que hacerla dentro del propio país. Para ello será indispensable:

– Que el Banco emisor asuma el compromiso de velar por la estabilidad monetaria, es decir, controlar la evolución de la oferta monetaria en función del crecimiento del potencial productivo de la economía.

– Que el Estado desista de monetizar déficits públicos, como lo ha venido haciendo, y financie sus gastos a través de recaudaciones impositivas, de acuerdo con las decisiones presupuestarias que adopte el Parlamento democráticamente elegido.

– Que se creen mercados de créditos y de capitales eficaces, que se elimine gradualmente el control de cambio en las transacciones con el exterior y que se promueva la convertibilidad de la moneda en el plazo más breve posible.

También esta reforma es sumamente complicada no desde un punto de visto tecnocrático, pero sí por razones de política interior. Las autoridades germano-orientales tienen que neutralizar de alguna manera el enorme exceso de poder de compra que actualmente existe en la economía y que es fruto de la carestía de bienes disponibles en relación con los ingresos monetarios de los ciudadanos. Pero este objetivo conlleva serios riesgos: si se suben los precios, el resultado puede ser una inflación galopante; si se devalorizan por decreto los ahorros y depósitos bancarios, depreciándolos y manteniendo constante el nivel de precios y salarios, el consiguiente descontento popular podría desbordarse; si el Estado vende al público acciones de sus empresas, tierras para el cultivo o terrenos para la construcción, esterilizando inmediatamente los ingresos obtenidos, puede causar efectos redistribuidores indeseados. Aún así, esta última fórmula puede que sea, a corto plazo, la más factible.

Problemas adicionales provienen del reajuste inexorable del tipo de cambio. La apertura de la frontera interalemana ha puesto de manifiesto que el marco germano-oriental está sobrevaluado en un grado considerable. Ya nadie en la RDA cuestiona la necesidad de una devaluación del marco oriental frente al occidental. Pero nadie sabe, ni puede saber, cuál es la paridad de equilibrio. El mercado negro, en que se cotizan entre 10 y 30 marcos orientales por un marco occidental, puede servir de referencia.

Pero las autoridades de la RDA posiblemente no quieran efectuar un reajuste tan drástico, por temor a provocar nuevas tensiones inflacionarias y causar, mediante el deterioro de la relación real de intercambio, un adicional empobrecimiento de la población. Hasta el momento, el Gobierno considera que la devaluación del marco oriental no debiera ir más allá del 5 al 1.

Es lógico pensar en este contexto en la reforma monetaria que se llevó a cabo en la Alemania occidental en junio de 1948. Entonces, como se recordará, se creó una nueva moneda (el marco), se asignaron 60 marcos a cada ciudadano alemán, se depreciaron por decreto los patrimonios monetarios (en una relación 10 al 1) y se canceló la deuda pública interior. Aún así, la cotización del marco occidental en los mercados de divisas cayó en picado (por ejemplo, en más de un 300 por 100 en el de Zurich durante la segunda mitad del año 1948); pero a medida que los mercados financieros tomaron confianza en el empeño de las autoridades germano-occidentales por implantar la economía social de mercado, la cotización del marco se estabilizó, para posteriormente emprender una trayectoria que convertiría el marco en una de las monedas más fuertes del mundo.

Es posible que en aquellos tiempos, inmediatamente después de una guerra perdida y con los aliados ejerciendo el poder político absoluto, haya sido más fácil hacer la reforma monetaria en Alemania occidental que lo pueda ser hoy en día en la RDA (por las razones indicadas). Pero también hay que ver que las autoridades germano-orientales no pueden mantener abierta la frontera interalemana y al mismo tiempo defender una paridad de su moneda a niveles sobrevaluados. Sólo fomentaría la especulación y ahuyentarían el capital extranjero, incluido el germano-occidental. En cambio, si las autoridades llevaran de verdad a cabo las reformas económicas, conseguirían que el capital extranjero afluya y la competitividad de las exportaciones aumente, lo cual ya por sí constituiría un importante soporte de la paridad del marco oriental.

El papel de la RFA

Para Alemania occidental, una cuestión fundamental es la siguiente: ¿continuará el éxodo de mano de obra germano-oriental (ahora más fácil que nunca) o habrá movimientos de capitales hacia la RDA? Lo primero ocurriría probablemente si los ciudadanos germano-orientales no confían lo suficiente en el cambio político que se ha iniciado en su país y si sus expectativas económicas son sombrías. La inmigración podría causar ciertos problemas en la RFA a corto plazo, por ejemplo, por la falta de viviendas, como ocurre actualmente. Pero a medio plazo los efectos serían presumiblemente positivos, ya que los inmigrantes germano-orientales en su mayoría:

– Tienen buenas cualificaciones profesionales (lo que para la RFA equivale a importar capital humano).

– Son jóvenes (con lo que mejoraría en la RFA la pirámide de la población, en beneficio del financiamiento de la Seguridad Social de este país, que se basa en mecanismos contributivos dentro de un sistema de reparto intergeneracional).

– Tienen muchas aspiraciones económicas (por lo que mostrarán un gran afán de trabajo y una elevada movilidad ocupacional y regional, de modo que la productividad en la economía germano-occidental aumentaría).

– Muestran una acusada proclividad al consumo, fruto de tantos años de privaciones (lo que estimula la coyuntura).

En otras palabras, la migración interalemana, de proseguir, no estaría exenta de problemas transitorios. Pero ya en una ocasión, después de la guerra y durante los años cincuenta hasta la construcción del muro de Berlín en agosto de 1961, la República federal tuvo que acoger varios millones de fugitivos y emigrantes legales del Este, y terminó absorbiéndolos sin dificultades. Lo mismo cabe esperar ahora, máxime tratándose de cifras más reducidas. Todas las estimaciones disponibles indican que la economía germano-occidental se haría más flexible y que el ritmo de crecimiento económico se aceleraría. No obstante estos efectos positivos para la RFA, su contrapartida la contabilizaría la RDA como impacto negativo: perdería mano de obra cualificada que en muchos casos no puede sustituir fácilmente; esto complicaría notablemente cualquier intento serio de sanear y reactivar la propia economía; la base para competir en los mercados internacionales se haría más frágil de lo que ya es. Por estas razones, predomina en la RFA el deseo de que mejoren en Alemania oriental las condiciones de vida, incluida la situación política, de tal manera que los conciudadanos del Este no sientan la necesidad de emigrar.

Esto conduce a la vía alternativa, con inversiones germano-occidentales yendo en búsqueda de la mano de obra en Alemania oriental. Adquirirá importancia si las inexorables reformas económicas y monetarias se ponen en marcha y se llevan hasta sus últimas consecuencias. El Gobierno federal alemán puede dar apoyo a las reformas en la RDA en varios campos y de varias formas:

– Puede conceder ayudas alimentarias y sanitarias.

– Puede prestar asistencia financiera y técnica a proyectos de infraestructuras, equipamientos básicos y protección ecológica.

– Puede mantener o crear condiciones propicias para el crecimiento económico en el propio país, de modo que las oportunidades de exportación de las empresas germano-orientales fueran buenas.

– Puede ejercer la presión debida en la CEE, a nivel comunitario y frente a los países miembros, para que la consecución del mercado único europeo, prevista para finales de 1992, vaya acompañada de una apertura hacia el exterior.

Con el fin de evitar, en la medida de lo posible, una malversación de los recursos obtenidos, es imprescindible condicionar las ayudas, salvo que respondan a una situación de emergencia social, a que el Gobierno de la RDA lleve a cabo las reformas. Por este motivo, no deberían prestarle

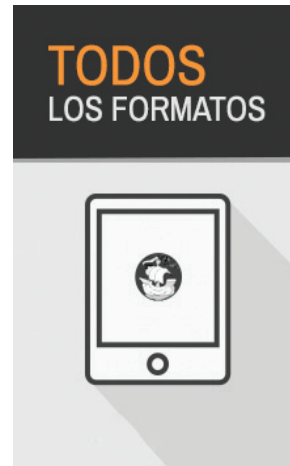
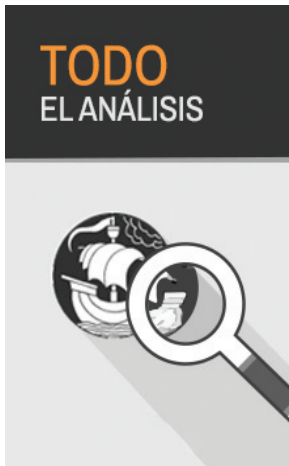
ayudas financieras al presupuesto del Estado o a fondos creados para defender un determinado tipo de cambio entre las dos monedas; el “riesgo moral” de que las autoridades germano-orientales retrasasen las reformas económica y monetaria, o incluso las aplazasen “ad infinitum”, sería demasiado grande.

En cuanto a la afluencia de capitales privados a la RDA, poco pueden hacer las autoridades federales para estimularla. La economía social de mercado, por definición, excluye la posibilidad de que el Gobierno decreta qué es lo que deben de invertir las empresas, en dónde y cuánto. Bien es cierto que el Gobierno podría dar, a costa del contribuyente, estímulos fiscales u ofrecer una cobertura de riesgos- para que las empresas inviertan en Alemania oriental. Pero la experiencia, sobre todo en las relaciones con los países en desarrollo, demuestra que este tipo de políticas o no son efectivas o inducen a acometer inversiones de rentabilidad dudosa, con la consiguiente “socialización de pérdidas”.

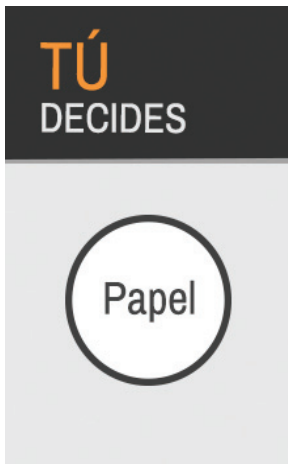
Las empresas germano-occidentales decidirán sobre si invertir o no en el país vecino en función de la rentabilidad esperada allí en comparación con lo que promete la misma inversión si se efectuara en Alemania occidental o un país tercero. Bien es cierto que Alemania oriental dispone de unos factores positivos peculiares, como una mano de obra cualificada y barata y la similitud del idioma y de la cultura. Pero es poco probable que estos factores determinen exclusivamente el cálculo de economicidad del inversor germano-occidental, dando un resultado favorable a la Alemania oriental. Si este país quiere atraer capitales y tecnología occidental tiene que ofrecer unas perspectivas económicas tan buenas como puedan existir en otros países, aparte de garantizar, claro está, los derechos de propiedad, incluido el derecho de repatriar beneficios y el capital invertido. En el mundo económico, la RDA no constituye algo singular. Compite con muchos otros países, también con los del Este de Europa, por los capitales internacionales y su competitividad dependerá esencialmente de si prosperan o no la reforma económica y la reforma monetaria.

Todo lo que se ha dicho anteriormente revela que lo más seguro respecto de la integración económica interalemana es la incertidumbre. Aún suponiendo que ambas partes la desean de verdad y que otros países no pondrán impedimentos políticos a tal objetivo (ya es mucho suponer), la tarea es extremadamente difícil. Sobre todo en Alemania Oriental queda por ver si los políticos realmente sabrán librarse de los conceptos del “socialismo real” y la planificación estatal, y si constituirán un nuevo ordenamiento económico que active las fuerzas del mercado y abra las puertas a la iniciativa privada. La Administración Pública sigue siendo la misma de los últimos cuarenta años, y los economistas e intelectuales que están llamados a asesorar también son los mismos. Cambiar de pensamiento en una forma tan fundamental como el fracaso del socialismo ahora requiere de los germano-orientales, no se consigue de la noche a la mañana. Al fin y al cabo, el haber vivido y actuado durante décadas bajo el signo de las doctrinas marxistas marca a las personas.

Es probable, pues, que más que a una reforma económica y monetaria radical en la RDA asistamos al intento de buscar una tercera vía entre la economía social de mercado y la economía de planificación central, lo que en medios gubernamentales se denomina ambiguamente como economía "socialista" de mercado. No funcionaría. Sólo hay dos formas de coordinación económica: a través de los mercados o a través de planes estatales vinculantes, habiéndose demostrado hasta la saciedad que la primera forma es superior a la segunda. En definitiva, así como están las cosas actualmente en Alemania oriental, no hay razón alguna para que en la occidental se echen las campanas a vuelo. Y los demás países no tienen por qué estar excesivamente preocupados frente a la evolución que puedan tomar las relaciones económicas entre las dos Alemanias en los años venideros.



**Política Exterior
Economía Exterior
Afkar / Ideas
Informe Semanal de Política Exterior**



*Si te interesa lo que pasa en el mundo, nosotros te contamos cómo y por qué.
En todos los formatos y en español.*

politicaexterior.com